

FURIAS NEGRAS



En una Asamblea convocada por Karin Jarlsdottir de la Camada de Fenris y otros, los Garou decidieron que había llegado el momento de saber más acerca de una peligrosa bestia del Wyrn que parece estar acumulando poder en el corazón de Serbia. En la parte correspondiente a las Furias Negras de este cuarto libro de la serie de Novelas de tribu, los Garou intentan recabar información en el mundo físico, lo que exige la exploración de numerosos parajes desolados.



Gherbod Fleming

Furias Negras

Novelas de tribu - 4

ePub r1.1

TaliZorah 03.06.13

Capítulo uno



El fulgor de Luna se derramaba sobre Mari igual que las tónicas aguas de una ducha anhelada, purificándola y vigorizándola. Luna creciente. La luna del Theurge. Mari se vio a sí misma por encima del hombro, con los ojos de Luna: cabello pegado a las mejillas, músculos tensos jaspeados por la transpiración, camiseta empapada de sudor, manos y pies envueltos con cinta y golpeando al saco que pendía con el peso del mundo, puñetazo, patada, puñetazo, patada. Se detuvo, silenciando así el ruidoso recuento de golpes, y se esforzó por escuchar un sonido característico que crecía de intensidad de forma gradual.

La luz cambió mientras escuchaba, y Mari volvió a escrutar con sus propios ojos. Se dio la vuelta despacio... muy despacio; tan despacio como sólo resulta posible en los sueños, en las visiones del más allá; su cuerpo respondía a sus deseos a regañadientes, moviéndose como si el aire fuese agua, densa y asfixiante... hasta fijarse en Luna. La Hermana tenía el semblante teñido de rojo, y su luz bañaba a Mari con una pátina de sangre. La Estrella

Roja. ¿Dónde estaba? Mari podía sentir su malévola presencia, pero la refulgente baliza se ocultaba a sus ojos.

Gritos. El sonido que le había llamado la atención era ahora más diáfano... ¿o no? ¿Balidos de humanos, o aullidos de lobos mortificados? Cada vez que le parecía que estaba segura, el tenor se alteraba, se convertía en algo distinto, como un incesante viento arremolinado que girara sobre sí mismo, en constante cambio.

Cualquiera que fuese el origen del sonido, aquella angustia dotada de voz le encogía el corazón a Mari, le daba vuelta a sus entrañas hasta el punto de tornar insoportable aquella escucha ociosa. Se giró de nuevo hacia el saco de boxeo para dar rienda suelta a su rabia acumulada, enervada por la incertidumbre, por la impotencia... mas el saco había desaparecido. Donde todos sus movimientos anteriores se enfrentaran a un océano de inercia, ahora su puño tiró de ella como si del poderoso Mjölfnir se tratara, a costa de hacerle perder el equilibrio. Se cayó. Cuando unas alas oscuras ensombrecieron el rojo fulgor de la profanada Luna, Mari se cayó, cayó y siguió cayendo... hasta despertarse.



—**M**e gustaría tener unas palabras contigo, mujer! —exclamó el guerrero Fenris desde la otra punta del Aeld Baile del clan de la Forja del Klaive. Hablaba inglés con un acento muy marcado, que se escoraba sobre las encrespadas olas de hielo y nieve de aquel túmulo costero y hendían con su nota disonante el omnipresente silbido del viento.

Mari continuó caminando. Cerró el cuello de su abrigo para guardarse del frío. Irritada por el vociferante pronunciamiento

del Fenris, se preguntó a qué cochino Pariente estaría gritándole, pero decidió no implicarse. Aquel era un túmulo de la Camada. Si algún Fenris caradura cargado de esteroides quería abusar verbalmente de una chiquilla tan obtusa como para haber sido incapaz de encontrar una tribu donde fuesen a tratarla decentemente, pues... en fin... Mari rechinó los dientes. Hacía mucho tiempo que había aprendido que había demasiados entuertos en el mundo como para que ella pudiera deshacerlos todos. Eso era lo que le dictaba su sentido común, aunque a su corazón le gustara discrepar.

—Que me hable a mí de esa manera —masculló entre dientes, mientras seguía avanzando. No fue hasta que hubo escuchado las estruendosas pisadas que apelmazaban la nieve en dirección a ella cuando comenzó a sospechar que podría ser a ella a la que hablaba el Fenris de aquella manera.

—Mujer! No te alejes de mí.

Sabía que iba a agarrarla del hombro. Lo sabía, y aquella expectativa fue lo único que le permitió aplacar su rabia y negar su respuesta condicionada: girar en la dirección en la que él la impulsara, empleando así el propio gesto del hombre en su contra; codo a la garganta; tráquea aplastada; patada circular a la cabeza; asaltante derribado. Cuando la cogió por el hombro, Mari se limitó a propinarle un papirotazo en la mano y a girarse para encararse con él.

—Mujer, me gustaría tener...!

—No se te ocurra volver a tocarme.

Marte Creciente la fulminó con la mirada. Le sacaba al menos treinta centímetros de altura a Mari, incluso en su forma humana, y parecía que no se había imaginado que ella pudiera hacer algo más que humillar la cabeza ante su invectiva. Llevaba el torso prácticamente desnudo, salvo por la piel raída por el tiempo que

le cubría los hombros. Una fea cicatriz verdinegra, recuerdo de una quemadura, le cruzaba los abultados pectorales y el musculoso abdomen. Marte Creciente portaba la marca como una insignia de honor, un recordatorio de la reciente escaramuza de su manada con un impetuoso trío de Danzantes de la Espiral Negra. A juicio de Mari, aquella cicatriz significaba que el Fenris no era lo bastante rápido, o lo bastante listo, como para apartarse a tiempo.

—No me interrumpas, mujer —gruñó.

Mari se obligó a inspirar hondo. Podía sentir cómo la atención de los demás Garou que ocupaban el Aeld Baile se centraba en las bravatas de su interlocutor, sin necesidad de quitarle los ojos de encima a éste, pero se propuso poner rienda a su temperamento. No había por qué permitir que la grosería de aquel patán desembocara en un incidente intertribal. Además, iba a tener que ocuparse de aquel memo.

—Si tienes algo que decir, dilo. Y sí, soy una mujer, como te ha permitido observar tu sagacidad, pero me llamo Mari. Te sugiero que...

—Tengo entendido, mujer, que tienes pensado retar al Guardián para disputarle el liderazgo de nuestra misión. —Marte Creciente mascaba las palabras como si de cartílagos se tratara.

—Lo tienes mal entendido, colega. No voy a...

—No te necesitamos para nada, mujer. Pondrás en peligro a la manada. Tendremos que estar pendientes de velar por tu seguridad.

—¿Mi seguridad? —Mari sintió cómo comenzaba a desmoronarse su mesura—. Mira, no tenéis que preocuparos de...

—Somos la manada del Viento Helado —insistió Marte Creciente, acortando distancias—. Aún está por ser engendrada la bestia del Wyrn que nos pueda plantar cara.

Mari inhaló otra honda bocanada. Dejó que los insultos le entraran por un oído y salieran por el otro e intentó apaciguar su orgullo y su rabia. A Albrecht no le había entusiasmado que acudiera a aquella asamblea, para empezar; no confiaba demasiado en sus habilidades diplomáticas. Un desafortunado efecto secundario de pertenecer a la manada del rey Jonas Albrecht era el que Mari se convertía en embajadora *de facto* cada vez que abandonaba los límites de su protectorado en Nueva Inglaterra. Consciente de aquel impedimento, aunque también irritada por el mismo, decidió que razonar con el colosal Fenris bien se merecía tener un poco más de paciencia.

—¿Cuántos Theurge tenéis en vuestra manada del Viento Helado? —inquirió, debatiéndose por ganar la batalla perdida de mantener la voz sosegada—. ¿Alguno? ¿O padecéis todos la fiebre de la luna llena?

Marte Creciente, que había mantenido el rostro apuntado hacia Mari, se irguió ahora cuan alto era. Parecía ofendido porque Mari se hubiese atrevido a contestarle.

—No nos asustan los espíritus.

La paciencia de Mari tenía un límite. Le golpeó el pecho con un dedo.

—No distinguirías a un espíritu ni aunque estuviera mordiéndote el culo.

Marte Creciente le agarró la muñeca.

—Somos la manada del Viento Helado —dijo, como si pudiera zanjar la cuestión a fuerza de repetirse y alzar la voz—. Aún está por ser engendrada la bestia del Wyrn que nos pueda plantar cara. Si te piensas que esta mano diminuta puede derrotar a Brand Garmson... —Marte Creciente retorció la muñeca de Mari.

Hasta ese momento, había procurado contenerse, resignada a tener que discutir con aquel patán. Incluso cuando la hubo asido

de la muñeca, se había reprimido. Al fin y al cabo, ella le había puesto el dedo encima primero, iniciando así el contacto físico. El Fenris se limitaba a pagarle con la misma moneda. Pero la mente de Mari se adelantaba siempre a los acontecimientos, asimilaba los detalles de cada situación, formulaba planes de acción que pudieran sacarla de una situación comprometida. Tomó nota de la fuerza de la presa de Marte Creciente, de la posición de sus pies, de su centro de gravedad. En nueve de cada diez casos, cuando se llegaba a las manos, un golpe seco en la nariz con la palma de la mano o una patada a la entepierna solían poner fin al problema. La intuición de Mari, unida al considerable peso de Marte Creciente, le decía que aquella no sería una de esas nueve veces. El Fenris era demasiado corpulento, demasiado fuerte y curtido en la batalla. Soportaría una nariz rota, unos huevos escalfados o unos cuantos dientes de menos sin aflojar su presa. La arrastraría en su caída y, en una competición de fuerza, aquellos músculos marcarían la diferencia.

Todo aquello le cruzó a Mari por la cabeza antes de que Marte Creciente le retorciera la muñeca, antes de que la rabia le hiciera hervir la sangre y se apoderara de ella. Adiós paciencia y buen juicio.

Mientras Marte Creciente continuaba escuchando su propia jactancia, Mari dio un paso a la izquierda y barrió el suelo con su pierna derecha. Los pies del Fenris se separaron del suelo. Estaba liquidado. Lo golpeó con todas sus fuerzas y le costó derribarlo, de sólido que era, pero al final cayó y se estrelló contra el suelo igual que un abeto centenario. Tal y como había sospechado Mari, ni siquiera el desconcierto consiguió que le soltara la muñeca. Estaba preparada.

Se dejó caer con él, en la misma dirección de su inercia, a fin de que no le dislocara el brazo. Dio una voltereta y rodó mientras

él golpeaba el suelo. Se estrelló con un *uffff* audible, sin aliento. Mari volvía a estar de pie y tiró del brazo de Marte Creciente hasta colocárselo estirado por encima de la cabeza, antes de propinarle una patada en la muñeca. Cuando el hueso se hubo partido con un sonido similar al de un bloque de hielo que se desprendiera de un glaciar, el Fenris la soltó.

Dicho sea a su honor, el Fenris Ahroun recuperó la verticalidad mucho antes de lo que Mari hubiese podido adivinar, pero ella ya se había alejado varios metros y esperaba agazapada cualquier posible ataque. También estaba dispuesta a enfrentarse a él de Crinos a Crinos, en caso de que él se dejase dominar por la rabia y comenzara a cambiar. Era un asunto espinoso. Mari no quería que el combate tomara aquellos derroteros, pero tampoco estaba dispuesta a dar el brazo a torcer delante de aquella colección hipertrofiada de músculos y testosterona.

Marte Creciente, aunque mantenía el brazo herido pegado al cuerpo, no parecía impedido por su muñeca fracturada. La rabia ardía en sus ojos. Mari se dio cuenta de que un comentario mordaz era todo lo que haría falta para sumirlo en un frenesí bélico sin cuartel; en algunos casos, aquella podía ser una estrategia sensata, pero no era la que prefería en aquellos momentos. Mantuvo su postura defensiva y se mordió la lengua. Marte Creciente también permaneció inmóvil. Su mirada, aún torva, se había vuelto más cauta. No parecía que estuviese dispuesto a abalanzarse sobre ella. La sorpresa de haber sido derribado por una mujer que pesaba la mitad que él le había quitado las ganas de proferir más baladronadas.

«*Tendría que haberle roto la rodilla en vez de barrerle los pies del suelo*», pensó Mari. Al procurar no herirlo más de lo necesario, quizá hubiese prolongado la pelea, lo cual jugaba en su contra. Marte Creciente la observaba con una cantidad de

desprecio nada desdeñable, pero no se apresuraba a atacar. «*Aprende. ¿Quién se lo iba a imaginar?*».

Por un momento, tenso e interminable, se sostuvieron la mirada, sin avanzar ni retroceder.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó otra voz, arisca y enérgica, desde la multitud de curiosos que había comenzado a congregarse.

—Marte Creciente le ha cogido cariño a una de las invitadas —respondió alguien.

Mari reconoció las voces, compañeros de manada de su oponente. Aquello podía convertirse en un problema, y enseguida. No se unirían a la lucha, puesto que aquello supondría una deshonra, sobre todo contra una sola hembra, pero podrían azuzar a Marte Creciente, alimentando así su rabia y su innata sed de sangre. O podrían...

—Este Marte Creciente —dijo el primero—. El único que le crece es el culo, de tanto barrer el suelo con él! —Varios de los espectadores profirieron sonoras risotadas y carcajadas.

Marte Creciente no se rió. Sus orejas se encresparon... buen truco, para un Homínido. Sus mejillas, coloradas ya a causa del frío viento, se encendieron aún más.

—¿Estás bien? —preguntó el segundo compañero de manada, exhibiendo una sonrisa cuajada de mellas—. Será mejor que cambies de estrategia... y de pañales. —El renovado clamor no contribuyó a mejorar el humor de Marte Creciente. Un rugido furioso brotó del fondo de su garganta.

Mari se encogió cuando el Fenris se lanzó al ataque, aún con la muñeca rota. Pero su objetivo eran los miembros de su manada, y los tres rodaron por los suelos en medio de un remolino de juramentos y aspavientos. En cuestión de segundos, todos habían asumido sus formas de Crinos, originando más de una tonelada

de pelaje, músculos, garras y colmillos envuelta en gruñidos y embestidas. El cambio de forma les resultaba más sencillo que respirar. «*O pensar*», musitó Mari, para sus adentros.

No tardaron en olvidarse de ella mientras la muchedumbre congregada vitoreaba y azuzaba al nuevo trío de combatientes. Se ofrecían y se aceptaban apuestas a gritos. El círculo se cerró en torno a la melé. Mari se alejó del corro de espectadores, se subió el cuello del abrigo para protegerse del frío y prosiguió su camino.

Capítulo dos



Cuando entró en la estructura baja de tres paredes que los Fenris conocían como la Casa de Hielo, Mari cometió el error de acariciar con la mano el gélido metal negro de la antigua fragua. La silenciosa monstruosidad, sofocado ya su legendario fuego abrasador, ahora irradiaba frío. Hasta que Mari hubo quitado la mano, dejándose atrás un trozo de carne del tamaño de una moneda en el proceso, no se percató de que su piel se había quedado pegada a la forja a causa de la escarcha. Profirió un juramento entre dientes. Que se encargaran los Fenris de vigilar un túmulo en aquellos parajes yermos e inhóspitos; inhabitables, a juicio de algunos. Incluso los humanos escandinavos habían renunciado a aquel lugar, con sus desoladas extensiones de hielo y sus altozanos desnudos, azotados sin cesar por los gélidos vientos marinos del ártico. Aunque los Fenris medraban allí.

Aquello era todo lo que podía alejarse Mari de Nueva York, no en kilómetros, sino en espíritu. En la ciudad que ella llamaba hogar (y a la que también calificaría de inhóspita e inhabitable), la Tejedora llevaba la voz cantante mientras el insidioso Wyrn se

volcaba en la tarea de arrancarle el corazón a la Gran Manzana. La presencia del Kaos era la mínima necesaria para evitar que aquel embrollo se viniera abajo. Por los pelos. Allí, si Mari se aventuraba en la Penumbra, aquel reflejo trémulo del mundo cotidiano rebosaba de Urdimbres, siendo las excepciones más destacadas las frecuentes zonas donde los espíritus del Wyrn habían destruido las hebras, o las habían alterado según sus propios designios malévolos.

Aquí, en cambio, a Mari le costaría encontrar rastros de la Tejedora o del Wyrn si caminase de lado y escrutara la Penumbra. Se consideraba que ese hecho daba fe de la fidelidad y del celo de los Fenris, aunque Mari, bien fuese por su deseo de poner en tela de juicio los aires de superioridad de la Camada, o por haberse arrancado un trozo de carne ella sola, se preguntó si en verdad resultaría tan difícil salvaguardar un bloque de hielo que no quería nadie más.

Bordeó la fragua y encontró las escaleras que conducían al sótano. Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse al contraste de haber dejado atrás la luz cegadora que se reflejaba en el hielo de la superficie para adentrarse en los lóbregos recovecos del interior. Los escalones, dejados sin protección después de que, sin duda, algún Fenris cegado por la cerveza hubiese arrancado la puerta del sótano de sus goznes, estaban cubiertos por una delgada pátina de escarcha, por lo que Mari pisó con cuidado. La rica fragancia de las carnes curadas era fuerte, así como el olor de la cerveza y los licores, más penetrantes. El suelo del sótano demostró ser igual de resbaladizo que los escalones; de hecho, era una capa sólida de hielo, al igual que las paredes y el techo, del que colgaban costillares de ternera y de venado. El viento, como si estuviese enfadado con Mari por haber escapado a sus vaivenes

más directos, silbaba y gemía en el umbral del techo, aunque no conseguía reunir más de una corriente helada ahí abajo.

En uno de los oscuros rincones del fondo, una figura salió al frente, procedente de las sombras que se agolpaban alrededor de las pilas de barriles de madera.

—¿En qué estabas pensando, por los Nueve Infiernos? —preguntó la mujer, que medía varios centímetros menos que Mari. Cuando se hubo adentrado en la escasa luz que se filtraba por la boca de la escalera, se pudo apreciar que el aspecto de la mujer correspondía al de alguien que acabara de salir del ojo de un huracán. Su mirada era dura, desesperada, casi aterrorizada. El viento había convertido su melena en nido de cigüeñas, enmarañado y apuntando en todas direcciones. Claro que, cualquier día, ya soplara o no el viento, era un día despeinado para Kelonoke Greña Salvaje.

—Yo también me alegro de verte —dijo Mari—. Gracias por no abalanzarte encima de mí... por no *intentar* echarme encima de mí, en esta ocasión. Lamento el retraso. Tuve una inesperada... esto, discusión con...

—Quería que volvieras conmigo a Grecia —insistió Kelonoke, todavía exasperada y reticente a enfrascarse en vacuas galanterías—. ¿Cómo has podido ofrecerte voluntaria para irte a investigar a los Balcanes con Brand Garmson?

—Es lo mismo.

—*No. Nada es lo mismo. Nada.* Son como la noche y el día.

Mari no entendía por qué estaba tan ofuscada su amiga. La última noche de la asamblea, los ancianos habían decidido que tres manadas deberían investigar unos acontecimientos que no presagiaban nada bueno en los Balcanes: una se infiltraría en un túmulo caído de Hungría; una segunda investigaría la desaparición de otras manadas enviadas a Serbia con anterioridad; y una

tercera... bueno, Mari no comprendía del todo el papel de la tercera manada, pero Antonine Gota de Lágrima había insistido en que era necesaria, y ella había recurrido al viejo Philodox lo bastante en el pasado como para dudar de él en estos momentos. Pero nada de todo aquello explicaba la ira de Kelonoke. *Alguien* tenía que cumplir con aquellas misiones.

—Mira —dijo Mari, con voz más seria—, si es tan grave como me has contado, quiero ayudar a remediarlo. ¿Qué es lo que no te cuadra?

—Es tan grave como te dije, Mari. No, es peor, y ya hemos enviado manadas a Serbia. La mayoría de ellas no han regresado. Conoces a Diana Aullido Fuerte. Su manada y ella han desaparecido, así como muchas otras.

—Pero si tú querías que yo te ayudara!

—No estamos hablando de dar un paseo por Nueva York! —estalló Kelonoke—. Esto se ha complicado tanto que ya ha dejado de ser un asunto local.

Mari rechinó los dientes. Estaba empezando a enfadarse, pero seguía sin entender por qué estaban discutiendo.

—Me creo! Ya te lo he dicho, quiero hacer algo...

—Quería que me ayudaras a convencer a los demás de la gravedad de la situación, no que salieras corriendo y...

—¿Y qué?

Kelonoke abrió la boca, pero se mordió la lengua; se guardó lo que fuese que había estado a punto de decir.

—No quería decir eso. No deberías ir con ellos.

Kelonoke había puesto tanto énfasis en sus palabras que Mari no supo qué responder, por lo que optó por fingir que paseaba la mirada por el sótano. Los Garou reunidos para la reciente asamblea debían de haber consumido una enorme cantidad de provisiones. Muchos de los relucientes ganchos para la carne se

veían vacíos, y al palpar al azar unas cuantas tinajas, el sonido le indicó que había más vacías que llenas.

—¿Tienes sed? —preguntó Mari. Sentía que su amiga se había liberado de parte de la tensión y se encontraba algo menos tensa—. ¿Por eso has quedado aquí conmigo?

—No —repuso Kelonoke, en voz baja. De repente, parecía cansada, abatida. Se había apagado el fuego de su voz y de sus ojos—. Supuse que estaría vacío. Casi todos los invitados del túmulo se han marchado ya, y el acogido se está recuperando al cuidado de la jarl en el Vuelo de Lanza.

—El acogido —repitió Mari—. Del clan de Pisa la Mañana. ¿Cómo se llama?

—Grita Caos.

—Grita Caos. —Mari caviló por un momento—. Me pregunto si se dará cuenta de lo afortunado que es de que Karin Jarlsdottir no le reventara la cabeza.

Kelonoke asintió, aunque resultaba obvio que permanecía ensimismada, pugnando todavía con lo que fuese que la había impulsado a enfadarse con Mari hacía un minuto.

—Sí. En ocasiones, el precio de la sangre y el golpe se interpretan de modo simbólico. Grita Caos ha sido adoptado por la Camada, con lo que su vida salda la deuda que había dejado pendiente la muerte de Arne Bradson, conocido como Ruina del Wyrm.

—En otras ocasiones...

—En otras ocasiones —continuó Kelonoke—, el precio de la sangre se salda de forma más literal.

—Algunos Fenris rezongan que el que Grita Caos sobreviviera al golpe demuestra que Jarlsdottir no es lo bastante Garou para esgrimir el martillo de la Dadora de Ley —dijo Mari. Parecía que la conversación estaba calmando a Kelonoke, lo que estaba bien, porque Mari también tenía preguntas que plantear.

—Jarlsdottir es una mujer, por eso los Fenris no dejan escapar ninguna oportunidad para criticarla —bufó Kelonoke—. ¿Sabes cómo consiguió el liderazgo del clan?

Mari negó con la cabeza.

—Cuando su padre, el Antiguo Jarl, fue emboscado y asesinado por los Danzantes de la Espiral Negra —explicó Kelonoke—, no faltaron candidatos a sucederlo. Los ancianos decidieron que quien pudiera trasladar el Yunque de Tor a la tumba del Antiguo Jarl, en la Colina de las Lamentaciones, se convertiría en el líder del clan.

—¿El Yunque de Tor? —Mari había oído aquel nombre antes, probablemente durante algunos de los innumerables maratones narrativos que se habían celebrado durante la asamblea, pero no recordaba todos los detalles.

—Durante muchos años, fue el fuego del corazón de la fragua que tenemos encima de nuestras cabezas. Los Galliard de la Camada cuentan que cayó del cielo, un regalo resplandeciente de la hermana Luna...

—Del... Quieres decir que era un meteorito.

Kelonoke asintió.

—Era mayor que tres hombres y rebosaba fuego celestial. El clan se formó a su alrededor. Los Señores de la Fragua y los Maleadores de Espíritus se encargaron de que el Yunque no se enfriara nunca. Generación tras generación, salieron de aquí armas de gran poder, y el fuego ardió siempre, abrasador y constante... hasta la muerte del Antiguo Jarl. El fuego del Yunque murió con él. La fragua detuvo su producción. Por tanto, los ancianos decidieron que la prueba de sucesión debería reunir al Yunque con el Antiguo Jarl en lo alto de la colina. Ahroun tras Ahroun intentaron moverlo. Uno tras otro, los mejores guerreros de la Camada fracasaron. Uno por día. Por la mañana, el aspirante tenía

que tirar de la inmensa piedra, o empujarla, o rodarla. Al comienzo de cada atardecer, todos se desplomaban exhaustos, y una manada al completo empleaba el resto del día en devolver el Yunque a la forja, a fin de que todos los candidatos se enfrentaran al mismo reto. A la mañana siguiente, otro aspirante; a la tarde siguiente, otro fracaso, y así siempre. Garra de Guerra Puño de Plata, el más decidido de todos, consiguió los mejores resultados. Sus fuerzas no le abandonaron hasta pasada la puesta de sol. Tras varias semanas, los Fenris comenzaron a inquietarse, y a mirar con sorna a aquellos que se ofrecían para poner a prueba su valía. Al fin y al cabo, los héroes más poderosos ya habían fracasado. Aquella era la atmósfera que imperaba la mañana en que Karin Jarlsdottir, mujer, media luna, se acercó a la fragua. Muchos de los guerreros se mofaron y se rieron de ella. Supongo que tuvieron que morderse la lengua cuando alzó el gran klaive de su difunto padre y, de un solo tajo sobrecogedor, partió el Yunque por la mitad.

—Uuuyyy —rió Mari—, seguro que eso no les hizo ninguna gracia.

—Muchos aullaron sus protestas —prosiguió Kelonoke—, pero los ancianos dictaminaron que no había infringido ninguna de las reglas de la prueba. Sin embargo, aun con el Yunque partido en dos, la tarea no resultaba sencilla. Karin no era tan corpulenta como muchos de los Ahroun. Bregó con la primera de las mitades del Yunque durante toda la mañana y toda la tarde, hasta el anochecer. A medianoche, había conseguido arrastrar la primera mitad hasta la tumba de su padre. Los guerreros volvieron a aullar que había fracasado, en esta ocasión porque el día había tocado a su fin. Mas los ancianos no habían fijado un límite de tiempo, por lo que Jarlsdottir bajó de la colina con paso vacilante y comenzó a mover la segunda mitad del Yunque. Empleó el resto de la noche

en avanzar palmo a palmo, así como la totalidad del día siguiente. Al llegar la segunda medianoche, las dos mitades del Yunque de Tor descansaban junto a su padre, y Karin se convirtió en líder del clan, ahora llamado de la Forja del Klaive.

Mari sacudió la cabeza.

—Y un montón de ellos siguen cabreados. —Le dedicó a su amiga una larga mirada de fingido escrutinio—. ¿Estás segura de que no eres una Galliard?

—Las Furias admiramos la sabiduría allá donde la encontremos, Mari Cabrah. ¿No tenéis una tradición narrativa e histórica en tus Estados Unidos?

—Bueno, ya sabes... He terminado pasando más tiempo con mi manada que con las hermanas...

—Aprende todo lo que puedas de las historias, Mari. Nuestro pasado forma parte de nuestro presente, y éste de nuestro futuro. Me preguntaste acerca de Karin Jarlsdottir. Su pasado nos demuestra que posee fuerza de sobra para haber aplastado el cráneo de Grita Caos, y cerebro de sobra para no haberlo hecho.

Mari pensó en aquellas palabras y asintió, con gesto ausente.

—De todos modos, sigo sin imaginármelo queriendo pagar el precio de sangre. O sea, él no tenía forma de saber que ella no iba a matarlo. Todos los Fenris clamaban por su sangre.

—*Creyó* que su sacrificio cerraría el abismo que separa a las tribus, que las uniría —dijo Kelonoke, lacónica.

—Su muerte no habría servido de nada —insistió Mari.

La respuesta de Kelonoke se vio interrumpida por una sombra que se cernió de repente sobre ambas mujeres. Levantaron las cabezas hacia el umbral y la oscura silueta que bloqueaba el paso de casi toda la luz del exterior. Mari cambió de posición para que el cegador fulgor del hielo de afuera no lo enmarcara con aquel halo ominoso. De forma gradual, consiguió discernir aquellos

rasgos esculpidos en granito, el cabello y el rostro atezados por el viento, las arrugadas capas de tela que le caían desde los hombros.

—Brand Garmson —dijo Kelonoke, respetuosa. Sus años como embajadora del clan de las Visiones Pasadas asumieron el control de inmediato—. Entra y resguárdate del viento.

Mari intentó asumir la misma actitud confiada, pero se quedó corta. Brand Garmson, cuyo hijo había muerto mientras se encontraba al cuidado del clan del Alba, la persona que había exigido el precio de la sangre contra Grita Caos. ¿Cuánto habría escuchado? Mari no tenía miedo de él, pero tampoco deseaba provocarle. Había sentido el peso de su dolor por la pérdida de su hijo. Resultaba imposible no advertirlo en la lasitud de sus orgullosos hombros, en el perfil de su mandíbula, en la palidez de sus ojos: la resignación a que ninguna herida de garra o de klaive pudiera hacerle más daño que el que ya había tenido que soportar. Aquellos ojos no reparaban en Kelonoke; se habían clavado en Mari y no parecían dispuestos a apartarse de ella. No bajó al sótano, sino que permaneció por encima de ellas, impasible, mientras el viento le azotaba las piernas con sus capas.

—Mari Cabrah —dijo, con la voz llena de un pesar tan profundo como el mar—, has tenido tiempo de reconsiderar. ¿Sigues queriendo acompañar a la manada del Viento Helado en nuestra empresa para desentrañar qué inmenso mal acecha en el lejano sur?

Mari se enderezó. ¿Cómo se atrevía a poner en duda su coraje? Aunque, lo cierto era que su porte y sus palabras estaban demasiado llenas de... sí, de nuevo de resignación, como para constituir un reto real.

—La misión de la manada del Viento Helado es también la mía. Me he ofrecido voluntaria, y Karin Jarlsdottir ha dado su beneplácito.

Brand asintió con un gesto imperceptible.

—Adelante, entonces. Preparémonos.

Kelonoke dio un paso al frente, negándose a ser ignorada.

—Mari tiene que venir antes a Grecia, al clan de la Visiones Pasadas. Nuestros ancianos os proporcionarán conocimientos que os ayudarán en vuestra empresa.

Los ojos de Brand se posaron en ella al fin, tan fríos e inexorables como un glaciar.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo. He completado mis deberes como Guardián y dejo el túmulo en buenas manos. De lo contrario, habría preferido partir con la otra manada. Hemos perdido mucho tiempo.

—Conozco un camino que acortará el tiempo de viaje —dijo Kelonoke—. ¿Para qué apresurarse a adentrarse en lo desconocido cuando nuestros ancianos podrán pertrecharos de sabiduría?

Mari observaba aquella conversación con interés. Kelonoke hablaba con su cadencia más razonable y diplomática, mientras Brand, con el ceño fruncido, no participaba en el debate con todo su corazón.

Transcurrido un momento, el Guardián exhaló un suspiro, a regañadientes. El sonido se perdió en el viento, pero el movimiento de su amplio torso resultó visible.

—Nos vamos dentro de tres horas. Aseguraos de que ambas estáis preparadas.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y las dejó solas.

Capítulo tres



Mari acababa de apretujar su escaso equipo de viaje en la mochila cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta con discreción. Ocupaba el cuarto pequeño, ahora que casi todos los Garou habían abandonado la asamblea, y el Salón del Vuelo de Lanza no estaba tan abarrotado, pero eran muy pocos los que podían saber que la encontrarían allí.

—¿Sí?

Karin Jarlsdottir asomó la cabeza dentro del cuarto y le ofreció una tenue sonrisa.

—Los demás están en la colina.

Mari frunció el ceño y echó un vistazo a su reloj.

—Brand dijo tres horas. Apenas ha pasado una.

—No pretendo meterte prisa —dijo Karin, conciliadora—. Sólo quería que lo supieras. —Entró en la habitación y se apoyó en el arcón de madera que, junto al duro jergón de madera que hacía las veces de cama, constituía todo el mobiliario de la estancia.

—Vale... gracias. Me da la impresión de que Brand tiene prisa por llegar a nuestro destino —dijo Mari, mientras tensaba las

correas de su mochila. No había planeado pasar más de unos cuantos días lejos de Nueva York, por lo que tendría que conformarse con un par de mudas de camisetas y ropa interior.

—Me parece que Brand tiene prisa por estar... lejos.

Mari asintió. Karin había dado en el clavo. Brand tenía prisa por alejarse del lugar que albergaba casi todos los recuerdos de su difunto hijo. Dejó la mochila en el suelo y miró a aquella peculiar mujer que se había ganado el respeto de los Fenris, mal que les pesara; que parecía tan astuta, tan... distinta a una Fenris. «*Supongo que también entre ellos hay medias lunas*», pensó Mari.

—¿Crees que Brand está en condiciones de afrontar esta misión?

—Me parece que no queda más remedio. Si quiere sobreponerse a la muerte de Arne, éste es el primer paso. ¿Que si es el más adecuado para el trabajo? —Karin se encogió de hombros, como si no quisiera comprometerse—. Lo que está claro es que el trabajo es lo mejor para él.

Mari volvió a mostrar su aquiescencia con un ademán.

—Así que, según tú, saldrá con bien de ésta o se consumirá en el intento. ¿Qué hay de los demás que estamos con él?

—Los demás —repuso Karin, impertérrita—, son su manada. Irán allá donde vaya él. En cuanto a ti...

—No, no pienso cambiar de opinión —saltó Mari—. Brand ya ha intentado acoquinarme.

Karin esbozó la misma sonrisa que exhibía al entrar en el cuarto, con la que parecía querer dar a entender que no pretendía decirle lo que tenía que hacer.

—Bien. Una luna creciente les resultará de gran ayuda. La manada del Viento Helado suele proteger el túmulo, y aquí nunca hemos andado escasos de Theurge. Serás una buena compañera

de viaje. —Karin se cruzó de brazos y estudió a Mari. Los ojos de Jarlsdottir se endurecieron y adoptaron una actitud más inquisitiva—. Me sorprendió que no hablaras en contra de Lord Arkady durante la asamblea.

«*Ahí está —pensó Mari—. Eso era lo que quería saber, no lo que me parecía viajar con su antiguo Guardián.*»

—¿Sorprendida? ¿Cómo es eso?

—Tu rey Albrecht ha denunciado a Arkady.

—Ya, bueno, ya sabes cómo son estos Colmillos Plateados. Cuando no están apareándose con sus primos, se dedican a tachar a alguien de manchado por el Wymr. Supongo que lo llevan en la sangre. —Igualó el talante risueño de Karin, si bien con un dejo de sarcasmo, mientras recogía la mochila y se la echaba a la espalda—. Me interesaba más lo que pudiera ocurrirle al acogido.

—Grita Caos.

—Eso. Me figuraba que si había alguien lo bastante estúpido como para ejecutarlo, tendría que ser un Fenris. —Mari escrutó la expresión de Karin. Aquel comentario era de los que podría sumir a Marte Naciente, o a casi cualquier otro Fenris, en un ataque de furia.

La Jarlsdottir, aunque ya no parecía tan risueña, tampoco cayó presa de un frenesí asesino.

—Cumplí con mi deber, Mari. Al igual que Grita Caos.

—Eso mismo me dijo Kelonoke. Salvar distancias, y todo eso. Sigo sin verlo claro. Si tu gente no hubiese estado sedienta de sangre por algo que, se mire por donde se mire, era un caso de Garou muerto en acto de servicio, no habría habido distancia que salvar.

Karin zangoloteó la cabeza, tolerante, aunque decepcionada.

—Los Estados Unidos te han sorbido el seso, Mari. Lo sé. Yo llevo aquí el tiempo suficiente. ¿De qué sirve todo ese vigoroso individualismo si no conduce a la consecución de un bien mayor, de

algo que sea más importante que uno mismo? Si permitimos que la gente pierda la fe, no seremos nada.

—Ya, bueno. ¿Y comerse a nuestros cachorros es lo que tú llamas un bien mayor? —Mari sentía cómo una amonestación en toda regla se iba abriendo paso hasta la superficie, como las que habían levantado ampollas en Albrecht en más de una ocasión, pero se contuvo. «¿Por qué estoy discutiendo?», se preguntó. «*La culpa la tiene Evan*». Sana el Pasado. Su amigo, su compañero de manada, cuyas opiniones había llegado a apropiarse, a su pesar. Era a él al que le chiflaban los debates filosóficos. Mari era de las que prefería actuar, corregir los problemas a los que pudiera afectar de forma «*tangible*»: apartar a esa mujer del novio que la maltrata y asegurarse de que él no vuelva a acercarse a ella; ayudar a ese crío a salirse de una banda y, si el líder interfiere, arrancarle las pelotas; enseñar a las mujeres a valerse por sí mismas. «*Instrucción*», lo llamaba Evan. Ella prefería el término «*supervivencia*».

—Kelonoke me ha dicho que tienes que visitar al clan de las Visiones Pasadas antes de adentrarte en Serbia —dijo Karin, conduciendo la conversación a un tema menos contencioso.

—Parece lógico. Si los ancianos pueden ayudarnos, valdrá la pena hacer una parada rápida.

—A Brand no va a gustarle el retraso.

—A Brand no le gustan muchas cosas, diría yo.

Karin volvió a sonreír. Pese a su juventud, la expresión de su rostro al hablar de Brand era casi maternal, orgullosa y algo indulgente.

—Kelonoke es muy persuasiva.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tan sólo que ha defendido con fervor la necesidad de estas expediciones a los Balcanes. ¿De repente ya no es tan urgente?

—¿Acaso va a esfumarse el desastre? ¿Nos vamos a perder algo si empleamos un par de días en cerciorarnos de que tenemos toda la ventaja posible?

—Estoy convencida de que tienes razón —se apresuró a conceder Karin—. No creo que el margrave tenga nada que objetar.

El margrave Yuri Konietzko, Señor de la Sombra y líder del clan del Cielo Nocturno, del este de Hungría. «*¿Por qué lo menciona ahora?*». Mari había querido formularle unas cuantas preguntas a Kelonoke acerca de Konietzko, pero la aparición de Brand en la Casa de Hielo las había postergado. La última noche de la asamblea, Kelonoke se había mostrado sorprendentemente dispuesta a delegar en el margrave los preparativos de las expediciones. «*Me satisface dejar este asunto en sus manos*», había dicho.

«*Como si ya supiera lo que iba a ocurrir*», pensó Mari. De hecho, el único acontecimiento que parecía haber cogido desprevenida a Kelonoke era la adición voluntaria de Mari a la manada del Viento Helado. Mari se preguntó hasta qué punto se habría tramado aquel acuerdo con antelación, entre bastidores, y quiénes serían los implicados.

«*¿Qué más da?*», tuvo que preguntarse también. Si el Wymr campaba a sus anchas por los Balcanes y las expediciones iban a ayudar a dilucidar qué estaba ocurriendo y cómo combatirlo, ¿qué más daba quién hubiera llegado a aquella conclusión?

—No quiero entretenerme más —dijo Karin Jarlsdottir. Realizó una leve inclinación, antes de salir del cuarto—. Confío en que los espíritus velen por tu regreso, sana y salva.

Capítulo cuatro



Los demás estaban esperando en la cima de la Colina de las Lamentaciones cuando Mari hubo ascendido la ladera. Kelonoke y Karin Jarlsdottir departían con Brand Garmson, que se erguía sobre sus cabezas y tenía que mirar hacia abajo, ceñudo. Lo que fuese que le estuvieran diciendo las dos mujeres al guerrero, a todas luces malhumorado, no llegaba a oídos de Mari por culpa del viento, decidido a alborotar el cabello de los contertulios, incluidas las gruesas trenzas de los dos Fenris. El resto de la manada del Viento Helado se encontraba cerca. Marte Creciente, con la muñeca rota recuperada por completo, estaba enfrascado en la que probablemente fuese la vigésima revisión de su equipo. Su estudiada indiferencia hacia el acercamiento de Mari era digna de encomio, sobre todo si se tenían en cuenta los entusiastas codazos de su compañero de dentadura mellada, que parecía dispuesto a llamarle la atención sobre Mari a toda costa. Otros tres Fenris rondaban por las inmediaciones, afanados por igual en comprobar el equipo, afilar sus klaives y atender al intercambio de

palabras entre el alfa de su manada, la Jarlsdottir y la Furia desgredada.

—Ya está decidido —decía Karin, mientras Mari se acercaba—. Cruzaréis un puente lunar hasta el clan del Alba, desde donde Kelonoke os guiará al clan de las Visiones Pasadas.

—Solicitaremos el consejo de las ancianas —añadió Kelonoke—, antes de que os dirijáis hacia el norte para adentraros en Serbia siguiendo una de las rutas que hemos cartografiado.

—¿Una de las rutas por las que no han regresado vuestras manadas? —inquirió Brand—. Seguro que hay mejores caminos.

Mari vio cómo se envaraba Kelonoke al escuchar aquello, pero Greña Salvaje optó por la diplomacia e hizo oídos sordos al desliz.

—Claro está que sois libres de elegir la senda que os plazca.

—La decisión es tuya, Brand —convino Karin—, desde luego... pero las ancianas de las Furias quizá tengan información que aportar.

Brand asintió con un gesto seco. Se dio la vuelta, miró a Mari y se encaminó hacia el resto de los miembros de su manada.

—Entonces, vámonos.

—¿Quiénes son los demás? —le preguntó Mari, caminando a marchas forzadas para alcanzarlo. Los había visto a todos a lo largo de los últimos días, pero no se había quedado con los nombres.

Sin aminorar la marcha, Brand se los fue señalando uno por uno: Aeric Sangra Sólo Hielo se encontraba sentado apartado de los demás y observaba a Mari con escepticismo; luego estaba Colmillos Primero; Jorn Roe Acero, al que Mari ya había podido observar que le faltaban varios dientes; Fimbulwinter, el único que exhibía una tez morena, cuyo nombre hacía referencia a la última estación oscura que precedería a la Última Batalla. Éste último

exhibía una horripilante cicatriz redondeada, reciente, en su torso desnudo.

—A Marte Creciente ya lo conoces —terminó Brand, lacónico. Su penetrante mirada acalló las repentinas risitas de algunos de los demás.

—Gracias —dijo Mari.

Brand la observó en silencio durante largo rato, antes de asentir. Repitió el gesto en dirección a la Jarlsdottir. Cuando Karin levantó en vilo el martillo de la Dadora de Ley y comenzó a pronunciar las palabras rituales, el viento arreció en la ladera. Mari se apartó el pelo del rostro. Podía sentir la súbita actividad de los espíritus, los guardianes y los sirvientes del túmulo en el movimiento del viento. Silbaban junto a ella, ahogando la voz de la Jarlsdottir. Las palabras de Apertura del clan de la Forja del Klaive no eran para los oídos de una forastera. Con un haz cegador, un relámpago se quedó prendido en el cielo, como congelado... antes de bajar despacio a la tierra, adoptando la forma de un ancho luz de luna que conducía lejos de la ladera. Brand encabezó la comitiva, según le correspondía. Mari y Kelonoke partieron a continuación y, junto al resto de la manada del Viento Helado, abandonaron el suelo y ascendieron por el puente de luz hacia la oscuridad.



Durante sus primeros días, caminar sobre un puente lunar era algo que enervaba a Mari a más no poder. El puente no era una superficie cristalina sólida, como podría creerse si se veía de lejos. La saeta de luz de luna, desviada por la energía espiritual de los túmulos de sus dos extremos y por los Garou que los protegían,

era difusa, como el haz de luz de una linterna en una noche de niebla. Mari y sus compañeros no caminaban tanto *por* el puente como *dentro* del mismo. A cada paso que daban, una bruma iluminada se tragaba sus pies, sus rodillas; en ocasiones se alzaba por encima de su cintura y tenía la inquietante sensación de que estaba hundiéndose en el puente poroso. ¿Podría atravesar el fondo y caerse a... adónde? Al contrario que un puente mundano, podría salirse del camino sin «caerse». La gravedad no tenía por qué ser la culpable ahí en la Umbra. El puente lunar no atravesaba una sima real, sino que remarcaba la ruta que separaba dos lugares. Mari no se caería si se salía del camino; peor aún, se perdería.

Un Morador del Cristal, Chani Mordisco Binario, se lo había intentado explicar una vez en términos ópticos de reflexión y refracción. Según él, el medio ambiente de la Umbra respondía de forma predecible a los estímulos de la manipulación espiritual de los Garou. Chani había desaparecido en la Umbra poco después y no se había vuelto a saber de él. «*Eso sí que era predecible*», pensó Mari. Según lo que le dictaba su propia experiencia, lo único cierto acerca de la Umbra era que planteaba más interrogantes de los que ningún Garou podía aspirar a responder.

Mientras los viajeros ascendían la ligera pendiente del arco de luz, Mari volvió la vista hacia la Colina de las Lamentaciones. El túmulo parecía aún mayor en la Penumbra, ese reino de tinieblas tan próximo al plano mundano y, al mismo tiempo, tan distinto en muchos aspectos. Las tumbas que, a los ojos de Mari, habían estado cubiertas antes por tierra y nieve apelmazada a lo largo de muchos años, aquí estaban abiertas... abiertas y vacías.

—Siempre me dan escalofríos —dijo Jorn Roe Acero—. Las tumbas vacías.

Aparte de Brand, que encabezaba la comitiva a largas zancadas, y de Marte Creciente, que se apresuró a fingir indiferencia en cuanto se dio cuenta de que Mari estaba mirando, los demás Fenrir también habían vuelto la vista hacia la colina.

—Sus espíritus se han ido al Valhalla —dijo Fimbulwinter—, para esperar allí hasta el Ragnarok, cuando regresarán para combatir junto a nosotros contra el Wyrm.

Mari se fijó en algo más en la colina: el Yunque de Tor, cuyas mitades ardían con un rojo feroz en la Umbra, junto a la tumba vacía del progenitor de Karin Jarlsdottir. Cuando el campo santo e incluso el difuminado perfil de la colina se hubieron perdido de vista, la piedra forjadora de klaives siguió proyectando su fulgor entre las brumas de la Umbra, asemejándose a los ojos del legendario Lobo Fenrir, siempre vigilante. Mari hubo de contener un escalofrío a su vez, pero no por el mismo motivo que se los provocaba a Jorn.

Se giró y dirigió la mirada hacia el horizonte, escrutando, pugnando por ver lo que, de repente, sabía que tenía que haber allí. No estaba segura de verlo de veras; quizá quedara demasiado lejos del alcance de su vista, oculto en la misteriosa Umbra Profunda, pero podía sentirlo: la reluciente Estrella Roja. Anthelios, como la llamaban quienes entendían de tales asuntos. En la ciudad de Nueva York, la apiñada construcción de la Tejedora obscurecía el reino celestial, pero ahora Mari experimentaba la Estrella Roja, una baliza que resplandecía como si quisiera responder a los ojos rojos del lobo de abajo. ¿Qué significaría? ¿El último invierno y el Ragnarok de los que hablaba la Camada? Aquello parecía encajar con las advertencias de los profetas y los narradores más antiguos, los cuales decían que la estrella anunciaba el Fin de los Tiempos, la batalla culminante entre los guerreros de Gaia y el Wyrm, cuyo resultado distaba de ser predecible.

Mari y los suyos tenían la misión de hacer lo que pudieran mientras tanto.

Intentó desembarazarse del frío pero, tanto si los demás veían la Estrella Roja como si no, su haz ominoso flotaba sobre la partida. O puede que se tratara de la sombría determinación de Brand, que descargaba sobre ellos un silencio forjado por el dolor, más denso, pesado y opresivo que las arremolinadas nieblas de la Umbra. Quizá fuese su propia presencia, y la de Kelonoke, ajenas a la manada, lo que propiciaba la tensión de los Fenrir. No obstante, al mirar a su alrededor, Mari sólo sintió que emanara resentimiento de Marte Creciente, y éste no parecía interesado en otro enfrentamiento, lo cual a ella le parecía perfecto.

Mari no solía viajar sin su manada, Albrecht y Evan, y acusaba su ausencia del mismo modo que una niña es incapaz de ignorar la pérdida reciente de un diente de leche. La presencia de Kelonoke constituía una distracción que agradecía; ambas compartían lazos que, si bien podían ser menos personales que los que unen a los compañeros de una manada, en cierto modo resultaban igual de fundamentales. El sentimiento de hermandad de las Furias Negras no era algo que pudiera subestimarse así como así. Puede que Mari no comulgara con las ideas más contrarias a los machos que defendían las extremistas de la tribu... al menos, no del todo; claro que había escoria entre ellos, pero a Mari le parecía que no se debía negar de forma categórica la dignidad básica de todos los hombres que constituía la otra cara de la moneda de la opresión que los hombres, incontrolados, descargarían sobre las mujeres. No obstante, como Theurge y como mujer, reconocía la afinidad especial que compartían las hembras con Gaia, madre de todas las cosas. Era una relación que algunos machos, tan privilegiados como escasos, podían apreciar, pero que ninguno podría entender jamás. Para los hombres, la

violencia era un fin en sí mismo; para las mujeres, la destrucción era un medio que conducía a la conservación.

Como resultado de ese desigual reparto de filosofías, las Furias contaban con pocos machos en sus filas, un puñado de metis en su mayoría, tan sujetos como las mujeres a los prejuicios patriarcales de la mayoría de las tribus de los Garou y del mundo de los humanos. Entre los Garou, la Camada era la tribu más destructiva con diferencia, la menos proclive a comprender la relación especial que mantenían las mujeres y Gaia. Era con miembros de la Camada con quienes se encontraban Mari y Kelonoke en el primer tramo de ese largo viaje.

Por suerte, el viaje por la Umbral fue rápido, y los Garou recorrieron en cuestión de horas la misma distancia que en el plano mundano les habría costado días de camino. Siguieron el arco del puente lunar hasta su cúspide. De forma gradual, la pendiente se fue reduciendo hasta que el sendero se niveló, y no tardaron en comenzar el descenso. Mari dejó que sus pensamientos vagaran entre los cuerpos celestes que titilaban tras la bruma, algunos de los cuales había visitado con su manada. Kelonoke, pensativa al parecer, se guardaba sus ideas para sí mientras avanzaban, al igual que los Fenris. Ninguno se mostraba más callado y ensimismado que Brand. Luna aún no había alcanzado su cénit cuando los viajeros salieron por fin del puente lunar y se encontraron junto a un manantial de aguas cristalinas y un sauce que se derramaba por encima y alrededor de ellos, abarcando gran parte del claro con sus lánguidas ramas.

Un hombre de gran tamaño caminó hacia los Fenris y las Furias. Era tan alto como Brand Garmson y el doble de ancho, cosa que Mari hubiese creído imposible de no haber visto ya a Sergiy Pisa la Mañana en la asamblea.

—El clan del Alba os da la bienvenida. Nos congratula y nos halaga ofreceros nuestra hospitalidad. —Su melena, muy rubia, reflejaba el brillante haz del puente lunar, que desapareció con un destello hasta la próxima vez que se requiriera su presencia. Su voz, profunda y atronadora, resonó en el pecho de Mari y pareció que llenase todo el calvero. Se cubría con una túnica larga, la cual Mari supuso que sería la piel de un oso—. Saciad vuestra sed con las aguas del Manantial de las Lágrimas de Gaia.

Salió al frente un joven de tez morena que portaba una bandeja cubierta de tazones de barro.

Había una mujer de pie junto a Pisa la Mañana. Su piel era atezada, como la del joven, y Mari tuvo que reconocer su hermosura, la fuerza de sus rasgos y la nobleza de su porte. Parecía casi una miniatura, como le ocurría a la mayoría de los que se colocaban al lado de Pisa la Mañana. Mari también la había visto ya en la asamblea; al igual que ocurriera allí, la conducta de la mujer esta noche era discreta y neutral. Los Fenrir no eran tan modosos. Colmillos Primero se frotó las manos y se dispuso a coger una de las tazas que les ofrecían... hasta que la voz de su alfa lo detuvo.

—No tenemos tiempo —dijo Brand—. Nos hemos desviado muy al sur de nuestro objetivo para satisfacer a las mujeres. Cada hora que malgastemos no se nos podrá atribuir a nosotros.

Mari quiso decir algo, lo que fuera, con tal de mitigar el impacto de la descortesía de Brand, pero le faltaron las palabras. Brand sabía que el que el grupo hubiese elegido detenerse en el hogar del clan del Alba obedecía a una razón en concreto; era un símbolo del cierre de la sima que separaba a la Camada y a los Hijos de Gaia, del apaciguamiento de las tensiones que provocara la muerte de Arne Ruina del Wyrn. Arne Brandson. Mas las heridas de Brand no habían cicatrizado, ni se apreciaba aquí alivio alguno

de las tensiones, del inconsolable dolor que lo desgarraba por dentro. No estaba dispuesto a aceptar solaz alguno de aquellos que, a su juicio, habían contribuido a que su hijo falleciera antes de tiempo.

Colmillos Primero retiró la mano con gesto furtivo y se replegó junto a sus camaradas... todo lo que era capaz de replegarse un guerrero Fenrir.

—Muchas gracias por vuestra gentil hospitalidad —dijo Kelonoke Greña Salvaje, al cabo, tras esperar el tiempo necesario para no interrumpir la negativa de Brand y arriesgarse a agravarlo, pero lo bastante rápido como para minimizar el azoramiento que el desdén del Fenris había provocado en Pisa la Mañana—. Pero nos acucian asuntos urgentes y aún nos queda mucha distancia por recorrer esta noche.

—¿Podemos ayudaros de alguna otra forma? —preguntó la mujer plantada junto a Sergiy. Era una Señora de la Sombra, según podía recordar Mari, y una consejera.

—Ya habéis hecho bastante —repuso Brand, tajante. Sus palabras golpearon a la mujer igual que una bofetada en el rostro. Se recobró enseguida, enmascarando sus sentimientos heridos como la diplomática que era, como hubiese hecho Kelonoke. Pero, con los Garou, cada desliz era una cuchilla que se hundía en la carne, y la rabia era la sangre que fluía por las venas ofendidas.

Incluso Kelonoke se quedó sin palabras en ese momento, pero Sergiy Pisa la Mañana apoyó una mano fornida en el hombro de la Señora de las Sombras.

—Paz, Oksana, mi niña. —El sonido de su voz y el contacto de su mano parecieron apaciguarla.

También Mari se sintió aliviada por su reacción. ¿Cuántos alfas habrían pasado por alto tamaña provocación? Era verdad que Karin Jarlsdottir había omitido las poco veladas puyas de Mari

pero, al fin y al cabo, Karin era una mujer, y las hembras hacían gala de una sensatez mucho mayor para tales asuntos.

—No deseamos —continuó Pisa la Mañana, sin traza de rencor ni ofensa— que vuestra empresa se vea retrasada. No obstante, si pudieseis dedicarnos unos instantes, os mostraríamos dónde se alojaba Arne durante su estancia entre nosotros, y algunas de las personas que llegaron a conocerlo mejor pronunciarían unas palabras en su honor, hablarían de su fuerza y de sus valerosas hazañas. Permitidnos que lo honremos, que pongamos fin a este duelo.

—El asunto quedó zanjado con el martillazo de la Dadora de Ley —repuso Brand, lacónico—. Se ha pagado el precio de la sangre. Ya no queda nada a lo que haya que poner fin.

Mari torció el gesto, al percatarse del doble filo del puñal que empuñaba Brand. No atacaba tan sólo al corazón de Pisa la Mañana, sino también a su alma. Las límpidas aguas del manantial bien pudieran haber sido arenas del desierto, la impenetrable oscuridad engullía la luz de las antorchas.

—Ya que debéis apresuraros a proseguir vuestro camino —dijo Pisa la Mañana, respetuoso y apesadumbrado—, que la hermana Luna vele por vosotros y que la madre Gaia os acoja en sus brazos.

—Que sus bendiciones se derramen sobre vosotros como una cascada —respondió Kelonoke.

Mientras se alejaban del manantial y del sauce, Mari se acercó a su compañera de tribu.

—Yo creo que no ha ido tan mal, ¿y tú?

Kelonoke inhaló hondo y suspiró, al tiempo que metía la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta.



Los seis Fenrir no esperaron a las Furias antes de adentrarse en la Umbral.

—Vamos —urgió Mari—. Será mejor que nos demos prisa, sobre todo porque se supone eres tú la que sabe adónde vamos.

Kelonoke meneó la cabeza, permitiéndose aquel despliegue de frustración ahora que Mari y ella escapaban al escrutinio de los de la Camada.

—Tengo la impresión de que preferirían irrumpir en Serbia a ciegas —dijo Greña Salvaje.

—¿Tú crees? —preguntó Mari, sarcástica, antes de inhalar una honda bocanada—. Está bien. Tranquilízate. Concéntrate.

Cogidas de la mano, ambas mujeres cruzaron la Celosía, cambiando de nuevo el plano mundano por el espiritual. Las ramas del sauce gigante seguían cerniéndose sobre ellas, y el manantial resplandecía con fuerza, diáfano, reflejando la luz de la hermana Luna. Todo lo demás era menos nítido, una sombra de su antiguo yo: la hierba, el prado en sí. Pisa la Mañana y Oksana no resultaban visibles, pese a no haber abandonado el calvero. La transición a la Penumbra era un viaje por la consciencia, no por el espacio.

La Estrella Roja, oculta al plano mundano, aguardaba en solitario en el firmamento nocturno. Mari apartó la mirada de ella, pero no consiguió desprenderse del presentimiento de le inspiraba. Alejó los espectros de visiones y sueños.

Los Fenrir las estaban esperando. El talante de Brand, de brazos cruzados, indignados, consiguió que Mari sintiera ganas de abofetearlo. Pisa la Mañana no era el enemigo. Los Garou no podían enemistarse con otros Garou, no si aspiraban a tener alguna oportunidad contra las fuerzas que se alineaban contra ellos. Pero si Brand no se daba cuenta de aquello, nadie conseguiría metérselo en su dura cabezota de Fenrir a fuerza de palabras ni de

golpes. En lugar de enfrentarse a él, Mari le volvió la espalda, ignorándolo a propósito. Vio cómo Kelonoke abría un pequeño objeto redondo de metal que había sacado de su bolsillo justo antes de caminar de lado.

—¿Una brújula? —preguntó Mari. Era de las antiguas de latón, excedente de la Segunda Guerra Mundial, a juzgar por su diseño.

Kelonoke asintió.

—Más que una brújula. —Cuando la sostuvo en la palma de su mano, una luz brillante iluminó el prado de la Penumbra.

—Un sendero lunar —dijo Jorn Roe Acero.

En efecto, la luz convergió y formó un sendero brillante, menor y más estrecho que el puente lunar que habían cruzado antes, pero también más sólido. Cuando Jorn se adentró en él, no se hundió en la luz efímera, sino que permaneció firmemente plantado encima de ella. Mari sabía que aquella cualidad era una espada de doble filo, igual que el amor, igual que la rabia. Quizá el sendero fuese más substancial que un puente lunar, pero también resultaría más sencillo salirse de él.

—Déjame verla —le dijo a Kelonoke, señalando la brújula. Kelonoke se la dio y el cosquilleo que recorrió el brazo de Mari le confirmó a ésta lo que ya sospechaba. Se concentró en el artilugio de cristal y latón, plano y cilíndrico, y el remolino indistinto que giraba alrededor de la brújula que sostenía en la mano, igual que una nutria juguetona—. Una Lúnula. Has vinculado una Lúnula a este trasto.

—¿Qué mejor espíritu guía para un sendero lunar?

—¿Por qué no nos limitamos a coger un puente lunar que nos lleve hasta el túmulo? —quiso saber Colmillos Primero, perplejo.

—Aun cuando existiera un puente entre el clan del Alba y el de las Visiones Pasadas —intervino Brand—, las Furias no lo abrirían para nosotros.

Colmillos Primero se rascó la barba rojiza.

—Entonces, ¿para qué tanto esfuerzo para sacarles las castañas del fuego?

Mari levantó las manos, exasperada.

—¿No te enteraste de nada de lo que se dijo durante la asamblea, o es que estabas demasiado ocupado babeando y pidiendo a gritos una ejecución? ¿Te crees que lo que esté pasando en los Balcanes, que la amenaza del Wyrms sólo atañe a los Garou que vivan en la puerta de al lado? Si es así, ¿por qué crees tú que estoy yo aquí?

—Buena pregunta —gruñó Marte Creciente que, junto a dos de sus compañeros, dio un paso amenazador en dirección a Mari.

Brand estiró un brazo y los Fenrir se detuvieron en seco.

—Nos queda mucho camino por recorrer —dijo. Mari no supo distinguir si es que estaba de acuerdo con ella o si sólo deseaba reanudar la marcha.

Kelonoke tomó la delantera con su brújula fetiche y su Lúnula, mostrándole el camino a la Furia y a la manada del Viento Helado. Como ocurriera antes con el puente lunar, no tardaron en dejar atrás la familiar Penumbra. La senda lunar no ascendía, se limitaba a avanzar... lejos. Lejos del plano mundano y de su sombra, lejos de las brumas arremolinadas de la Umbra Próxima. Aun cuando caminara detrás de Kelonoke, ya que la senda era demasiado estrecha para permitir el paso de dos personas a la vez, Mari podía sentir la bulliciosa energía de la Lúnula.

—Se llama Esh'm —dijo Kelonoke, como si pudiera leer los pensamientos de su compañera.

Mari torció el gesto. Para los espíritus, los nombres eran poderosos, y revelarlos sin permisos invitaba al desastre.

—Es una amiga de nuestra tribu —continuó Kelonoke, al percatarse del desasosiego de Mari y del motivo del mismo—. No le

importa. —Su susurro iba dirigido sólo a Mari, no a los Fenris que cerraban la comitiva.

Cuanto más caminaban los Garou y más se adentraban en la Umbra Próxima, menos parecía que estuviesen caminando propiamente dicho, pese a lo que avanzaban con mayor rapidez. No era que la senda se moviera bajo sus pies igual que una escalera mecánica, sino que los viajeros adoptaban un aspecto ingravido y el movimiento pasaba a convertirse en una función de la voluntad, tanto como del cuerpo. Los Garou colocaban un pie delante del otro por la fuerza de la costumbre, pero su avance se correspondía apenas con sus gestos físicos. Las brumas, una pared de nube viviente, se cerraban y se retiraban a su alrededor, al parecer de forma aleatoria, sumándose a la sensación de dislocación y desorientación provocada por las inmediaciones, sensación que no era nueva para Mari. No era una cachorra que se dejase arredrar por la Umbra, pero había visto lo suficiente y había acumulado sabiduría suficiente como para sentir un saludable respeto por sus misterios; respeto, y no poca cautela.

También Kelonoke parecía cómoda siguiendo la senda lunar. Sus obligaciones como diplomática para las Furias griegas la habían llevado a lugares muy lejanos por toda la tierra y más allá. A intervalos, sin aminorar la marcha, Mari lanzaba discretas miradas de soslayo a los Fenrir. Ninguno parecía intimidado por el nublado paisaje cambiante, aunque los más jóvenes (Colmillos Primero y Jorn, sobre todo) seguían intentando que sus piernas funcionaran igual que en el reino de lo mundano. A resueltas de eso, estaban empleando diez veces más energía que los demás Garou, en vano. Uno no cambiaba la Umbra, sino que debía adaptarse a ella.

«*Ya se darán cuenta, antes o después*», decidió Mari. Probablemente, los Fenris más veteranos se estarían riendo a costa de los cachorros. Nada de lo que preocuparse.

—Es curioso —susurró Kelonoke, al cabo—, cómo, a medida que se aproxima el Fin de los Tiempos, cada vez más tribus apelan a las mujeres en busca de guía.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mira a Karin Jarlsdottir. Ya ha habido antes líderes femeninos dentro de la Camada, pero no muchas, y ella es muy joven. Le auguro un brillante futuro. Luego tenemos a Támara Tvarivich, de los Colmillos Plateados, en Rusia. Con las mujeres al frente de clanes importantes, las posibilidades de cooperación aumentan. Son más proclives a la sensatez y al razonamiento. En cierto modo, el sexo trasciende las líneas tribales... ojalá se dieran cuenta.

—Se diría que tú te llevas bastante bien con el margrave Konietzko, y no es una mujer.

Kelonoke redujo el paso por un instante, perdió la concentración, antes de reanudar su ritmo normal.

—Yo no soy una de esas radicales que opinan que no hay sitio para los machos en el mundo, Mari. El margrave ha demostrado ser un líder guerrero eficaz. Su clan habita también al borde de los Balcanes. Los intereses comunes originan extraños...

—¿Compañeros de cama?

—Aliados, iba a decir —reprochó Kelonoke.

—Nunca imaginé que pudiera oírte decir algo así de un Señor de la Sombra —dijo Mari, con un meneo de cabeza.

—A mí nunca se me ocurrió que pudieras convertirte en la comparsa de un Colmillo Plateado —replicó Kelonoke, con una sonrisa que no tenía nada de candorosa.

Mari sintió cómo se le encendían las mejillas. En una pelea, jamás permitiría que nadie la engatusara para que dijese o hiciese nada en contra de su voluntad, pero los combates dialécticos eran harina de otro costal. Empero, no quería enzarzarse en una disputa delante de Brand y los demás Fenris. Ésa sería la mejor manera de confirmar todas sus sospechas chauvinistas. Se mordió la lengua y encajó la puya de Kelonoke. Claro que Jonas Albrecht no era perfecto pero, según podía juzgar ella, era lo mejor que podían ofrecer los Colmillos y, al recuperar la legendaria Corona de Plata, por fin había demostrado su valor. Desde entonces, él, Evan Sana el Pasado y Mari habían hecho grandes cosas. Si Kelonoke no se daba cuenta de eso... Mari se tragó su orgullo por un momento y se dio cuenta de que aquello era lo mismo que Kelonoke estaba diciendo acerca de Konietzko. Era un Señor de la Sombra pero, con la influencia adecuada, quizá incluso él pudiera ser un orgullo para los Garou.

«*Espero que sepa lo que se hace*», pensó Mari. Al menos, con un Colmillo Plateado una sabía a qué atenerse: todos eran guerreros farisaicos con complejo de Jesucristo. Si conseguía que no se deprimiera ni se impresionara demasiado consigo mismo, a lo mejor llegaba a hacer algo de provecho. A Mari no le parecía que pudiera decirse lo mismo de un Señor de la Sombra. «*Espero que sepa lo que se hace*», se repitió para sus adentros.

Sin más que decirle a Kelonoke por el momento, Mari miró por enésima vez en lo que iba de hora hacia el lugar más lejano de la Umbra, donde podía sentir más que ver cómo palpitaba la Estrella Roja, ominosa. Una señal del Fin de los Tiempos, según la llamaban los ancianos. Pese al respeto que le inspiraba el mundo de los espíritus, Mari no era de las que se creían a pies juntillas toda la profecía y los abracadabras; le interesaba más el aquí y ahora y qué podía hacer para que resultara más soportable. Las

profecías conducían al derrotismo, demasiado a menudo. Si un pareado críptico que se le apareciera a alguien en un sueño iba a conseguir que los Garou renunciaran a toda esperanza, a ella no le interesaba. Su inclinación, no obstante, no siempre coincidía con sus propios sueños y visiones. No podía evitar recordarlos y buscarles algún significado. Al fin y al cabo, ésa era una de las razones por las que se encontraba allí. No conseguía escapar de la imagen del rostro ensangrentado de Luna, de los gritos, de las alas oscuras que eclipsaban incluso la malevolencia de la Estrella Roja. No podía evitar intentar hacer algo. Si el Fin de los Tiempos estaba tan cerca, no quedaba más por hacer que de costumbre, vivir y dejar vivir.

Mari, abatida por la presencia de la estrella, se preguntó si Nueva York, con su espeso velo de telarañas espirituales, no sería preferible a la Umbra abierta.

—¿Qué es eso? —preguntó Fimbulwinter, detrás de las Furias.

Mari se giró y miró hacia donde señalaba el Fenris, para ver lo que le habría llamado la atención antes si no se hubiese ensimismado de aquel modo. A lo lejos (la distancia exacta era difícil de calcular, dado su talante engañoso en ese plano), la senda lunar que seguían los Garou se cruzaba con otra. Sin embargo, no era aquello lo que había puesto una nota de preocupación en la voz de Fimbulwinter. Tras haber reparado en la senda alternativa, Mari vio que ésta se acortaba por momentos, que una ola de niebla negra y gris consumía sus confines, que se estaba formando una tormenta de la Umbra como ella no había visto otra igual. Aparecía a gran velocidad, como si se asomara por un horizonte inexistente.

—¿Sentís eso? —le preguntó Jorn Roe Acero a nadie en particular. La senda lunar bajo sus pies había comenzado a vibrar.

—Esto tiene mal aspecto —dijo Fimbulwinter.

Las brumas que rodeaban a los Garou estaban disolviéndose, se diría que huían del brutal asalto de la creciente turbulencia. En cuestión de segundos, la tormenta había abierto sus brazos de par en par, como un nubarrón decidido a rodearlos por kilómetros a la redonda. Las bolsas de energía dinámica reventaban como truenos por todas partes. Los haces de luz aparecían y desaparecían entre los bancos de niebla más espesos en la lejanía.

—¡Vamos! —les instó Kelonoke, levantando la voz por encima del clamor de la tormenta—. Si nos apresuramos a dejar atrás el cruce de sendas...

—No servirá de nada —dijo Mari—. Es demasiado grande, se mueve demasiado deprisa. —Se les había echado encima a tal velocidad, que supo que habría importado poco que ella se hubiese percatado antes. La tormenta rugía por tres flancos y surcó por encima de la intersección de las sendas, obscureciendo su luz—. No está siguiendo las sendas. Las está devorando.

Ante sus ojos, la abrasadora masa de vapor destrozó las sendas lunares a su paso, fragmentándolas y consumiendo los jirones de luz de luna. Por todas partes aparecían torbellinos menores de niebla enfurecida, que pasaban a sumarse a la cólera del fenómeno de mayor tamaño.

—¡Volvamos por donde hemos venido! —gritó Brand, que apenas consiguió hacerse oír por encima de la tormenta.

—¡Es demasiado rápida! —chilló Mari—. ¡Agarraos todos!

La senda lunar comenzaba a hundirse bajo sus pies. Por instinto, Mari asumió su forma de Crinos y se preparó para medir su propia rabia contra la de la tormenta. Intentó aferrarse a la senda con las garras de los pies, pero aquello resultaba imposible cuando el camino no era más que luz orientada. Pese a forzar hasta el último músculo de su cuerpo de mujer loba, era su fortaleza interior lo que podría afianzarla a la senda. Los demás

Garou, cambiados a su vez, estaban dándose cuenta de lo mismo mientras la tormenta se les echaba encima.

—¡Ven! ¡Tú eres Theurge! —dijo Kelonoke. Le entregó la brújula a Mari—. ¡Esh'm se ha vuelto loca! ¡Tú sabrás controlarla mejor!

Mari aceptó el fetiche y sintió de inmediato el terror que atenazaba al espíritu vinculado. Al sentir el terror, comprendió qué lo provocaba. Mari volvió a mirar a los haces de luz que restallaban enloquecidos en la nube de tormenta. No se trataba de algún tipo de relámpagos de la Umbra, como ella había creído, de alguna consecuencia del ciclón. Cada pincelada dorada y escarlata que centellaba en medio de la oscuridad era un espíritu atrapado por la furia de la tormenta. Quizá incluso le sirvieran de combustible. El inmenso poder que requeriría tal cosa... Mari comenzó a contagiarse del pánico de Esh'm. Intentó tranquilizar a la Lúnula, apremiándola, prestándole su propia fuerza de voluntad, ayudándola a mantener la senda lunar que les revelaba, sin la cual estarían perdidos. Mas los negros nubarrones arremolinados se abalanzaban sobre ellos con la fuerza de cien cataratas. Kelonoke gritó algo que Mari no pudo escuchar por culpa del estruendo. Se percató de que los demás espíritus también eran Lúnulas... furiosas y sedientas de venganza, alimentando sin cesar la cólera de la tormenta. Mari no consiguió evitar que Esh'm se sintiera aterrorizada por aquellas criaturas que bien podrían destruir a una Lúnula dispuesta a ayudar a aquellos extranjeros que no pertenecían al mundo espiritual.

Colmillos Primero fue el primero que se cayó de la senda... no hacia abajo, sino lejos. Bregó en vano por agarrarse a la luz, pero no encontró ningún asidero. Aeric Sangra Sólo Hielo saltó de inmediato tras Colmillos Primero, y sólo la rápida reacción de Brand, que lo cogió por el tobillo, impidió que también Aeric se

perdiera. Colmillos Primero seguía alejándose de la trémula senda.

Mari podría haberle ayudado, podría haberse salido de la senda lo suficiente como para recogerlo y regresar, pero estaba demasiado ocupada intentando alentar a Esh'm. El espíritu temblaba ante la furia de sus hermanas y de la tormenta. Lo peor aún estaba por llegar, pero se acercaba deprisa. Mari envolvió la brújula con ambas manos e intentó concentrar sus fuerzas, reavivar el coraje de la aterrada Lúnula. Quizá sus esfuerzos sirvieran de algo por un instante.

Un estallido de conmoción estremeció el sendero y Marte Creciente salió despedido. Atacó a una de las Lúnulas que surgió a su alcance, pero la tira de luz se le escurrió entre los dedos, eludiendo su ira. Como si quisiera vengarse, un remolino de niebla brotó de la nada y comenzó a tirar de Marte Creciente, alejándolo de la senda, atrayéndolo hacia las profundidades de la tormenta.

Las Lúnulas se arracimaban ya por doquier. A través de Esh'm, Mari sentía su cólera y su odio con mayor nitidez. La tormenta era ensordecedora. Las bofetadas del viento y los temblores de la senda eran más de lo que podían soportar los Garou; los espíritus fugaces casi habían conseguido sumir en un frenesí a los Fenris. Brand se defendía con una mano mientras sujetaba el tobillo de Aeríc con la otra. Jorn y Fimbulwinter peleaban con las Lúnulas espalda contra espalda, pero la ondulante senda lunar los lanzaba al uno contra el otro y los espíritus vengativos se escurrían entre sus piernas, junto a ellos, siempre lejos de su alcance. Marte Creciente quedó oculto tras un grupo de nubarrones negros enroscados, Colmillos Primero era una mota en la distancia. La voluntad de Kelonoke sucumbió y se cayó de la senda.

«*¿Ni siquiera hay luna llena!* —pensó Mari, desesperada—. *Esto no debería estar ocurriendo!*».

Pero ocurría. A su alrededor. Arriba y abajo. Ante su horrorizada mirada, Esh'm no pudo soportar el pánico por más tiempo; la tormenta apagó la luz de la criatura espiritual y la senda lunar se disipó bajo sus pies. Los Garou naufragaron perdidos en la Umbral, a merced de las inclemencias de la tormenta.

Capítulo cinco



El penetrante aroma del agrio té de manzana llenó de lágrimas los ojos de Karin Jarlsdottir. Se frotó el rostro con la manga sin darse cuenta siquiera. La punzada del té en su lengua y en su garganta era tan amarga e intensa como el vapor frente a su cara. En el salón del Vuelo de Lanza imperaba una calma inusitada, se encontraba vacío a excepción de ella, con el clan de la Forja del Klaive recuperándose del agotamiento colectivo que se había abatido sobre él tras la reciente asamblea. Karin sabía que los Fenrir no tardarían en volver a la acción y a reanudar su guerra con el Wyrn con el mismo fervor de siempre. Nadie era tan duro como ellos. Extenuarse hasta el límite del desmayo era su forma de fortalecerse, en cuerpo y alma. Ya podía sentirse cómo muchas cosas regresaban a la normalidad. Afuera, los cachorros y los jóvenes guerreros volvían a medir su temple en ritos de combate y habilidad. Soren, sin dejar de rezongar, se afanaba en la repleción del sótano de la Casa de Hielo, que se había quedado prácticamente vacío. Había otra cosa que volvía a ser como antes: el manto de la Gran Anciana, alfa del clan de la Forja del Klaive,

pesaba de nuevo sobre los hombros de Karin Jarlsdottir. No. No era como antes. Pesaba aún más.

Sus pensamientos vagaban sin remedio. A resultas de lo cual, en la oscuridad del salón, se veía acuciada por problemas que procedían de todas direcciones. Descentrada de aquel modo, se sentía abrumada. Lo sabía, pero sabía y hacer algo al respecto eran dos bestias distintas con las que lidiar.

Pensó en Lord Arkady, de los Colmillos Plateados, contra el que había dictado sentencia *in absentia*. Eran tantas las voces que lo condenaban, y sólo la de un Fianna solitario se había alzado en su defensa. Si no se había vendido, ¿por qué habrían de aparecer los Danzantes de la Espiral Negra para hablar en su nombre? ¿Capturado, quizá? ¿El gran guerrero de los Colmillos y líder del clan del Pájaro de Fuego? Dudoso. Tantos interrogantes, mas, por lo que a la Camada respectaba, la hora de las preguntas se había terminado. Arkady había sido condenado. Quizá aún estuviera a tiempo de limpiar su nombre, o eso esperaba Karin. Ahí tenían al rey Albrecht de los Estados Unidos, por ejemplo: se enfrentó al exilio, dictado por su propio abuelo, y no sólo había conseguido enmendarse sino que había reclamado el trono que le pertenecía por derecho de nacimiento.

La Jarlsdottir había sentenciado también a otros, si bien no de forma tan explícita. Guerreros de su clan y del de Tres Naves habían partido hacia Hungría y el clan del Cielo Nocturno. ¿Regresarían algún día de la guerra del margrave Konietzko?

«*Nuestra guerra*», se recordó Karin. En caso contrario, jamás habría accedido a enviarlos. Pero los Garou estaban acostumbrados a pensar de aquella manera territorial y provinciana. Muchos eran los miembros de su tribu que habían evidenciado su descontento cuando ella había ascendido al liderazgo del clan. Pese a que ella era sangre de su sangre y había nacido en el clan de la Forja,

sus detractores argumentaban que había pasado demasiados años de su juventud en los Estados Unidos, al otro lado del mar. No era apropiada, no era capaz, no era la indicada. En ocasiones se sentía como si hubiese conseguido demostrarles a todos lo equivocados que estaban. En otras ocasiones, como ahora, se preguntaba si no habrían tenido buenos motivos para criticarla. ¿Podría alguien hacerlo mejor? ¿Serían correctas sus decisiones en la lucha constante contra el Wyrn y la Tejedora?

Había accedido a que dos manadas investigaran la creciente amenaza de los Balcanes. «*Tres manadas*», se corrigió, aunque fuesen sólo dos las que habían emprendido ya la marcha. Antonine Gota de Lágrima, el excéntrico Contemplaestrellas, había insistido en que hubiera una tercera. Grita Chaos sería uno de los componentes, eso era todo lo que ella sabía. Era de esperar que Gota de Lágrima se ocupara del resto.

¿Qué ocurría con las otras manadas, ambas nombradas en honor del aliento perfecto de Gaia que había originado ese mundo imperfecto, la del Viento Errante y la del Viento Helado? Karin volvió a pensar en Brand, su compañero de clan. ¿En verdad habría acertado al claudicar ante sus exigencias? Tenía que creer que así era. Si se hubiese quedado allí, su pesar lo habría consumido y el clan habría terminado perdiendo a su Guardián de todos modos. Por lo menos, de aquel modo aún le quedaba una oportunidad...

—Jarlsdottir! —llamó una voz al otro lado de los muros del Vuelo de Lanza. Faldas de Montaña, el recién elegido Guardián, asomó la cabeza por el quicio de la puerta. Presa de la urgencia y de la premura, a punto estuvo de no ver a Karin, sola en el gran salón. Se alejó de la puerta antes de percatarse de su error y volver sobre sus pasos—. Jarlsdottir, un Garou se aproxima por un puente lunar.

Las cuitas de Karin se replegaron ante la perentoriedad del momento.

—¿Qué dice Cresta de Ola?

—El Guarda dice que el viajero viene del Cielo Nocturno.

El té de Karin, al igual que sus dudas, quedó olvidado mientras se apresuraba a ascender la Colina de las Lamentaciones con Faldas de Montaña pisándole los talones. Llegaron junto a Cresta de Ola en el momento que éste completaba un círculo por encima de su cabeza y se tocaban las yemas de sus dedos. Levó un aullido a la noche, y su nota pareció cobrar forma en el viento, adquiriendo luz y substancia. Con un brillante destello, el rayo de Luna adoptó una forma arqueada y tocó la cara de la colina. Un momento después, un Garou salía de la Umbra y se situaba junto a ellos.

Un Garou, *el* viajero. La exactitud de las palabras de Faldas de Montaña no le había quedado clara a Karin hasta ese preciso instante, cuando vio que Mephi Más Veloz que la Muerte aparecía procedente del puente lunar. Él, y nadie más.

—Tenéis que detenerlos —dijo el recién llegado, con las palabras agolpándose en sus labios—. La manada del Viento Helado, y la mujer americana. Avisadles. No permitáis que se vayan.

El corazón de Karin se congeló en su pecho.

—¿Qué has descubierto? —preguntó, asiendo a Mephi por los hombros—. ¿Dónde están los demás? —Intentó mantenerlo en pie.

Estaba exhausto y cubierto de sangre, demasiado tembloroso a causa del esfuerzo para permanecer erguido. El cansancio, o el peso de las noticias con las que cargaba, le obligaron a caer de rodillas.

—No hay nadie más. Ya no.

—Pero, el Viento Errante...

—Muertos. El Viento Errante ya no existe. —Su torva mirada de acero se perdía en una distancia indeterminada, mientras su mente repetía unas imágenes que los demás no podían ver—. Encontramos el túmulo del Descanso del Búho. Recuperamos la piedra del sendero y se la he llevado a Konietzko.

Karin intentó asimilar todo aquello. Mephi les estaba relatando lo ocurrido, pero sin explicar nada.

—Pero qué... ¿qué ha pasado? ¿Cómo...? ¿Qué ha sido de los demás?

Mephi levantó la mirada hacia ella, sus ojos volvieron a enfocarse en el aquí y ahora.

—Perdiciones, Danzantes de la Espiral Negra y espíritus del Wyrn que no había visto en mi vida. Eso es lo que ha pasado. El río Tisza está corrompido. Su espíritu estaba destruyendo... una especie de cadena, una hebra mística... No estoy seguro de lo que era. Los fragmentos engendraban Perdiciones. —Su mirada comenzó a desenfocarse de nuevo, a vagar hacia aquel lugar invisible.

Karin lo sacudió. Estaba balbuciendo demasiada información, demasiado deprisa. Iba a tener que explicarlo todo con más detalle cuando se hubiese repuesto, pero no todo podía esperar tanto tiempo.

—La otra manada... —comenzó Karin.

—No dejéis que se marchen —saltó Mephi.

—Pero ya se han ido —dijo Faldas de Montaña—. Brand ya ha partido.

Al escuchar aquello, Mephi se desplomó hacia adelante. Las esperanzas de Karin se vinieron abajo junto a los hombros del Caminante Silencioso.

—Entonces, están condenados.

Sus palabras, acreditadas por la reciente pérdida de sus compañeros, resonaron en los oídos de Karin. «*Condenados. Están condenados*». Pese a encontrarse al aire libre, en la ladera azotada por el viento de la Colina de las Lamentaciones, sintió que la noche, al igual que sus pensamientos ocultos, se cernía sobre ella.

Capítulo seis



El primer impulso de Mari, como siempre, fue el de luchar. Pero ¿contra qué? Ya no había senda lunar hacia la que abrirse camino. O bien había sido destruida o, sin la cooperación de Esh'm, quedaba cerrada para los Garou, o un poco de ambas opciones. Lo cierto era que daba igual. Las Lúnulas constituían un objetivo más atractivo, pero los Fenris habían probado aquella vía y habían demostrado que los espíritus disfrutaban de la ventaja de jugar en casa allí en la Umbra. Mari tenía más probabilidades de pasearse desnuda por delante de un edificio en construcción del Bronx sin que la silbaran que de ponerle la mano encima a una de aquellas Lúnulas. ¿Debería enfrentarse a la tormenta por haber tenido la osadía de desmantelar su excursión? Sería como escupir contra el viento.

En cualquier caso, mientras se veía zarandeada y revolcada de aquí para allá por los remolinos de niebla, su rabia se proyectaba contra todos los pecios de la Umbra, por incorpóreos que fueran. Cerró las mandíbulas en torno a un torbellino diminuto y experimentó un escalofrío visceral, una descarga de adrenalina. No le

importó que el siguiente remolino, de mayor tamaño, la atrajera hacia su corriente y la adentrara en la tormenta. Atacó a una Lúnula que se puso a su alcance y falló, pese a desear con desesperación poder reducir a confeti los haces de luz semejantes a cintas. Intentó perseguir a los enojosos espíritus, obligándose a avanzar en una dirección concreta en medio de los desdibujados alrededores. La tormenta demostraba ser demasiado fuerte en cada ocasión, pero su ira creciente, incluso un odio en vías de expansión hacia los caprichosos seres, la impulsaba a perseverar. Sintió cómo emanaban de ella oleadas de resentimiento, se embebió de aquellas sensaciones y las devolvió multiplicadas con creces. En vano.

Comenzó a desear que pudiera tropezar con uno de los Fenris. De un modo u otro, aquello tenía que ser culpa suya. Toda la tribu le guardaba rencor a las Furias Negras desde tiempo inmemorial. Se creían que eran los mejores guerreros. Ella les enseñaría un par de cosas. Qué satisfactorio sería herir a uno y arrancarle las entrañas; mucho mejor que flotar allí a merced de la tormenta, impotente, asaltada sin cesar por los espíritus y los elementos de la Umbral.

¿Y Kelonoke? Aquel viaje había sido idea suya, para empezar! Por lo menos podía haber llevado un fetiche que funcionara! Uno con un espíritu que no pusiera pies en polvorosa a la primera señal de peligro. «Seguro que *Esh'm* significa cagueta en el idioma de los espíritus», pensó. Fulminó con la mirada a la brújula que sostenía en la mano, cerró su puño de Crinos alrededor del objeto y apretó hasta que el latón se hubo abollado y la esfera de cristal se hubo roto.

—¡Cacharro estúpido...!

Quería destruir algo, a alguien; quería vengarse por su mala suerte, por los problemas inmerecidos que la asolaban. Albrecht

tenía razón, tendría que haberse quedado en los Estados Unidos. Maldito fuese por tener razón! Aquel era el tipo de cosas que despertaban su parte grosera y que no le dejaría olvidar. Podría aplastarle su cara de presuntuoso de un puñetazo. Maldito fuese Evan, también, por convencerla de sus teorías. Mari ya había tenido que sudar la gota gorda en Nueva York. Era ella la que le había salvado el culo cuando seguía temblando después de su Primer Cambio y, si no hubiese sido por él y por su sensiblera visión de la nación Garou en plan «nosotros somos el mundo», ella no estaría ahí en esos momentos.

Dondequiera que fuese ahí. Por mucho que se esforzara, la tormenta la sacudía a su antojo, revolcándola hasta que tuvo que cerrar los ojos para no vomitar y lanzándola por cascadas de vapor de kilómetros de longitud para aterrizar en moles arremolinadas de energía humeante. Al cabo, el tiempo comenzó a perder significado, al igual que ya había ocurrido con el espacio y la dirección. Mari se debatió contra la futilidad, contra la impotencia, mientras pudo. En dos ocasiones le pareció ver el perfil conocido de unas alas oscuras a lo lejos pero, si así era, se retiraron antes de que pudiera cerciorarse. En algún momento recuperó su forma homínida, embotados sus sentidos y sus emociones por el asalto incesante. La tormenta arreció. Las volutas de vapor la abofeteaban desde todas las direcciones, la atravesaban. Y en ese momento...

Nada. Se acabó. El alejamiento del caos penetró muy despacio el caparazón defensivo de Mari. Emergió de las profundidades de su interior a las que se había retirado. El ruido de la tormenta se había aplacado. El furioso nubarrón negro estaba retrocediendo. Incluso de lejos parecía medir varios kilómetros de ancho y otros tanto de altura. Las Lúnulas se abrían paso entre los vapores como relámpagos que brotaran de un frente tormentoso.

Mientras veía cómo se alejaba, Mari reparó en otro pedazo de detrito, en otro pecio dejado a la deriva por la tempestad: Kelonoke. Mari se esforzó por concentrarse. Estaba tan exhausta, tan agotada por la ira que había emanado de ella durante... ¿horas, días? Por fin consiguió obligarse a avanzar, demasiado cansada como para mover los pies. Despacio, acertaba distancias con Kelonoke. Incluso en ese momento sentía que el resentimiento bullía en su interior (¿No tenía Greña Salvaje la culpa de todo?), pero la extenuación se impuso.

—¿Estás bien? —exclamó Mari.

Kelonoke la miró fijamente, aturrida, desconcertada. La lucidez asomó a sus ojos de forma gradual.

—Mari.

—¿Y los otros?

Parecía que Kelonoke no había comprendido la pregunta.

—Los otros —repitió, absorta, confusa.

—¿Brand? ¿La manada del Viento Helado?

Kelonoke no era de gran ayuda. Mantenía los ojos clavados en Mari, en la mano de Mari. Ésta miró hacia abajo y se acordó de la brújula destrozada, de Esh'm. El fragor de la tormenta ya casi había desaparecido por completo. Las brumas arremolinadas más normales (casi acariciadoras en comparación) volvían a cerrarse, cambiando sin cesar, provocando juegos de luz y sonido. Mari no estaba segura de si podía ver en kilómetros a la redonda, o sólo unos metros. Un paisaje lejano, en la mayoría de los casos, resultaba no ser más que una ilusión, una masa de volutas de humo al alcance de la mano, o casi, o a la mitad de la distancia que parecía...

—No vamos a encontrarlos nunca sin ayuda —dijo Mari, mirando la brújula. Cerró los ojos y esperó sentir la punzada de energía, el cosquilleo del espíritu que habitara antes en el fetiche.

«Esh'm», llamó. La Lúnula seguía ahí, tenía que seguir; las ligaduras mágicas estaban aún en su sitio. ¿Y si el daño que le había infligido Mari a la brújula las había debilitado lo suficiente como para permitir la fuga de Esh'm? Mari abrió los ojos y se asomó a la destrozada esfera de cristal. Tres Maris le devolvieron la mirada, preocupada, furiosa y cansada. «Esh'm, te necesitamos». Esperó. Nada. «Esh'm, ¿estás ahí?». Frustrada, meneó la brújula como si se tratara de un reloj de bolsillo que necesitara que le dieran cuerda. No tardó en recomponerse, en sofocar su rabia. La ira de las otras Lúnulas y la furia de la tormenta habían aterrorizado al espíritu. Enfadándose no iba a conseguir nada.

«Esh'm, por favor...». Mari podía darle órdenes al espíritu, si es que seguía allí. Las Lúnulas de la tormenta habían sido demasiado numerosas, y no habría servido de nada ponerse a darles órdenes. Pensó que ellas no podían haber provocado la tormenta, sino que más bien debían de haberse subido a ella... o puede que fuesen meras víctimas, como los Garou. Además, la rabia de Mari había sido demasiado feroz como para permitirle parlamentar con los habitantes del mundo espiritual. Ahora se sentía más serena; podía apelar a su naturaleza espiritual, la que residía dentro de cada Garou. «Esh'm».

Un parpadeo de luz brilló en el interior de la brújula, bajo la telaraña de grietas que cubría la esfera. Mari exhaló un suspiro de alivio. El espíritu no había huido. Quedaba pendiente por tomar otra decisión. Era mucho lo que necesitaba Mari de Esh'm, y la cooperación voluntaria solía resultar mucho más efectiva que la que se conseguía mediante coacción.

—Kelonoke, el fetiche te pertenece.

—Haz lo que tengas que hacer.

Mari asintió. A fin de cuentas, el sacrificio no era tan grande. «*Esh'm* —le dijo al espíritu—, *ayúdanos a encontrar a los demás y a llegar a nuestro destino, y serás libre*».

El parpadeo del interior de la brújula aumentó su brillo, aunque Mari todavía podía sentir la reticencia a emerger del espíritu. Al parecer, la tormenta era algo a lo que tampoco *Esh'm* estaba acostumbrado. Tras más zalamerías y arrumacos, la Lúnula salió de la brújula y le mostró el camino a las Furias. El primero al que encontraron fue Jorn Roe Acero, flotando y balbuciendo incoherencias. Poco a poco, igual que ocurriera con Kelonoke, recuperó la consciencia. Marte Creciente fue el siguiente, solo en medio de las brumas, y luego Brand. El alfa seguía aferrado al tobillo de Aeríc. Cuando Mari se acercó a la pareja, vislumbró una silueta oscura que se escabulló y no tardó en quedar oscurecida por las hebras grisáceas. Como cualquier otra cosa que pudiera ver en la Umbra, lo mismo podía haberse tratado de un engañoso juego de luces y sombras en medio de la niebla, pero aquello no explicaba la sensación de temor que se había apoderado de ella. La forma desapareció casi en el momento en que hubo reparado en ella... o que *creyó* que había reparado en ella; no podía estar segura. Lo único que tenía era la impresión de unas alas negras, y puede que una larga cola que se agitaba mientras se escabullía.

Aún no había terminado todo. Mari se esforzó por instar a *Esh'm* a continuar; la profunda fatiga que la afligía resultaba evidente en el espíritu, así como en los demás Garou. No presentaban daños físicos pero, a los ojos de cualquiera, sus ojos y sus rostros demudados indicaban lo emocionalmente exhaustos que se encontraban.

Continuaron recorriendo el inestable laberinto de vapor, hasta dar con Fimbulwinter. Se mostraba algo más coherente que los demás. Por último, Colmillos Primero.

—Los primeros serán los últimos —dijo Mari. «*Gracias, Esh'm. Ahora, sólo nos hace falta que nos lleves a donde nos conducía antes Kelonoke, y tu trabajo habrá terminado*».

La Lúnula se estaba volviendo más activa, menos dubitativa y atemorizada; merodeaba adentro y afuera de la brújula, arriba y abajo del brazo de Mari. Cuando volvió a aparecer otra senda lunar ante los Garou, un destello de fuerza y determinación prendió en el interior de todos ellos.

—¿Habías visto antes una tormenta como esa? —le preguntó Fimbulwinter a Mari.

Negó con la cabeza; no quería hablar de ello, como si al hacerlo pudiera convocar de nuevo a la tormenta sobre sus cabezas.

—Miramos hacia adelante —dijo Brand—, no hacia atrás. ¿Te has olvidado de nuestra misión? No hemos llegado hasta aquí para entretenernos hablando del tiempo. El peligro y la gloria nos aguardan. En marcha.

Mari le dedicó una mirada de curiosidad al alfa y a su peculiar estallido de vigor. Le pareció que no le había oído pronunciar tantas palabras sin que nadie le preguntara desde que diera comienzo aquel viaje y, desde luego, nunca con aquel tono exhortador. La determinación era la misma, pero el pesimismo se había desvanecido, así como su lúgubre fatalismo.

—Ya habéis oído al jefe —dijo Mari—. A tirar millas.

Capítulo siete



—Ya ni me acuerdo de la última vez que me alegré tanto de pisar tierra firme —dijo Colmillos Primero.

Los últimos retazos de oscuridad que precedían al amanecer flotaban se adherían al soto de árboles entre los que se encontraban los viajeros. Mari sabía de qué estaba hablando el Fenris, pues sus propias piernas parecían de goma y tardó algunos minutos en acostumbrarse a pisar en firme de nuevo, pero no podría disentir más con él. Caminar de lado, atravesar la Celosía y volver a entrar en el plano mundano la dejaba siempre algo melancólica. Incluso después de tan arduo trayecto, tras una catástrofe como la que acababan de experimentar, una parte de ella añoraba lo que se había quedado atrás en las sombras. Los humanos alimentaban su rabia de sobra, pero los Garou eran algo más que criaturas de rabia. Mari había nacido bajo el auspicio de la luna creciente, la luna del espíritu, y no le prestaba la suficiente atención a la faceta mística de su naturaleza. Ése era el mayor peligro de la vida en la ciudad, donde la Penumbra era un laberinto

de yermos y la serenidad contemplativa se convertía en un lujo que pocas veces se podía permitir.

Mari pensó en los últimos segundos antes de su regreso a la tierra. Había cumplido con su trato y le había concedido la libertad a Esh'm, liberando así a la Lúnula de las ligaduras místicas que la vinculaban a la brújula fetiche. Esh'm había revoloteado llena de júbilo, tan excitada como furiosas se habían mostrado las Lúnulas de la tormenta, antes de adentrarse en la Umbra como una exhalación. El mundo espiritual no estaba exento de peligros y ordalías, pese a lo cual Mari comprendía la exuberancia de Esh'm mucho mejor que el alivio de Colmillos Primero al regresar a la aduja mortal.

—Kelonoke —dijo una voz de mujer, desde la penumbra. Su propietaria, una mujer de mediana edad, atractiva pese a su cutis maltratado por la intemperie, se acercó al grupo. Cogió a Kelonoke del brazo con gesto afectuoso; sus ojos se fijaron en los demás con algo menos de entusiasmo—. Has traído... invitados.

Brand se adelantó al resto de la manada.

—Os presentamos los saludos y los respetos de la manada del Viento Helado, del clan de la Forja del Klaive. Nos honra ser recibidos por las hermanas de las Visiones Pasadas.

La media sonrisa de la mujer se congeló en su rostro. Con las cejas arqueadas, miró a Kelonoke.

—Éste no es el túmulo —le dijo Kelonoke a Brand, con calma.

Presintiendo que su despliegue de formalidad y galantería había estado fuera de lugar, por no decir que había sido un derroche innecesario, el semblante de Brand adoptó una expresión sombría.

—Entonces, ¿dónde estamos? —preguntó, con paciencia forzada.

—Estamos en Creta —explicó Kelonoke—. Esperarás aquí con tu manada, mientras Mari y yo departimos con las ancianas del túmulo. En esa dirección encontrareis una casa donde podréis acomodaros y...

—Que nos quedemos aquí —gruñó Brand—, mientras vosotras, mujeres...

—¿No esperarías que se permitiría la entrada de machos al túmulo? —dijo la desconocida, adusta—. Y menos machos de la Camada.

—¿Por qué estamos intentando ayudar a estas mujeres? —exclamó Marte Creciente—. Nosotros les abrimos las puertas de nuestro túmulo, nos presentamos como amigos para encargarnos de algo que está claro que ellas les viene grande y, a cambio, sólo conseguimos que nos insulten!

—¿Alguna hermana de las Furias ha atacado alguna vez vuestro túmulo? —preguntó la mujer.

—Por favor, Aegina... —dijo Kelonoke, conciliadora.

—¡Que se les ocurra! —proclamó Colmillos Primero, desafiador—. Brand Garmson ha protegido siempre al clan de la Forja del Klaive. Incluso los esbirros del Wyrn saben que les conviene mantenerse alejados. ¿Qué esperar de una manada de estúpidas...?

—«¿Mujeres?» —lo atajó Aegina, con las mejillas encendidas—. No hace tantos años que las mujeres de vuestra tribu traicionaron la confianza y la hospitalidad que fuimos tan ilusas de ofrecerles. Nosotras aprendemos de nuestros errores mientras que vosotros, al parecer, ni siquiera os acordáis de los vuestros. No sé de qué me extraño. Sois hombres. Tenéis la cabeza llena de celos y lujuria, no os queda sitio en el cerebro para pensar, por eso tenéis que emplear la...

—*Aegina* —intervino Kelonoke—. Estoy segura de que Brand Garmson, honorable Guardián de su túmulo durante mucho tiempo, sabrá respetar nuestras tradiciones.

Todos los jóvenes de la Camada miraron a Brand. También Mari lo observó mientras se esforzaba por dominar su rabia. Aquel no era el padre abatido por la muerte de su hijo que había visto en el clan de Noruega. Ahora poseía una vitalidad renovada, una volatilidad que lo volvía aún más inmune a la persuasión; se dio cuenta de que no debía de ser algo nuevo, al mirar a los demás Fenris y fijarse en cómo observaban a su alfa. Aquel era el Brand al que estaban acostumbrados, y no al ensimismado doliente resignado ante la adversidad que ella había conocido. No comprendía el cambio que se había operado en él; no se lo explicaba.

—Un día más o menos no supone tanta diferencia —contribuyó Mari al debate—. Además, tampoco íbamos a volver a adentrarnos en la Umbrá antes de que anochezca.

Brand fulminó con la mirada primero a Mari, luego a Kelonoke y por último a *Aegina*. Al cabo, levantó una mano en dirección a su manada, cuyos miembros apelaban a su orgullo.

—Así pues, partiremos al anochecer —dijo, a regañadientes—. Pero que quede bien claro que ser recluido entre la Parentela me parece una ofensa.

—*Aegina* y las mujeres de la casa de campo no son meros Parientes —repuso Kelonoke, apaciguadora, antes de añadir: Y os invito a respetar los límites de nuestra hospitalidad.

La despedida fue tensa cuando Mari y Kelonoke se alejaron de los demás. Las dos Furias no se detuvieron en la casa, sino que continuaron hasta dejar atrás los muelles y el mar.

Capítulo ocho



Las aguas del Egeo relucían, límpidas y brillantes, bajo el sol naciente. Kelonoke se encargaba de los remos del pequeño bote pero, tras alejarse a boga lenta de los muelles de pesca junto a las otras dos Furias, ni siquiera había comenzado a sudar. El bote mantenía un curso vigoroso y surcaba las olas someras mientras Creta iba quedándose a popa. Espíritus del agua. Mari sentía su presencia, su proximidad, mientras propulsaban la barca hacia adelante. De haberse encontrado a bordo visitas inesperadas, la navegación no sería tan fluida, la mar no estaría tan plácida y los vientos no serían tan favorables. Al principio, se veían otras embarcaciones, buques de arrastre en su mayoría, pero todas mantuvieron las distancias; nadie parecía prestar atención a la lancha de las Furias y todas las naves adoptaron rumbos divergentes. Mari sospechaba que aquella era otra consecuencia de las atenciones de los espíritus. Con lo delgada que era la Celosía de aquel lugar, a cada kilómetro que pasaba podía sentir cómo se ajaba, igual que una hoja de papel expuesta al sol abrasador.

Por palpables que fueran para Mari los indicios de la presencia de espíritus, un humano no percibiría nada fuera de lo común, ni tampoco muchos Garou que no hubieran nacido bajo el auspicio de la luna creciente. Kelonoke, como una de las pocas Garou nacidas en el seno del clan de las Visiones Pasadas, debía de haberse percatado. Volvía a casa. El túmulo y sus alrededores le resultaban íntimamente familiares pero, si encontraba alguna satisfacción en su regreso al hogar, Mari era incapaz de detectarlo. Kelonoke dejó que los remos, ya casi secos por completo a causa de la fuerte brisa marina, descansaran sobre las regatas y miró a levante. Quizá fuesen sus ojos, entrecerrados para protegerlos del sol, lo que le confería aquel aire de turbación.

—No dejes que los Fenris te saquen de quicio —dijo Mari. Su voz sonaba empequeñecida en medio de la inmensidad del mar y a causa de los graznidos de las gaviotas próximas que planeaban a lomos de las corrientes de aire.

—¿Hm? Ah. —Kelonoke apartó la vista del horizonte para mirar a su compañera—. No me molestan. Es sólo que dan mucho trabajo. Son guerreros valientes. Lo único que hay que hacer es tener paciencia con sus salidas de tono.

—Qué razón tienes. —Entre ellas, las Furias solían llamar a los Fenris la «*Cachaza de Fenris*», por la espuma que soltaban por la boca cada vez que no les entraba algo en sus cabezotas. Cuando las risitas de las mujeres se hubieron sofocado, Mari estuvo segura de que había algo que preocupaba a Kelonoke, aunque sabía sin imaginarse el qué—. Va, ¿qué te pasa? ¿Si no se trata de tener que lidiar con Brand y su farándula, qué es lo que te come por dentro?

—Si no me preocupa nada —repuso Kelonoke, poco convencida; transcurridos varios segundos, sintió la necesidad de explicarse acerca de lo que no le preocupaba—. Es sólo que... Supongo

que cuanto más tiempo paso lejos del túmulo, menos parte de él me siento. —Hizo otra pausa y frunció el ceño, insatisfecha con lo que acababa de decir—. No, eso no es cierto. Sigo sintiéndome parte de él. Sigo sintiéndome como en casa en este lugar, Iona, Kyra, incluso Teiresias y las demás... compartimos un pasado, tenemos una historia en común. Pero nuestros puntos de vista acerca del rumbo que habremos de adoptar en el futuro son tan distintos.

Mari esperó a que su amiga ordenara sus ideas.

—Este mundo es tan insular —continuó Kelonoke—. Yo salgo a representar nuestros intereses, veo más cosas, experimento más facetas de las demás tribus. No todo el mundo cree que eso sea bueno.

—Ya. Una persona me acusó una vez de ser una mera comparsa de Albrecht.

Kelonoke acusó la puya. Pareció dolida por un momento, hasta que se percató de que el comentario de Mari había estado desprovisto de resentimiento y de malicia. Kelonoke esbozó una sonrisa, aunque sin abandonar su aire pensativo.

—Te queda un arduo camino por recorrer, Mari.

—Esos son los únicos caminos que conozco.

Permanecieron sentadas en silencio durante el resto de la travesía mientras los espíritus del agua las conducían al túmulo de la isla de Miria, Ecube para el resto del mundo, aunque lo cierto era que el resto del mundo no le prestaba atención a aquel pedazo de roca que sobresalía del Egeo. Así era como les gustaba a las Furias, y a sus espíritus guardianes. Para cuando el bote se hubo adentrado en los confines del pequeño muelle natural, Mari podía paladear en el aire la presencia de espíritus, igual que la sal que arrastraba el viento cargado de humedad. El clan de las Visiones Pasadas había sido un monumento a la fuerza de las Furias

Negras en aquella parte del mundo durante mucho tiempo, tanto de forma simbólica como literal. Los retos de los humanos y de otros Garou se habían repetido una y otra vez, pero siempre los habían superado. La sabiduría de los Círculos siempre había sido suficiente.

Una mujer observaba con atención el acercamiento del bote de remos desde la playa de piedras que sobresalía de los acantilados del grueso de la isla. Iba descalza, pese al abrupto terreno. Sus bermudas caqui y su top blanco estaban salpicados de espuma de mar. Mari, con su buen ojo para las artes marciales, se percató de inmediato de que la mujer apoyaba casi todo el peso de su cuerpo en su pierna izquierda. También resultaba visible la indignación que le fruncía el ceño.

—Está dolida —le dijo Mari a Kelonoke—. Y cabreada.

Kelonoke asintió con la cabeza.

—La herida de la pierna es cosa del pasado. Lo demás debe de ser cosa mía.

La barca no arañó la orilla, sino que se posó con delicadeza encima de las piedras cuando la espuma, que se había levantado ligeramente, se retiró en el momento oportuno. Mari y Kelonoke no tuvieron que vadear hasta la orilla.

—Kyra —exclamó Kelonoke—, nuestro huésped es Mari Cabrah. Ha venido desde Nueva York para presentarnos sus respetos.

Los ojos de Kyra eran tan azules como el cielo del Mediterráneo, aunque en sus profundidades se fraguaba una tormenta. Aparte de su pierna, cuya discapacidad se apreciaba mejor a corta distancia pero que apenas mostraba indicios de atrofia muscular, era una mujer fuerte, de espaldas anchas y estólida, más alta y mayor que las recién llegadas. Su cabello pelirrojo era muy oscuro, casi negro, salvo en las piernas, que la luz del sol cubría

con una pátina flamante. Kyra saludó a Mari con la cortesía que dictaba el ritual, antes de volverse hacia Kelonoke.

—¿Cómo has podido traerlos aquí? —preguntó Kyra, en voz baja, enfadada.

—No están *aquí* —señaló Kelonoke—. Están en la casa.

—Me da igual.

Mari sentía la tensión entre las dos mujeres con la misma nitidez con la que podía sentir la presencia eléctrica de espíritus en la isla.

—Las noticias vuelan —dijo, en un intento por romper el hielo. Dudaba que la Parentela de Creta y las Garou del túmulo dispusieran de teléfono o de comunicadores por radio. Se preguntó qué espíritus se habrían adelantado a los espíritus del agua para informar de la llegada de visitantes de la Camada.

Kyra fulminó a Mari con la mirada, pero se mordió la lengua y contuvo su afilada e impulsiva respuesta.

—No espero que lo comprendas. Ésta no es la ciudad desértica a la que estás acostumbrada. Aún existen motivos para proteger este lugar.

—Hay mucha gente que necesita protección en «la ciudad desértica».

—Humanos —escupió Kyra.

—Si escondemos la cabeza y los dejamos solos —dijo Kelonoke—, la Tejedora y el Wym se volverán más fuertes. ¿Vamos a permitir que ocurra eso, Kyra?

—Sin humanos de los que alimentarse, la Tejedora y el Wym se morirían de hambre.

—Los humanos no van a evaporarse —señaló Kelonoke—. Si se matan entre sí, nos llevarán con ellos. Y a Gaia.

Kyra soltó un bufido.

—No hay razón que justifique el que hayas traído a Fenris aquí.

—No he traído...

Kyra acalló la protesta de Kelonoke con un ademán.

—Iona te está esperando. Ya responderás ante ella. —Antes de alejarse cojeando, Kyra volvió a mirar a Mari—. Bienvenida, Mari Cabrah. —Sus palabras sonaban casi a disculpa, pero su enfado mantenía el filo en su voz—. Nuestra tribu progresaría si las generaciones más jóvenes peregrinasen aquí.

Mientras Kelonoke guiaba a Mari lejos de la orilla, Greña Salvaje no se esforzó por ocultar su exasperación.

—Si todas las Furias peregrinaran aquí, se quejaría porque el exceso de visitantes supondría una amenaza para la seguridad del túmulo.

—Así que ella es la Guardiana.

Kelonoke asintió con la cabeza.

—Y una buena amiga... a pesar de todo.

Siguieron la costa hacia el este, en dirección al sol de la mañana que ya se había elevado a gran altura en el firmamento. La cala dio paso a terrazas naturales, mientras los escarpados acantilados se erguían siempre a mano izquierda. Vides y arbustos crecían con fuerza allá donde el suelo era lo bastante grueso encima de la isla rocosa. Mari se apartó el cabello del rostro y adquirió consciencia del contraste entre aquella brisa cálida y húmeda y el gélido viento cortante que soplaba en el clan de la Forja del Klaive. Los Garou tenían que defender los túmulos dondequiera que los encontrasen. Supuso que los Fenris tenían suerte de preferir los climas más áridos. Mari se quedó en camiseta cuando se hubo quitado la camisa de manga larga; cargó con ella junto a su abrigo, del que ya se había despojado en el bote.

Recorrido ya cerca de kilómetro y medio, comenzó a oír un rumor ronco que aumentaba de volumen a cada paso que daban. Cuando hubieron doblado un recodo de la orilla particularmente estrecho, donde sólo existía un sinuoso sendero entre la pared del acantilado y el mar, el rumor se hizo más fuerte. Para cuando la cascada hubo aparecido frente a ellas, el rugido era casi ensordecedor. La senda continuaba avanzando, girándose bruscamente hacia el acantilado antes de serpentear hacia arriba por la escarpada pared rocosa, muy cerca de la cascada. La ascensión no era sencilla. Mari metió el abrigo y la camisa en su mochila. En varias ocasiones hubo de gatear y seguir a Kelonoke a cuatro patas. Las piedras eran resbaladizas donde recibían las salpicaduras del agua. Mari, con cuidado de concentrarse en cada asidero, aún pudo saborear algunas gotas de agua. Entre el sol y el viento de la excursión en barca y el sudor que le estaba costando la escalada, había acumulado una sed febril; pero no podía obtener más que algunas gotas aquí y allá, lo suficiente para atormentarla con la certeza de lo delicioso y refrescante que sería un buen trago.

El sol brillaba casi justo encima de sus cabezas, debía de ser poco más de mediodía, cuando Kelonoke y Mari cubrieron los últimos metros empinados del sendero y se tumbaron sobre la exuberante planicie cubierta de hierba que coronaba la isla. La vegetación le recordó a Mari a un paisaje tropical más que a una vista propia del Mediterráneo. Las Furias del clan habían tenido muchos años para importar y cultivar todas las plantas exóticas que se les antojaran, y no habían perdido el tiempo. Mari se detuvo y se desentumeció antes de adentrarse en la frondosa espesura. Estaba acostumbrada a realizar a diario varias sesiones de ejercicios y entrenamiento físico en su casa: acondicionamiento, mantenimiento, boxeo, por no hablar de su trabajo como profesora de defensa propia. Aparte de su breve altercado con Marte

Creciente, apenas había tenido ocasión de realizar ninguna actividad física desde que diera comienzo la asamblea.

—Por aquí —dijo Kelonoke. Apartó un macizo de frondosas cepas para revelar que la senda continuaba adentrándose en la isla.

El clamor de la catarata se apagó hasta convertirse en un rumor lejano con una rapidez sorprendente, aunque el sonido del agua en movimiento nunca desapareció del todo. Las dos Furias siguieron el riachuelo que alimentaba la cascada hasta que llegaron a un amplio estanque cristalino. Junto a la laguna, enmarcada por unos árboles inmensos que parecían tan antiguos como la propia isla, había una mujer casi igual de vieja. Su piel poseía el curtido bronceado oliváceo propio de los isleños, y su melena negra estaba ribeteada de canas. Pese a su edad, se mantenía alta y erguida; su cuerpo ofrecía una serie de músculos firmes donde no quedaba cubierto por su elegante traje blanco, que realzaba su forma homínida. La lanza que sostenía a un costado no estaba allí para ofrecerle sostén, ni como mero adorno.

—Bienvenida, Mari Cabrah, al clan de las Visiones Pasadas. Me llamo Iona Exterminadora de Parientes. —Sus ojos eran tan oscuros como azules habían sido los de Kyra.

Mari realizó una reverencia deferente mientras intentaba recordar las historias de aquel icono de las Furias y cómo se había ganado su nombre. Algo acerca de una purga en su clan y de unos nazis infiltrados durante la Segunda Guerra Mundial, pero Mari nunca había prestado mucha atención a los relatos de épocas y lugares lejanos que parecían no guardar ninguna relación con su vida diaria.

—Tengo entendido que vuestra visita va a ser breve —dijo Iona, sin la menor sonrisa ni cambio de expresión—. Quizá sea lo mejor, teniendo en cuenta vuestras preferencias a la hora de elegir compañeros de viaje.

—Si alguien tiene la culpa de algo —intercedió Kelonoke—, ésa soy yo, no Mari. He de defenderme diciendo que todo lo que he hecho ha sido por el bien de la tribu y del clan.

—Ah —Iona arqueó las cejas—. ¿Qué tribu, y qué clan? —Acalló la ferviente protesta de Kelonoke con un ademán—. No te preocupes, niña. Ya ahondaremos en estas cuestiones, te lo aseguro. Largo y tendido. Ahora, no obstante, permite que me ocupe de nuestra invitada.

El nerviosismo de Mari aumentaba mientras las dos compañeras de clan departían. Se sentía igual que una cría, escariada por los padres de una amiga por haber vuelto tarde a casa o por haber visitado una parte de la ciudad que más valía evitar.

—Oye, que no pretendía ocasionaros ningún problema. Kelonoke me contó lo mal que están las cosas por aquí. Ya sabes, Serbia, Kosovo, aunque todo el mundo crea que la guerra ya se ha acabado. Y Konietzko se mesaba los cabellos hablando de la propagación de la mancha del Wurm. Por eso me ofrecí voluntaria para investigar. A Kelonoke le pareció buena idea que viniéramos aquí primero pero, en fin, no es por molestar ni nada, si hay algún problema, lo mejor será que me vaya por donde he venido.

Iona escuchó impasible, con sus ojos negros clavados en Mari. Se produjo un silencio tenso entre ellas cuando la Furia más joven hubo terminado de hablar... hasta que Iona esbozó una sonrisa. Las comisuras de sus finos labios se curvaron una milésima, extendiendo una red de arrugas labradas por todo su rostro. Sin embargo, sus ojos permanecieron fijos, sondeando, y la tensión no se alivió todo lo debido.

—¿No te importará que una anciana te diga lo que tienes que hacer, verdad?

Mari procuró medir sus palabras. ¿Qué debería decirle a aquella venerable jefa de clan? ¿Cuánto sería demasiado... si es que no se había pasado ya de la raya?

—Aún estoy por conocer a un Garou al que le guste que lo mangoneen y, como he dicho antes, éste es vuestro clan. Si mi presencia os ofende...

—El que tú estés aquí es indiferente —dijo Iona. Hizo una pausa y por fin volvió sus penetrantes ojos hacia Kelonoke—. ¿O no, hermana Greña Salvaje?

Mari tuvo la impresión de que se había perdido algo. Miró a una y a otra. Ambas mujeres mantenían un duelo de miradas que parecía destinado a medir sus voluntades.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mari.

Iona no apartó los ojos de Kelonoke.

—¿Por qué te has aventurado tan lejos de tu hogar, hermana? —Formuló la pregunta con voz uniforme, sin el dejo acusatorio que había empleado el Fenrir al preguntarle lo mismo.

—Ya te lo he dicho. Si las cosas están tan mal por aquí, me gustaría ayudar en la medida de lo posible. —Estuvo tentada de mencionar su sueño, sus visiones (el fulgor sanguinolento de Luna, los gritos, las alas negras) pero, de algún modo, le pareció que aquello era demasiado personal.

—Muchos se han adentrado en Yugoslavia antes que tú. Muchos son los que no han regresado. Quienes sí han vuelto lo han hecho... rotos. Estás dispuesta a correr los mismos riesgos. ¿Por qué?

—Enseño a las mujeres a evitar convertirse en víctimas. Ése es mi trabajo. Kelonoke dijo algo de camino hacia aquí: que el sexo trasciende las líneas tribales. Bueno, yo creo que también va más allá de las diferencias entre Garou y humanos. Algunos humanos no deberían vivir atemorizados sólo por haber nacido mujeres. He

oído hablar de las guerras de Bosnia y Kosovo: los campos de violación, la esclavitud sexual, la tortura. Me revuelve el estómago pensar en ello. Me dan ganas de destripar al primer hombre que se ponga a mi alcance. Kelonoke acudió a mí en busca de ayuda. Es mi hermana. Todas esas mujeres son mis hermanas.

—Quería que vinieras aquí para que luego corrieras la voz por los Estados Unidos —le dijo Kelonoke a Mari, sin perder de vista a Iona—. No es algo que pueda hacer una mujer sola, Mari.

—Así que estás dispuesta a arriesgarte en nombre de todas esas mujeres. Y por Kelonoke. Puede que en nombre de todas las Furias. ¿También estás dispuesta a correr este riesgo en nombre de los Señores de la Sombra?

Mari no se esperaba aquella pregunta, ni la entendía.

—Responde, niña.

—El peligro es mayor que las Furias —intervino Kelonoke—. Es mayor que los Señores de la Sombra, Iona. Si cada tribu intentase enfrentarse sola a las amenazas, todas perecerían solas.

—Algunas de la hermandad —dijo Iona, incluyendo a Kelonoke en ese *algunas*—, han dialogado muy de cerca con el margrave Konietzko a pesar del hecho de que los Señores de la Sombra han intentado apropiarse de este túmulo durante muchos años. Él no es como los demás, dicen las hermanas. Quizá. Y quizá los Fenris que están sentados ante nuestra puerta no sean igual que los miembros de su tribu que nos atacaron... muchos de los cuales eran mujeres. *Su* sexo no trasciende la lealtad a la tribu. Ahora, algunas estarían dispuestas a conspirar con...

—Yo no he conspirado con nadie —espetó Kelonoke, iracunda.

—Dime, hermana Mari, ¿por qué crees tú que Kelonoke ha solicitado la ayuda de otras tribus? ¿Por qué ha recurrido a la Camada? ¿Porque son mejores guerreros que nosotras?

—Claro que no.

—Claro que no —repitió Iona, en voz baja—. Pero son muchas las hermanas que han perecido, rotas contra las murallas de la Cloaca del norte. Quizá sea más fácil enviar a la muerte a Garou de otras tribus, en lugar de a nuestras hermanas.

—Bso no es cierto! —gritó Kelonoke.

—Así que es no es cierto, bien —convino Iona, serena—, ¿será sólo necesario, entonces?

Kelonoke no respondió a la anciana, sino que se volvió hacia Mari.

—Ni se me ocurrió que pudieras ofrecerte voluntaria para esto. Te necesitábamos para conseguir apoyo en los Estados Unidos. Lo que nos hace falta es un ejército, un asalto masivo...

—Ah, ¿acaso no conseguirá apoyo una mártir? ¿Del mismo modo que unos mártires Fenrir conseguirán apoyo entre los miembros de la Camada? ¿Y las demás manadas que están siendo enviadas a trampas mortales? ¿No es ésta la cruel forma de pensar propia de un Señor de la Sombra?

Mari sintió un súbito escalofrío, pese al caluroso sol de la tarde.

—Existe una posibilidad de tener éxito —insistió Kelonoke—. Y tenemos que descubrir a qué nos enfrentamos. No habría permitido que nadie afrontarse estas misiones si estuviesen condenadas al fracaso.

—Pero también el fracaso entraña su parte de éxito —presionó Iona—. Las demás tribus se apresurarán a enfrentarse a la amenaza.

—Si mueren los Garou de las expediciones —dijo Kelonoke, sombría—, sus sacrificios no habrán sido en vano. Ojalá la muerte de todos los guerreros tuviera tanto sentido.

Por primera vez en lo que parecían horas, Iona apartó sus acerados ojos negros de Kelonoke y volvió a posarlos en Mari.

—Ahora comprendes por qué le aflige tanto a nuestra querida Kelonoke el que decidieras acompañar a los demás. ¿Vas a decírselo a tus amigos de la Camada, o vas a permitir que tiren sus vidas por la borda sin saberlo? —La anciana hizo una pausa—. Y tú, ¿estás dispuesta a tirar tu vida por la borda?

Si Iona hubiese puesto en duda el coraje o la habilidad de Mari, ésta no habría dudado en responder, en reafirmar su decisión de enfrentarse al peligro. Pero, sugerir que Kelonoke la había traicionado... Kelonoke miraba fijamente al estanque cristalino, a la cegadora luz del sol que se reflejaba en la superficie del agua. Mari se dio cuenta de que las pistas habían estado ahí todo el tiempo: el abatimiento y el enfado de Greña Salvaje cuando supo que Mari se había ofrecido voluntaria. La razón, sin refutar por Kelonoke, resultaba evidente. Sin embargo, el quid de la cuestión permanecía invariable.

—A ver —dijo Mari, furiosa por tener que soportar constantemente que se cuestionaran sus motivos—, ahí en los Balcanes está pasando *algo*. Eso no lo niega nadie, ni tú, ni Kelonoke ni Konietzko. Ahora bien, puede que no sea más que lo que dicen la televisión y los periódicos, que los humanos se han vuelto locos y se están matando y torturando los unos a los otros. Gaia sabe que se bastan solos para cometer las atrocidades más horribles. Aunque eso sea lo único que esté ocurriendo... «*lo único*»; escuchad cómo suena eso, como si sus vidas no valiesen nada sólo porque no sean Garou... aunque sea eso lo que está ocurriendo, ya es bastante malo. Alguien tiene que adoptar una resolución. Sé que la guerra está *ahí*, que se asesina, se viola y se tortura a la gente, pero esto es una limpieza étnica, a un paso del genocidio. □La mayoría de las personas que sufren son inocentes desarmados, mujeres! —Mari intentó imaginarse el horror; intentó imaginarse el sufrimiento que había visto multiplicado por cien y, al hacerlo, se estremeció

de furia—. Quizá yo no pueda cambiarlo todo —continuó, con los puños apretados—, pero a lo mejor sí que puedo salvar a una mujer albanesa, o a una mujer bosnia. Quizá no pueda salvarlas. Quizá lo único que pueda hacer sea plantarle las pelotas en una bandeja cubierta de sangre delante del morro a un militar carnicero y cerciorarme de que no vuelve a hacerle daño a nadie.

Mari inhaló una honda bocanada, intentó recuperar el control de sus emociones antes de pasarse de la raya e insultar a la Gran Anciana. Aunque intentara olvidar por un momento, porque evocarlas de forma consciente suponía una provocación para su rabia, Mari no conseguía eludir las imágenes de sus sueños.

—Peor aún, hay una Estrella Roja ahí arriba que significa que se nos acaba el tiempo. Ya no podemos permitirnos el lujo de escoger nuestras batallas. Tenemos que enfrentarnos al Wyrn donde sea y cuando sea. Tú sabes que toda la región apesta a la mancha del Wyrn. Si no, ¿cómo explicas que no regresen todas esas manadas?

Mari hizo una pausa. Por un momento, creyó que había terminado; sabía que, si continuaba, iría demasiado lejos... pero su pasión le ganó la mano.

—Así que, respondiendo a tu pregunta, supongo que sí, estoy dispuesta a arrojar mi vida por la borda, sí, es necesario. Porque me siento orgullosa de las Furias que se han ido antes que yo, y sé que su causa, mi causa, merece la pena. En cuanto a los Fenris, no creo que se hagan ilusiones de que esto vaya a ser coser y cantar. Pero eso no los asusta. Por lo menos, ellos no se preocupan tanto por los Señores de las Sombras ni por quien demonios sean los que no se atreven a enfrentarse a la amenaza real.

Cuando el genio de Mari se hubo apaciguado, un profundo silencio cayó sobre el claro, pese al sonido del curso de agua y del viento en los árboles. Las tres mujeres permanecieron sin decir

nada durante algún tiempo. Si Kelonoke se sentía aliviada por las palabras de Mari, no daba señales de ello; parecía que se debatiera entre el desafío y la culpa, sin que ninguna de ambas sensaciones lograra imponerse a la otra. Iona, ya que no satisfecha con la franqueza de Mari, tampoco daba muestras de antagonismo.

Cuando la Gran Anciana volvió a hablar, cogió un pequeño cuenco de madera que descansaba sobre una roca aplanada, lo hundió en el estanque y le entregó el recipiente a Mari.

—Tu mente y tu corazón son una misma cosa. Has venido a nuestro túmulo en busca de sabiduría. No me pondré en tu camino.

Vacilante, Mari aceptó el cuenco y se lo llevó a los labios.

Capítulo nueve



Kyra Pies de Fuego no sintió la necesidad de molestar a Iona, que estaba ocupada con la hermana norteamericana. Las defensas espirituales eran lo bastante fuertes como para repeler aquel patético asalto al túmulo. Lo cierto era que *asalto* era un término demasiado generoso para lo que estaba ocurriendo. Un Garou solitario intentaba establecer de forma unilateral un puente lunar con Miria. ¿Qué esperanzas de éxito podía albergar esa persona? Sin embargo, el intruso parecía ser de la Camada, por lo que el esfuerzo podría ser una distracción. Kyra se pondría en contacto con Aegina en la casa de campo y le pediría que dispusiera las defensas adecuadas contra los Fenris alojados allí. No alertaría a Iona si no se presentaba una amenaza más formidable.

Kyra, de pie encima del mosaico teselado que era el Portal de Hécate, el punto de contacto para todos los puentes lunares que tuviesen el túmulo como lugar de origen o de destino, escuchó a los espíritus guardianes menores que se amontonaban a su alrededor; no sus voces, sino sus talantes y sus movimientos, los ritmos naturales de su existencia tangentes al ser espiritual de los

Garou. Adoptó su forma de loba natural para sintonizar con los guardianes con mayor facilidad. Kyra sabía que el intruso Fenrir tendría que retroceder o atenerse a las horribles consecuencias. Esperaba que el Fenris persistiera en su empeño.



Atrapada entre dos mundos, Karin Jarlsdottir intentó avanzar, pero la Umbra no estaba dispuesta a soltarla, y quienes estuvieran en el plano mundano no tenían intención de aceptarla. Tenía el pie izquierdo plantado en el aserrado borde del puente lunar que Cresta de Ola había abierto desde el clan de la Forja del Klaive. No era un puente lunar propiamente dicho, puesto que carecía de final. O, más bien, terminaba antes de llegar adonde quería ir Karin. Existían ritos para abrir puentes a túmulos hostiles, pero aquello no era lo que quería Karin. Si intentaba cualquier cosa que pudiera confundirse con un ataque, las Furias le pondrían las entrañas del revés antes de que le diera tiempo a pronunciar siquiera una palabra. No, lo único que pretendía era llamar la atención de alguien, para poder transmitir el aviso con el que había regresado Mephi Más Veloz que la Muerte.

Por el momento, la Guarda o la Guardiana del clan de las Visiones Pasadas se contentaba con negarle el paso y no parecía inclinada a entablar contacto con la inesperada invitada. Karin tenía el pie derecho levantado en actitud de caminar, pero permanecía bloqueada, inmóvil en la nubosa Umbra.

Por fin, un sonido, quizá una respuesta del túmulo o de algún espíritu guardián: una voz de mujer, delicada pero insistente, cosquilleó en el cerebro de Karin. «*Date la vuelta, decía. No puedes pasar por aquí. No eres bien recibida. Date la vuelta.*».

—Tengo que hablar con Mari Cabrah! —exclamó Karin—. Tengo que prevenirla. Debe saber lo que encontró la otra manada. *«Date la vuelta. No puedes pasar por aquí».*

—Escúchame! —insistió Karin, sin saber si la mujer podría oírla siquiera—. Tengo que avisar a tu hermana! Es por su propio bien, y por el de mis compañeros de clan! —Avisarla de las extrañas Perdiciones que había descrito Mephi, y de las ligaduras místicas que había destruido el espíritu corrupto del río... aquello podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte para Mari y Brand.

Mas la voz se mostraba inflexible.

«No eres bien recibida. Date la vuelta».

A pesar de todo, Karin presionó hacia adelante con todas sus fuerzas. Se sobrepuso a su rabia creciente y al impulso de cambiar a Crinos; demasiado amenazador para las Furias. Jamás la dejarían entrar, y la fuerza física añadida suponría poca diferencia en la tierra de los espíritus. Ante el envite de Karin, la resistencia invisible comenzó a ceder. De repente, se encontró cayendo; ya no estaba al borde del puente lunar, sino que rodaba por el espacio. Oyó los alaridos de los demonios, que la acosaban por todas partes.

Capítulo diez



El mundo pasaba por encima de su cabeza. Desde abajo, la superficie del estanque era tan sólida como el hielo, más sólida. Mari la golpeó con los puños, pero el agua en el que estaba sumergida reducía la eficacia de sus ataques. Hincó las garras en el plano impenetrable que la separaba del mundo exterior de aire, aliento y luz. Con los pulmones ardiendo, abrió sus fauces de bestia rabiosa y las estrelló contra la barrera. Frustración, ira, miedo... todas esas sensaciones se mezclaron dentro de su pecho para formar un aullido primario que brotó de su garganta en un torrente de burbujas, tan sólo para reventar contra la cara interior de la superficie transparente del estanque.

Se formó una grieta. Mari se tragó su miedo y descargó su rabia contra la barrera. Luchó con uñas y dientes, a puñetazos y a patadas. La grieta se agrandó. La superficie se quebró al fin. Mari surgió a un mundo lleno de oxígeno. Boqueando, con el aliento entrecortado, consiguió proferir un rugido triunfal.

Pero ahora se formaba una corriente en el estanque, una resaca que se apoderó de ella y amenazaba con volver a

sumergirla. Mari pataleó en el agua, contra el peligro intangible que no la soltaba. Se mantenía a flote, pero la corriente estaba arrastrándola, alejándola del estanque, río abajo. Nadó en busca de la orilla, pero el agua tiraba de ella demasiado deprisa. No había vides, ni ramas, nada cerca a lo que agarrarse. Mari dejó de debatirse por un instante cuando escuchó el ronco clamor de la catarata; redobló sus esfuerzos. Luchó contra la corriente con todas sus fuerzas, con toda su rabia, pero sus denuestos apenas consiguieron levantar una onda, onda que salió despedida por el borde junto a ella.

Caída libre. Lo mismo podría haber sido una de las infinitas gotas de agua que parecían suspendidas en el aire, y sin embargo cayendo, atrapadas por el inexorable tirón de la gravedad. En algún lugar a lo lejos, obscurecido por el sol cegador, yacía el horizonte, donde el mar y el cielo se fundían en uno. Por un breve momento, conoció la paz; era el rugido de la cascada; el arco descendente era su amanecer y su puesta de sol. Su cuerpo se estrelló contra las rocas y se rompió.



Durante mucho tiempo, el entumecimiento eclipsó en parte el incesante centrifugado, a medida que cada vez más y más agua caía sobre ella y volvía a lanzarla una y otra vez contra las rocas. Su sangre se había diluido, se había perdido en medio de los miles de litros de agua que la golpeaban; su voz se fragmentó; sus huesos se redujeron a polvo. Al cabo, se liberó de aquella noria cíclica y flotó, inerte, hacia el remanso. Había escapado sin hacer nada. El dolor había perdido su significado. Trascendencia. Alguien había mencionado antes la trascendencia, aunque sólo

ahora, con el cuerpo destrozado, irreconocible e inútil, había conseguido trascender algo.



Muy despacio, la sensación, regresó. Los guijarros le rascaron la barriga cuando llegó a la orilla. Unas manos la asieron por los brazos, sacándola del agua. Un cuenco de madera le tocó los labios. Volvía a atragantarse con agua. La tragó, bebió.

—Descansa tranquila —dijo la mujer que cuidaba de Mari—. Aquí nada puede hacerte daño. Themis volverá enseguida.

Themis, tejedora de sueños, señora de las visiones.

El cuerpo de Mari ya estaba sanando: fragmentos de hueso que se soldaban, piel lacerada que se remendaba hasta recuperar su aspecto normal. La curación era más gradual, y más dolorosa, que el daño. Mari intentó concentrarse en la agradable calidez del sol, en la frescura del agua. «*Aquí nada puede hacerte daño*». El rugido de la cascada flotaba sobre el remanso, y Mari experimentó un gran alivio al saber que ya no estaba atrapada en aquel torbellino incesante. Sus ojos comenzaban ya a distinguir formas concretas, y vio con claridad a la mujer que la estaba ayudando; la vio y la reconoció. Diana Aullido Fuerte.

¿Qué era lo que había dicho alguien acerca de Diana? A Mari le costaba formar pensamientos, perezosos igual que un lagarto que se tostara al sol encima de una piedra caliente. Diana y toda su manada. Idos. Desaparecidos. Perdidos por culpa de lo que fuese que acechaba en Serbia.

Un nuevo sonido distrajo a Mari y evitó que se preguntara qué estaba haciendo allí Diana, qué estaba haciendo allí cualquiera de ellas. Mari ladeó la cabeza, el único movimiento del que era capaz,

y aguzó el oído más allá del estrépito de la catarata. El sordo tronar no era el choque del agua contra las rocas, sino un tapiz tejido de gemidos y gritos, endechas de los muertos y de los moribundos mientras se abalanzaban sobre su fin.

—Aquí nada puede hacerte daño —repitió Diana.

Mari levantó la mirada hacia la mujer, la Garou. Diana exhibía cicatrices y magulladuras que no habían sanado. Su mirada ausente se perdía más allá de la cascada, como si no pudiera oír los gritos. Sin embargo, tenía el rostro surcado de lágrimas.

—*Aquí nada puede hacerte daño* —susurró, un mantra contra la desesperación.

Mari intentó incorporarse, pero sus piernas no estaban intactas. Se arrastró de regreso hacia el agua, hacia la catarata. En medio de las salpicaduras podía ver ahora un cuerpo que chocaba con las rocas, y otro. Los gritos se entrelazaban igual que cepas que obscurecieran el sol, hasta que el rugido del agua desapareció y sólo quedaron los alaridos. De hombres, de mujeres, de niños. Aplastados y descuartizados. Sus aullidos de muerte resonaban y se amalgamaban.

—Quédate —rogó Diana.

Pero Mari no podía ignorar los gritos de angustia; no podía fingir que no los oía. Se arrastró más lejos de la pedregosa orilla, hasta meterse en el agua.

—No puedes ayudarles —dijo Diana.

Aunque sabía que era cierto, Mari siguió tirando de sí. Más allá de las aguas estancas, la fuerza del agua compensaba la incapacidad de sus piernas, que ya comenzaban a reformarse, como atestiguaba la tortuosa reconstrucción de la carne y el hueso. ¿Y luego qué? ¿Qué iba a hacer cuando volviera a estar entera? No podía coger todos los cuerpos antes de que chocaran contra las

rocas. No podía ascender hasta lo alto de la cascada y detenerlos; lo único que conseguiría era caerse de nuevo. Entonces, ¿qué?

—No puedes ayudarles —exclamó Diana—. Pero no quieres quedarte.

—No puedo quedarme —dijo Mari. Sintió que las lágrimas le humedecían las mejillas—. Tengo que intentarlo.

Diana volvió su rostro hacia el sol y aulló un grito lastimero, como si, con sus palabras, Mari le hubiera hundido un puñal de plata en el pecho. Cuando el aullido se hubo apagado, atrapado por el grito amorfo de la cascada y los caídos, también Diana desapareció. Su piel se abrió y se le rompieron los huesos. Frente a la determinación de Mari, Diana experimentó la derrota por segunda vez. Transcurrido un momento ya había dejado de existir, y una tétrica colección de huesos y tiras de carne flotaba en el agua alrededor de Mari, que no podía esquivarlos. Una osamenta maltrecha le rozó el hombro. Unos dientes desprendidos la tocaron y se quedaron allí, como si intentaran morderla siguiendo una especie de patrón aleatorio. La sangre teñía las aguas de rojo. Cuando Mari sintió que la bilis y el vómito le subían por la garganta, las aguas centrifugadoras volvieron a tirar de ella. Al menos, los aullidos finales de los inocentes se perdieron de nuevo en el clamor de la catarata.

Capítulo once



El cielo volvía a enfocarse de forma gradual. El azul seguía siendo exquisito, pero más oscuro de lo que recordaba Mari. La luz había desaparecido casi por completo, y el horizonte mostraba pinceladas de rosa y rojo al oeste. Un movimiento delicado. Subidas y bajadas. El olor del agua de mar. La suave brisa del Mediterráneo dotada de una pizca del frío propio del atardecer. Despacio, Mari reconoció la pequeña barca. Kelonoke se encontraba sentada en el banco de los remos, que descansaban, ociosos, encima de las regalas.

—Duerme mientras puedas. Iona dijo que te pondrías bien, pero tienes que descansar.

Mari no intentó hablar. Se sentía débil, aunque estuviera sentada. Débil y sedienta. En el banco, junto a ella, descansaba un sobado odre de agua. Se lo acercó a los labios, pero se detuvo al recordar el cuenco de agua que le había ofrecido Iona: el fuego líquido frío como el hielo que la había arrojado a un mundo de visiones, de dolor y de impotencia. «*El dolor y la impotencia ya*

estaban allí —se dijo—. *Aquello era parte del significado de la visión*». Parte, pero no todo.

—Es sólo agua normal —dijo Kelonoke, al ver la reticencia de Mari a beber del odre.

Mari no se percató de la perentoriedad de su sed hasta que las primeras gotas de agua le tocaron la lengua. Bebió a grandes tragos, saboreándolos todos. Al soltar el odre, su rodilla chocó contra la mochila, que descansaba en el suelo de la lancha. Alguien había añadido un bulto extra a su equipaje.

—Mapas —explicó Kelonoke—. Grecia, Macedonia, Kosovo y Serbia. No deberías tener problemas para encontrar espíritus guías por la Umbra. Eso será lo más rápido. Por si acaso tuvieras que ir a pie, hemos señalado las zonas menos habitadas.

—¿Y las demás manadas? ¿Las que no regresaron?

—Hemos señalado lo que sabemos de sus rutas.

—¿La manada de Diana? —preguntó Mari. En su mente se repetían fragmentos y retazos de la visión.

—También está marcada.

Navegaron en silencio durante un rato, mientras los espíritus del agua conducían el bote hacia el sur. Miria ya se había perdido de vista, y el sol se apresuraba a seguir su ejemplo. Mari no sabía qué pensar acerca de las preguntas relativas a esa expedición que había planteado Iona. Era cierto que a Kelonoke no le había hecho gracia que ella se hubiese ofrecido voluntaria, y que los Garou necesitaban descubrir exactamente qué era lo que estaba ocurriendo en ese sitio. ¿Se trataba de una misión suicida? «*También el fracaso es un logro*», había dicho Iona, pero Mari no podía pensar en eso. Podía recurrir al conjunto de circunstancias para justificar sus actos, pero era cada grito individual que saltaba por la cascada para ir a estrellarse contra las rocas lo que la

impulsaba; eso, y el escalofrío que le provocaban aquellas alas negras que eclipsaban la luz de Luna.

Se frotó el brazo, con gesto ausente, y tocó un brazalete que no llevaba puesto antes. Vio un destello de plata por el rabillo del ojo. Dos dientes de gran tamaño colgaban holgados de su muñeca, unidos por una tira de metal lunar; incisivos, caninos, colmillos de Crinos. Mari estudió el brazalete; sentía el frío abrasador de la plata, aunque la cantidad era lo bastante pequeña como para no suponer ningún peligro. Sus pensamientos retrocedieron hacia el remanso de su visión, a Diana... al fantasma de Diana. «*Themis volverá enseguida*», había dicho. Pero puede que Themis hubiese estado con ellas todo el tiempo; quizá la señora de las visiones le hubiera concedido a Mari un regalo de sabiduría.

Perdida en medio de sus propios pensamientos, Mari no se percató de que se acercaban a Creta hasta que el bote hubo tocado el muelle próximo a la casa de campo.

—Buen viaje, hermana y amiga —entonó Kelonoke, como si fuese ella la que estuviera emprendiendo el camino hacia una muerte segura.

—Buen viaje, hermana y amiga —respondió Mari, antes de recoger sus pertenencias y sus regalos y subir al muelle.



Encontrar a los Fenris le resultó muy sencillo. Cuando Mari se hubo acercado a la casa, se vio inundada por el tipo de rugidos y siseos que solían ir asociados a una matanza. El corazón le dio un vuelco. Siguió el sonido y se apresuró a dejar atrás el edificio. Detrás de él, en la falda de una colina, se sucedían hileras de olivos, árboles retorcidos y nudosos que se aferraban con

tenacidad al suelo rocoso y, en medio del sembrado, estaban los Fenrir desatados. Los seis habían formado un círculo, con las espaldas vueltas hacia el centro del mismo. Mientras Mari corría hacia el borde del huerto, sin aliento, vio cómo los guerreros parecían decididos a mantener a raya a... ¿los olivos?

Colmillos Primero se abalanzó sobre uno de los troncos próximos. Jorn Roe Acero saltó sobre una rama que había tenido la audacia de dejarse mecer por la brisa y la quebró de un feroz mordisco. Marte Creciente levantó uno de los árboles, arrancándolo de raíz de un poderoso tirón, y lo levantó por encima de su cabeza como si de la cabeza de un enemigo caído se tratase, salpicando de tierra a sus compañeros.

Mari se quedó petrificada, estupefacta por el desconcertante comportamiento de los Garou que daban cabriolas a la luz de Luna, arrasando un huerto de olivos. Con la boca abierta, se percató de la presencia de Aegina, que permanecía de pie entre las sombras no muy lejos, rodeando con el brazo el hombro de una muchacha que no debía de tener más de trece o catorce años. Los ojos de Aegina brillaban con sombría satisfacción, mientras los de la muchacha estaban abiertos de par en par, ansiosos, sin perderse detalle del espectáculo.

—¿Aegina...? —dijo Mari. Se acercó a la mujer y a la niña.

—Qué bárbaros —dijo Aegina, sin apartar los ojos de la Camada, que seguía derribando y arrancando más olivos—. No conocen la civilización en el norte. Así ha sido siempre. Recuerda bien lo que te digo. —Le levantó la barbilla a la joven, para asegurarse de que su mensaje calaba hondo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mari, confusa por completo—. ¿Qué está pasando?

—Sólo sirven para matar, así que los solté donde no pudieran hacer ningún daño... salvo a la cosecha de este año. —Se percató

del persistente desconcierto de Mari—. Para ellos, los árboles son sicarios del Wyrn: Perdiciones, Danzantes de la Espiral Negra y cosas aún peores. Espero que hayas venido para llevarte a esos bárbaros lejos de aquí. Son de lo peor: machos y Fenrir —añadió, aleccionando a la muchacha.

—Vale... —Mari comenzaba a comprender, aunque no estaba segura del poder que había empleado Aegina sobre los Fenris; algún tipo de ilusión u otro engaño ilusorio, aunque lo bastante poderoso como para afectar a toda la manada del Viento Helado—. ¿Han herido a alguien?

—Por suerte para ellos, no. —Aegina atrajo a la joven hacia sí con más fuerza—. Asustaron a la niña, que sólo les estaba llevando un poco de agua para que su estancia fuese más confortable. Pero son... incluso menos que los humanos.

Mari pudo ver el miedo asomado a los ojos de la joven, y supuso que podría crecer hasta convertirse en odio, como le había ocurrido a Aegina.

—No me extraña que les tenga miedo. Seguro que la has criado contándole historias de Fenrir que secuestran vírgenes y bebés. Y no son menos que humanos. Son Garou de pura cepa... no como tú.

Puede que fuesen imaginaciones de Mari, o puede que el viento de verdad se hubiese enfriado de repente, pero lo cierto era que Aegina no estaba acostumbrada a que una desconocida, Furia o no, la amonestara de aquel modo en su túmulo.

—He sido más amable con ellos de lo que se merecían —repuso Aegina, con voz gélida—. La Guardiania me pidió que me asegurara de que no...

—Me importa un bledo lo que dijese Kyra. Y, ¿sabes una cosa? Me importa un bledo lo que digas tú. Ahora, suéltalos. Nos vamos.

La muchacha parecía que le tuviese tanto miedo a Mari como a los Fenris. Lo más probable era que nunca hubiese oído a nadie hablarle así a Aegina. Mari sospechaba que aquellas servidoras de las Furias eran tan responsables como los Fenrir. No era su intención forjarse enemigos, pero no soportaba aquella especie de sentimiento de superioridad en las demás tribus; era aún peor cuando venía de las Furias, y encima humanas, aunque fueran brujas de la Parentela de las Argassi Strega.

—Suéltalos —repitió.

Con la mandíbula tensa y la barbilla levantada, Aegina le dio la espalda al sembrado.

—Vámonos, niña —le dijo a la joven, y comenzaron a regresar a la casa.

Al mismo tiempo, los furibundos gritos de batalla de los Fenris se apagaron. Jorn Roe Acero se sorprendió al darse cuenta de que estaba royendo madera. Fimbulwinter intentó detenerse en medio vuelo antes de aplastar a un joven árbol. Igual que unos juguetes a los que se les hubiese acabado la cuerda a la vez, los Fenrir se detuvieron y cesó su asalto a la plantación.

Brand fue el primero en fluir a su forma de hombre.

—¿Qué clase de brujería es ésta?

—¡Esas mujeres! —aulló Jorn. Su confusión dio paso al bochorno, y éste a la indignación—. ¡Esas Furias!

Mari se colocó en el centro del círculo. La sorpresa había bastado para sacarlos de su frenesí, pero ahora tenía que soportar sus intentos de racionalizar lo ocurrido y justificar sus actos.

—¿Por qué no nos vamos? —masculló.

—¡Tú tienes la culpa! —la acusó Marte Creciente.

—Lo que tú digas. —Mari continuó caminando. Ya había recorrido veinte metros y los Fenris seguían profiriendo maldiciones—.

Oye, Brand, ¿pensáis venir tú y tu manada del aceite de oliva, o qué?

Volcaron más imprecaciones sobre ella pero, transcurrido un momento, la siguieron.



Unas pesadillas horripilantes asaltaban a Karin sin descanso. Aquí bregaba sin éxito con el peso del Yunque de Tor, representando el mito de Sísifo; allí estaba su padre, el Antiguo Jarl, meneando la cabeza, decepcionado por su impotencia... por su desmesurado orgullo, que la había llevado a creer que sería capaz de gobernar y ocupar su lugar. Vio el gran salón del Vuelo de Lanza convertido en un lupanar, con ella como su prostituta más voraz, montada por un guerrero Fenrir tras otro, y todo ello ante los ojos de incontables cachorros metis que gateaban entre la escoria en busca de comida. Vio la forja de la Casa de Hielo, encendida y abrasadora, pero era una abominación de piel metálica la que blandía el martillo del herrero y templaba Espadas de Perdiciones, cuyo montón ya era más alto que la Colina de las Lamentaciones, la cual servía de escenario para una orgía desenfundada de espasmódicos Danzantes de la Espiral Negra.

Karin no podía invocar rabia alguna frente a todas aquellas profanaciones, tan sólo lágrimas de mujer. Todas las palabras y gestos que la habían zaherido desde el día de su nacimiento se habían convertido en realidad, todas sus dudas eran reales e ineludibles.

Por un momento, los demonios se retiraron y las pesadillas retrocedieron. Sintió el filo aserrado del puente lunar incompleto bajo sus rodillas temblorosas. Los nubarrones de la Umbra se

cerraron a su alrededor, sustituyendo a los demonios y las escenas de ultraje.

«No puedes pasar por aquí. No eres bienvenida. Date la vuelta», dijo una voz de mujer, suave pero insistente.

Karin reconoció vagamente la voz, sabía que la había oído antes e hizo oídos sordos a su advertencia. También podía sentir que nada de lo que hiciera iba a conseguir que la guardiana cambiara de opinión; sus palabras de aviso no iban a llegar al clan de las Visiones Pasadas. Aun así, no podía permitirse el lujo de retroceder. No quería. Volvió a intentar avanzar; volvió a fallar estrepitosamente. No pensaba rendirse. Apenas conseguía recordar por qué tenía que seguir adelante, por qué tenía que llegar a su destino.

La voz volvió a hablarle, como si sintiera la inseguridad de Karin, así como su férrea determinación.

«La persona que buscas ya se ha ido. No hay motivo para que prolongues tu sufrimiento. Date la vuelta».

Karin supo que las palabras eran ciertas.

«La persona que buscas...».

Pero había más de una, lo recordaba con claridad. Mari, y Brand, y el resto de la manada.

«... ya se ha ido».

A Karin le importaba poco su sufrimiento; era el precio del liderazgo, y lo soportaría encantada mientras existiera una esperanza, por pequeña que fuese. Pero la esperanza se esfumó con la verdad que entrañaban las palabras de la mujer.

«No hay motivo...».

—Había un motivo, maldita seas —exclamó Karin. Se puso de pie, furiosa pese a su resignación. Dio media vuelta. No sabía durante cuánto tiempo habría mantenido Cresta de Ola el camino abierto para ella, pero había llegado el momento de regresar al

clan de la Forja del Klaive. Para bien o para mal, la manada del Viento Helado se enfrentaría al destino que estaba escrito para ellos. La carga de su fatalidad no pesaba sólo sobre la conciencia de Karin, sino también sobre la de las Furias.

Capítulo doce



Mari atravesó la Celosía, sola, y esperó a los Fenrir. Se reunieron con ella minutos después, irrumpiendo al otro lado como un sólo hombre. Ahora que era la única forastera dentro del grupo, Mari intentó restarle importancia al aislamiento, a la soledad acuciadora. La manada que constituía ella con Albrecht y Evan era más inconexa que la mayoría, pero el tiempo que había pasado entre aquellos Fenris la había vuelto muy consciente de los lazos que la unían a sus amigos, que ahora se encontraban a muchos kilómetros de distancia. Puede que la sensación se realizara en la Umbra, donde la naturaleza espiritual de los Garou llevaba la voz cantante. Evan lo comprendería. En cuanto a Albrecht, él nunca lo admitiría... y Mari tampoco, no delante de él. «*No puedes vivir sin verme la cara*», diría él, o algo igual de inane. Y Mari tendría que partirle la cara.

—Esta hospitalidad de las Furias deja bastante que desear —dijo Brand, malhumorado. Se acercó a ella con los brazos como troncos cruzados sobre su pecho.

Mari se encogió de hombros.

—Sí, bueno... Ya sé que no era un Motel 6 ni nada parecido, pero ya hemos salido de allí.

—Y mucho mejor ahora que hemos dejado atrás a una de tus hermanas —intervino Jorn—, a doña Kelonoke Greña Salvaje De Las Pelotas.

—Lo que tú digas, Jorn Roe Olivos —repuso Mari, tajante, consiguiendo que incluso Marte Creciente y Brand tuvieran que sofocar sendas risitas—. Verás —añadió, acercándose a Jorn y apartando una nube de vapor—, puedes decir lo que te dé la gana de Kelonoke, pero lo cierto es que ella se ha dejado la piel para traeros aquí. Es la única que he oído que os haya defendido, así que no la pongas a parir cuando esté yo delante. Y no me vengas con que en la Camada no hay tantos ancianos intolerantes y estrechos de miras porque yo he conocido a unos cuantos.

La franqueza con la que Mari había criticado a su propia tribu pilló a los Fenrir por sorpresa, tanto era así que ni siquiera pudieron enfadarse por la dura crítica a la de ellos. En todo caso, la miraron con aprobación a su pesar y puede que con una pizca más de respeto. Brand casi estaba sonriendo. Mari decidió que lo prefería en actitud de viejo cascarrabias.

—¿Ha merecido la pena tu visita? —preguntó el alfa.

—Ya lo creo. Tengo mapas, las rutas de las otras manadas. Cosas de esas. —Mari miró de soslayo el brazalete que le adornaba el brazo, los dientes de Garou. No sabía qué decir acerca de él; no sabía qué pensar acerca de la visión que le había dejado tan tangible recuerdo. Intentó no pensar en el cuerpo destrozado de Diana Aullido Fuerte, esparcido por el remanso.

—Bien —convino Brand—. Nos iremos en cuanto estés preparada.

Mari lo vio andar con paso jactancioso para reunirse con su manada. Qué raro. Se le veía mucho más animado, mucho más...

libre, como si le hubieran quitado un peso de encima. Recordó que el cambio se había operado en él cuando hubo escampado la tormenta. ¿Qué le había ocurrido? No tenía sentido. Estudió a los demás Fenrir. Parecían aliviados por la transformación de su alfa, por cómo éste compartía su regocijo... todos a excepción de Aeric Sangra Sólo Hielo, que observaba a Brand con cautela. Él era el único del grupo que se había percatado del escrutinio de Mari. Su hostilidad hacia ella parecía apaciguada por otras preocupaciones.

Mari no quería retrasar la función, así que se concentró en los mapas que le había proporcionado Kelonoke. Desde Creta a la frontera del norte de Macedonia debía de haber unos novecientos kilómetros. Si convocaba a un espíritu, una senda lunar podría cubrir casi toda la distancia. Desde ese punto, los Fenris y ella tendrían que decidir cómo continuar. La Umbra podría ser demasiado peligrosa. En el plano mundano, las amenazas podrían estar lo bastante encubiertas como para permitir el paso y el reconocimiento. Se preguntó si sería aquello mismo lo que habían asumido las otras manadas, todas las que no habían regresado.

Dobló los mapas y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas para prepararse para el Rito de Invocación que debía realizar. Descubrió que aquel paraje de la Penumbra se prestaba a apaciguar la mente. El Kaos imperaba en la zona. Podía distinguir el sembrado (sus árboles permanecían ilesos en su mayoría en ese reino) y varios espíritus de la maleza revoloteando entre las ramas. «*Genial —pensó—. Seguro que acabo invocando a algún Gafliño de la aceituna y no pasamos del primer árbol*».

El paisaje del mundo espiritual era mucho más frondoso que el mundano. Por muchas diferencias que tuvieran las Furias y las Argassi con las demás tribus, habían sido unas administradoras ideales para aquel sitio. «*¿Qué les parecería Nueva York?*», se preguntó. Sintió una punzada de culpabilidad por la dureza con la

que se había dirigido a Aegina. Pero se recordó que la lucha contra el Wyrn consistía en algo más que en cuidar de una pequeña parcela de Gaia. Tenía que haber algo más. Por eso habían organizado aquella expedición. Miró de reojo a la Estrella Roja, la única luz prendida del cielo de la Umbra, aparte de la de Luna, y la interpretó como la evidencia de que los Garou debían librar una batalla de mayores proporciones que aquellas a las que estaban acostumbrados.

Mari dejó que aquellos pensamientos fluyeran lejos de su mente y encontró refugio en su interior, un lugar donde imperaba el misterio antes que la rabia, donde los vientos invisibles del mundo espiritual podía soplar a través de ella hasta convertirla en una con ellos. Su respiración se tornó lenta y profunda; los latidos de su corazón se extendieron para abrazar el infinito. Desde las profundidades de su interior, sintió que movía los labios, que su lengua formaba el discurso espiritual tal y como se lo habían transmitido las ancianas de la tribu, quienes lo habían aprendido de las ancianas que las precedieron. Aunque tenía los ojos cerrados, era consciente de la proximidad de los Fenris. Cualesquiera que fuese el concepto que tuvieran de ella como persona, respetaban los mandamientos del ritual. Siguiendo el ejemplo de Brand, todos ellos se arrodillaron y recitaron en silencio sus propias oraciones de gracia y sus súplicas a los espíritus.

El delicado conjuro de Mari no había durado mucho cuando sintió una presencia familiar, un flujo eléctrico de movimiento, un cosquilleo tan tenue que apenas resultaba perceptible, pero tan inconfundible como una rúbrica. Abrió los ojos y vio que no se había equivocado.

—Esh'm —dijo Mari, sorprendida.

Levantó las manos de su regazo y la banda dorada de luz se enroscó a su alrededor igual que la sonrisa de un viejo amigo. A

menudo, la memoria de los espíritus se mostraba excepcional sólo para recordar afrentas, pero resultaba obvio que la Lúnula se acordaba de que había sido liberada de la brújula fetiche, y la criatura estaba contenta de acudir a ella.

—Tenemos que viajar muy lejos —le susurró Mari, que aún estaba conectada con aquel oasis de tranquilidad de su interior y se beneficiaba de los dones de su luna, para que la Lúnula pudiera comprender lo que quería decir—. ¿Quieres mostrarnos el camino, Esh'm? —Por medio de sus estremecimientos, de sus pulsaciones y de su lenguaje inefable, el espíritu le indicó que lo haría. Satisfecha, Mari comprobó su equipo una vez más. Cuando la senda lunar se apareció ante los Garou, comenzaron el último tramo de su viaje. Quizá fuesen imaginaciones suyas, pero a Mari le pareció que los Fenris la seguían menos a regañadientes. En cualquier caso, no tenía tiempo de regocijarse. Se concentró en lo que se avecindaba.



A Esh'm no parecía importarle si Mari se encontraba cerca o no. Lo cierto era que la Lúnula, al no estar vinculada ya a ningún fetiche, se alejaba grandes distancias de la senda lunar que era tan amable de revelar para que la cruzaran los Garou. El espíritu alternaba entre ensortijar la senda en apretadas espirales y desaparecer como una exhalación entre las brumas de la Umbra para reaparecer minutos después. Mari sentía el talante risueño, incluso juguetón, de la Lúnula. ¿Y por qué no, si estaba en su elemento? Ya que no se veía obligada a encabezar la comitiva, Mari dejó que los demás tomaran la delantera a medida que el grupo avanzaba. Se recordó que no tenía que demostrarles nada a los

Fenrir; estaba allí para cooperar con ellos, no para competir, y una miera de deferencia en algo tan inconsecuente podría proporcionarle dividendos a la larga. Brand, todo vigor y determinación, menos sombrío que antes, gravitaba de forma natural al frente de la manada. Mari, aunque no participaba de la fanfarronería de la Camada, sabía apreciar la camaradería que sostenían aquellas nervaduras. Jorn y Fimbulwinter solían ser los más alborotadores, a los que se unía Marte Creciente en ocasiones. Colmillos Primero, el más imberbe de la manada, era el blanco habitual de sus chanzas, aunque el propio Brand solía salir en su defensa con alguna puya si el joven daba muestras sentirse azorado en exceso.

Mari, con un ojo puesto en Esh'm, estudió el comportamiento de los Fenrir. Le sorprendió descubrirse pensando que no carecían de encanto cuando se los dejaba a sus anchas. No obstante, estaba segura de que en cuanto se uniera a la mezcla de forma más activa, volverían a levantarse las defensas y se impondría la mentalidad tribal del nosotros contra ellos. Ya había descubierto en ocasiones anteriores que aquel tipo de actitud contemplativa, casi meditativa, se prestaba con facilidad al viaje por la Umbra, como si el mundo espiritual no sólo recibiera de buen grado la serenidad y la espiritualidad que tan a menudo sucumbían a la frenética actividad del plano mundano, sino que además las propiciara. Continuaba moviendo los pies, por la fuerza de la costumbre, por encima de la reluciente senda lunar a medida que avanzaba, liviana, a través de la Umbra. La senda viraba y se retorció, seccionando otros senderos a intervalos infrecuentes e irregulares, pero Esh'm parecía segura de la dirección de su ruta.

Al cabo, cuando los demás Fenris aceleraron el paso para mantener el ritmo impuesto por Brand, Mari se encontró componiendo la retaguardia junto a Aeric Sangra Sólo Hielo. No participaba de las baladronadas de sus compañeros de manada, ni

parecía dispuesto a forzar la marcha para no quedarse rezagado. Mari se percató de las miradas de soslayo que le dedicaba Aeric al alfa Fenrir.

—Cualquiera diría que Brand ha recobrado el aliento —comentó Mari, como quien no quiere la cosa.

Aeric le dedicó una mirada escéptica, como si sopesara hasta qué punto podía confiar en alguien ajeno a la manada. Al parecer, debía de haber decidido que Mari ya sabía lo que estaba a punto de decir, por lo que no podrían acusarlo de traicionar la confianza de nadie.

—Hay algo que... no va bien —dijo, estudiando la reacción de la Furia.

Sus palabras helaron la sangre de Mari. Había supuesto que cualquiera que fuese el cambio operado en Brand se debía tan sólo a que había recuperado parte de su personalidad previa... previa a la muerte de su hijo.

—Ha pasado por muchas cosas —respondió, midiendo sus palabras.

Aeric, pese a sus recelos, se sentía aliviado por compartir sus preocupaciones con alguien.

—En la casa de campo —explicó, con voz agorera—, habló de Arne.

—No le habrá resultado sencillo —convino Mari.

Pero Aeric meneó la cabeza. No se había explicado con claridad.

—Habló de Arne como si éste todavía estuviese vivo.

Mari miró al frente, a la vanguardia de la comitiva encabezada por Brand. El alfa era pura energía, seguía decidido a que su manada diera lo mejor de sí; se había deshecho de la mortaja del derrotismo. Exigía mucho a los demás y también de sí mismo, pero no lo hacía impulsado por la desesperación que lo había

impulsado antes. Las palabras de Aeríc dieron forma a lo que ella ya había observado.

—No lo digo con ninguna malicia —añadió Aeríc, cohibido—. Es cierto que lo reté durante la asamblea, y no le guardo rencor por haberme derrotado. Pero la forma... —Aeríc hizo una pausa, intentó ordenar sus ideas.

Mari había oído hablar acerca del reto, aunque no lo había presenciado. Algunos de los Garou más belicosos (debían de haber sido Garras Rojas, si habían conseguido superar la sed de sangre de un Fenris) habían exhortado a Aeríc para que declarara el reto. Como solía ocurrir en aquellos casos, los detalles variaban en gran medida de un relato a otro, aunque todos coincidían en el hecho de que Aeríc había sufrido una derrota aplastante.

—No sé qué es lo que verían los demás —continuó Aeríc—, pero una sombra enorme surgió de Brand. Una sombra tan fría e insondable como una sepultura, tan amarga como las lágrimas que no se derraman.

—La he sentido —susurró Mari, sobrecogida de nuevo. Era la desolación lo que había flotado sobre Brand, la añoranza desesperada... y eso era lo que había desaparecido. No se sentía mejor después de ver su desasosiego confirmado por alguien que conocía a Brand lo suficiente como para hablar con conocimiento de causa. *«Preferiría haber estado equivocada de medio a medio»*, pensó.

También Aeríc parecía desalentado tras haberla hecho partícipe de sus cuitas.

—Los demás lo han visto también, pero no piensan abrir la boca. —El rubor de Aeríc evidenciaba que tampoco él había estado dispuesto a hablar hasta ahora—. Quieren que todo vuelva a ser igual que antes. Quieren que Brand vuelva a ser el mismo de siempre.

—A lo mejor lo es —dijo Mari, sin creer sus propias palabras, pero dispuesta a apostar a que aquella era la verdad que quería escuchar Aeric. Era la verdad que ella deseaba. Pero el vacío de su estómago le decía lo contrario.

—Mientras estábamos perdidos —continuó Aeric, aún más vacilante—, en la tormenta, había algo, una... criatura.

A Mari se le hizo un nudo en la garganta. Recordó las alas oscuras, la cola que restallaba en medio de la bruma.

—No lo vi con claridad. No veía nada. Puede que me equivocara... que la tormenta me confundiera...

Mari apoyó una mano en su brazo, comunicándole en silencio que le creía, que compartía su preocupación. La tormenta. Fue entonces cuando se había operado el cambio en Brand. Había ocurrido algo durante la tormenta. O, más bien, si Aeric estaba en lo cierto, algo se había acercado a Brand durante la tormenta. Pero ¿el qué? ¿Sería un algo malo? El sufrimiento del alfa, el dolor que lo consumía, había dejado de atormentarlo. Debería sentirse aliviada en vez de preocupada. Pero estaba preocupada, igual que Aeric. Se fueron separando poco a poco, como si al poner voz a sus preocupaciones estuvieran también conspirando contra Brand, de algún modo. Aeric permaneció en la retaguardia mientras Mari, pensando aún en las palabras del Fenris y en lo que ella había visto del alfa, acortó distancias con los demás.

La distancia se redujo muy rápido cuando los Fenrir se detuvieron. Mari y Aeric se pusieron a la par del resto. Los Fenris observaban atónitos a Esh'm, que había dejado de revolotear y de avanzar por completo. Se limitaba a describir unos giros espasmódicos, hacia adelante y atrás, enfrente de los Garou.

—¿Qué significa esto? —preguntó Brand cuando Mari se hubo colocado junto a él.

Para Mari, gracias a su sensibilidad de Theurge, la agitación de la Lúnula resultaba evidente, mas no el motivo.

—¿Qué ocurre, Esh'm? —intentó tranquilizar al espíritu.

—¿Qué pasa? —exigió Brand.

Los demás Fenris comenzaron a corear a su líder, pero Mari los silenció.

—¿Esh'm? —Intentó llegar al espíritu, pero el creciente pánico de la Lúnula, ya evidente para todos, era demasiado intenso e impenetrable. Mari tardó un momento en comprender el motivo—. Mirad —dijo, con la garganta seca de repente.

Todos ellos se volvieron... y vieron a lo lejos una masa de brumas que giraban enloquecidas y de aserrados haces de luz, idéntica a la que los abrumara con anterioridad. Salvo que...

—Es más grande que la otra —dijo Fimbulwinter, atónito y ansioso.

—Hubiera jurado que eso era imposible —musitó Colmillos Primero, entre dientes.

Mari podía atestiguar que era más grande. Más alta, más ancha, más oscura, más feroz... y avanzaba con rapidez. «Esh'm», invocó, obligándose a conservar la calma. No sentía ningún deseo de vérselas de nuevo con... con lo que fuera que fuese la tormenta. Ya habían tenido suerte de que se limitara a escupirlos la vez anterior, habían tenido suerte de salir con vida. En su momento, no le había parecido que la suerte hubiese estado de su parte, pero siempre podía ser peor. Mari se apresuró a centrarse, a sintonizar su espíritu con la gnosis mística, con el sentido espiritual que la luna le había concedido por derecho de nacimiento. «Esh'm —pensó, atravesando la agitación de la Lúnula con su voluntad innegable—. *Tienes que conducirnos de regreso al otro lado antes de que sea demasiado tarde. Por una de las otras sendas. Date prisa y conseguiremos escapar*».

La desesperación del espíritu se tradujo en una reacción casi inmediata. La Lúnula pasó entre los Garou, que se lanzaron en su persecución, y voló como una exhalación en dirección contraria a la que habían seguido hasta entonces. Los Fenris, que habrían cargado sin miedo contra un ejército de Danzantes de la Espiral Negra, no escatimaban esfuerzos para huir de la tormenta. A sus espaldas, los nubarrones encrespados rodaban con el rugido y la furia ciega de una avalancha, de una ola gigante. Mari esperó que la hubieran detectado a tiempo en esa ocasión. Aquello era todo lo que podía hacer: esperar y correr... y preguntarse si era la silueta de unas alas lo que veía entre las nubes.

Sin vacilar lo más mínimo, Esh'm se adentró como una exhalación en la primera intersección de sendas lunares. Mari empleaba toda su energía para no quedarse atrás, sobreponiéndose al impulso constante que la incitaba a mirar por encima del hombro. Algunos de los Fenris carecían de su concentración.

—Nos está alcanzando! —advirtió Colmillos Primero, con una nota de alarma en su voz.

—No os detengáis! —gritó Mari. Le parecía que sus piernas se movían a cámara lenta, como si estuviera en un sueño, pero sabía que la distancia que estaba recorriendo era mayor de la que conseguirían cubrir aquellas mismas zancadas en el plano mundano. Empero, la tormenta arreciaba, el tronar de su rabia y el crepitar de las Lúnulas enloquecidas se acercaba cada vez más, y más...

La senda lunar en la que se habían adentrado describía un zigzag vertiginoso. Más adelante (siempre adelante), Mari vio que descendía y ascendía en unos picados imposibles, pese a lo que la senda parecía siempre llana bajo sus pies. Los Garou atravesaron dos sendas más antes de que Esh'm girara de nuevo, y otra vez. Los vientos de la Umbra tiraban de Mari, intentaban arrastrarla

hacia la tempestad que, a juzgar por el ruido y la presión, debía de estar ya encima de ellos.

Delante de ellos comenzaba a formarse una silueta. Era apenas la suave cuesta de una ladera, que se volvía más real por segundos a medida que la niebla se disipaba y la senda lunar bajo los pies de los Garou los acercaba al tenebroso mundo de la Penumbra.

«*¡Sálvate!* —le dijo Mari a Esh'm—. *¡Vamos a conseguirlo!* *¡Gracias!*».

El espíritu lo comprendió y desapareció, impedida para alejarse de la senda. Mari esperaba que la Lúnula consiguiera correr más que la tormenta. A escasos metros de distancia comenzaban a formarse unos remolinos hambrientos que le recordaron a Mari, de forma expeditiva, que todavía tenía que preocuparse de salvar su propio pellejo. Aceleró, forzando la marcha en los últimos metros hasta que sintió cómo sus pies pisaban el reflejo espiritual del plano mundano. Se detuvo por un instante para ver cómo los Fenrir se reunían con ella en el preciso instante en que la tormenta se les echaba encima. La tierra bajo sus pies les proporcionó el apoyo que necesitaban para evitar ser arrastrados de vuelta a la Umbrá, por los pelos. Un segundo después, los Garou caminaban de lado.



El silencio de la plácida ladera resultaba ensordecedor. Mari sentía un pitido en los oídos tras la barahúnda y la violencia de la tempestad. La consistencia del suelo pedregoso bajo sus pies era desconcertante; la gravedad tiraba de ella con renovado entusiasmo, aplomándole los brazos y las piernas. Los Fenris también acusaban el súbito cambio. Jorn se dejó caer al suelo. Un sentido suspiro casi colectivo escapó de los Garou. Su alivio duró poco.

—Colmillos Primero —dijo Fimbulwinter—. ¿Dónde está?

Los demás Garou cayeron en la cuenta al mismo tiempo. Parecía que la serena colina se hubiese visto despojada de oxígeno de repente. Mari y Brand intercambiaron las miradas y, sin mediar palabra, tomaron una decisión.

—Esperad aquí —le ordenó Brand a su manada. Se acercó a Mari y, hombro con hombro, volvieron a caminar de lado.



Era como si el breve solaz de la ladera hubiese sido un espejismo pasajero, como si jamás hubiera sido real. En la Penumbra, la tormenta arreciaba. Mari volvió a sentirse como si no estuviera de pie sobre el suelo, como si al adentrarse más en la Umbral, en una senda lunar, hubiera podido salir volando por los aires. ¿Qué le había ocurrido a Colmillos Primero?

Brand apareció junto a ella casi de inmediato. Por instinto, entrelazaron los brazos contra los envites del viento, contra los remolinos de niebla. Un torbellino, varios torbellinos, se acercaron y amenazaron con sumergirlos en el corazón de la tormenta.

—Es inútil! —chilló Mari. Apenas conseguía oír sus propias palabras. Brand no tuvo ni idea de lo que había dicho hasta que volvió a gritarle al oído. Mari sabía que tendrían suerte si conseguían salir de aquella tempestad ellos solos, sin encontrar a Colmillos Primero. Sin Esh'm, si salían despedidos era probable que jamás volvieran a verse, y que no pudieran regresar junto a la manada.

—¡Allí! —exclamó Brand, señalando en dirección a las brumas arremolinadas e intentando tirar de Mari.

Miró en la dirección que indicaba el Fenris y vio a Colmillos Primero... por un instante. Su visión se aclaró; reconoció el engañoso juego de las cintas de luz, la trampa que estaban urdiendo las Lúnulas enloquecidas y, entre ellas, apenas discernible en medio de la furiosa tormenta, una sombra negra como la noche.

—**Él no!** —gritó Mari—. **¡Los espíritus! ¡Él no!**

Brand la apartó de un empujón.

—**Arne!** —chilló, con una mezcla de desesperación y anhelo en la voz.

—**Arne está muerto!** —intentó decirle Mari, pero el aullido del viento ahogó sus palabras—. **¡Son los espíritus!** —Agarró a Brand, pero éste se soltó de un manotazo. De repente, de forma inexplicable, la rabia de Mari surgió de su interior y se hizo con el control. Su cuerpo respondió cambiando, ganando en altura, en musculatura. Las garras y los tendones estaban dispuestos para descuartizar al Fenrir, lo *deseaban*, a aquel cuya tribu había amenazado y luchado con su pueblo durante tanto tiempo. Brand se dio cuenta y cambió para igualar su forma de Crinos. Midieron sus fuerzas mientras los vientos los zarandeaban por igual, sedientos de violencia. El corazón de Mari bombeaba venganza por sus venas. Se había olvidado de todo, salvo de destruir al enemigo de su pueblo.

Una ráfaga ascendente asió a Brand, lo levantó por los aires. Mari rugió al ver cómo le arrebataban a su presa... antes de caer en la cuenta de lo que significaba eso. El súbito odio irracional se aplacó hasta desaparecer por completo. Mari vio cómo su aliado era absorbido por la tormenta. Se abalanzó sobre Brand, con la intención de sujetarlo, no de atacar, pero los ojos del Fenrir seguían restallando de violencia. La golpeó y le abrió una herida irregular en el hombro. Mari volvió a rugir, de ira y de dolor, pero aguantó.

—**Arne!** —aulló Brand, con el semblante distorsionado por la pena, pero ya no había ninguna silueta entre las engañosas

Lúnulas, ni la de Colmillos Primero, ni la de Arne. El alfa se volvió hacia Mari; desde el fondo de su ser, surgió el reconocimiento. Mari no estaba luchando con él, estaba intentando ayudarlo. A regañadientes, concentró sus esfuerzos en defenderse del viento. Se liberó de las brumas que lo habían rodeado y de las Lúnulas que centellaban rabiosas y lo lamían con sus enconadas lenguas de fuego. En el vientre de la tempestad, unas sombras ominosas se retiraban donde nadie pudiera verlas.

—Él no! —gritó Mari al oído de Brand cuando éste volvió a estar junto a ella—. Es inútil!

Brand volvió a mirar hacia donde le había parecido ver a... alguien. Pero la imagen había desaparecido. Por último, asintió. La pérdida que se dibujaba en su rostro con tanta nitidez desapareció, igual que un recuerdo lejano. Con las manos vacías, los dos Garou se zafaron de nuevo de la tormenta y regresaron con la manada.

Capítulo trece



El viaje hacia el norte a través de las colinas de Macedonia estuvo marcado por la desolación, como cabría esperar. Marte Creciente y Jorn Roe Acero se ofrecieron voluntarios (lo exigieron, casi) para caminar de lado por la Celosía y continuar con la búsqueda de Colmillos Primero. Las repetidas negativas de Brand no consiguieron desanimarlos, hasta que el alfa comenzó a enfurecerse. Llegados a cierto punto, todos se dieron cuenta de que seguir discutiendo desembocaría en un reto directo; sólo entonces dieron su brazo a torcer los jóvenes Fenris. Mari no tomó partido en la discusión, ni siquiera cuando los enfurecidos Fenris intentaron implicarla.

—¿Para qué demonios la hemos traído? —siseó Marte Creciente—. Se supone que los espíritus y la Umbra eran responsabilidad suya.

Mari se mordió la lengua. Aquel era un asunto que concernía sólo a la manada, y no estaba dispuesta a inmiscuirse salvo como último recurso. Se mantuvo ocupada atendiendo al tajo de su

hombro. Además, Brand había experimentado el poder de aquella tormenta. Él lo sabía.

—Hicimos todo lo que pudimos —dijo el alfa—. La tormenta era demasiado fuerte, demasiado grande, y teníamos demasiado poco tiempo. Si sobrevive, como hicimos todos la otra vez, quizá regrese por sus propios medios.

«*Quizá regrese...*». Parecía que Brand estaba hablando de Colmillos Primero; era como si el alfa no recordara haber visto (haber creído ver) a su hijo Arne. Pero Mari sí se acordaba. La laceración palpitante de su hombro le servía de recordatorio. También se acordaba de haber estado dispuesta a destripar a Brand, de haberlo deseado incluso, a hincar las garras en su carne y abrirlo en canal. La sed de sangre había sido tan fuerte, igual que la desesperación de Brand; desesperación que volvía a parecer suprimida, olvidada. Mientras Mari se curaba el hombro, Brand evitaba mirarla; por lo menos, parecía que se acordaba de cómo lo había atacado ella. Parecía que aquello lo abochornara, y que estuviese dispuesto a seguir avanzando en lugar de volver la vista atrás.

¿Qué oportunidad tenía Colmillos Primero? Era posible que sobreviviera, aunque Mari no apostaría por ello. No comprendía del todo lo que estaba ocurriendo con aquellas tempestades de la Umbra, pero la primera tormenta con la que se habían topado había sido un chaparrón comparada con la segunda.

Mientras los demás Fenris discutían, Aeric Sangra Sólo Hielo y Fimbulwinter llevaron a cabo un rápido reconocimiento del terreno. Tras consultar los mapas de Mari, habían decidido que el riachuelo del valle que tenían a sus pies debía de ser un afluente del río Vardar. Eso significaba que aún les quedaban cuarenta y cinco kilómetros para llegar a la frontera yugoslava, y luego otros treinta hasta la ciudad de Vrajne, en Serbia, al este del

denominado espacio amortiguador que delimitaba la frontera entre Serbia y Kosovo. Las fuerzas de paz internacionales patrullaban aquella zona de amortiguación, pero también el sur de la línea divisoria era conflictivo, debido a los ataques de los rebeldes albaneses contra las aldeas macedonias. A juzgar por los apuntes de Kelonoke, varias de las manadas de Furias que no habían regresado se habían aventurado en aquel espacio amortiguador. Una de aquellas manadas había sido la de Diana Aullido Fuerte.

—¿Algún problema? —le preguntó Fimbulwinter a Mari mientras repasaban los mapas.

No supo a qué se refería hasta que el Fenris señaló su brazo izquierdo con un ademán. Al mirar abajo, se dio cuenta de la fuerza con la que había estado rascándose; rascando el brazalete de plata y dientes de Garou que, de algún modo, había llegado a apretarle el antebrazo, cuando antes había colgado con holgura.

—Ninguno —repuso Mari, aunque Fimbulwinter le dedicó una mirada de suspicacia.

Antes de emprender la marcha, los Garou se pusieron a cuatro patas, cambiaron a sus formas de lobo y levaron a Luna una enchecha de aullidos en honor de su camarada desaparecido.

Quedaban pocas horas de oscuridad, pero avanzaron deprisa ateniéndose a las colinas, abruptas y deshabitadas en su mayoría. Describieron amplios rodeos para esquivar las escasas poblaciones que vieron, y los restos de los campos de refugiados que habían rebotado de miseria humana durante la fase más crítica de la guerra en Kosovo. Incluso desde lo alto de las cumbres, Mari podía oler el persistente hedor del sufrimiento y la muerte. Se imaginó cómo sería la Penumbra de aquel lugar, si es que las salvajes tormentas no la habían barrido por completo; una masa desnuda de espíritus del Wyrms que se devorarían los unos a los otros, ahora que los humanos se habían marchado. Con el tiempo,

privados de sustento, el canibalismo conseguiría exterminarlos, o quizá lograrán prevalecer para azogar a cualquier persona o animal que viniera a repoblar la zona. Por ese motivo, merecía la pena no perder de vista los campos abandonados, aunque la amenaza que constituían fuese relativamente pequeña comparada con lo que los esperaba más adelante.

Cuanto más se acercaban los Garou a la frontera yugoslava, más humanos veían, militares en su mayoría. Tropas macedonias, una de las cuales llegó a practicar su puntería contra lo que les debía de haber parecido una manada de lobos o de perros salvajes a lo lejos; unos cuantos tanques cargados en camiones que se los llevaban al norte; y, al cruzar la línea divisoria, tropas estadounidenses pertenecientes al KFOR, mejor equipadas, más disciplinadas. Para cuando Mari y la manada hubieron vadeado el ramal del sur del río Morava, el cielo clareaba por el este.

Cuando volvieron a adentrarse en las colinas y encontraron el rastro de una cabra montes, la persecución fue tan breve como incuestionable su resultado. Pese al hambre que tenía, Mari sólo probó unos cuantos bocados. La sombra de la ausencia de Colmillos Primero se proyectaba sobre la comida. Todos los Fenris, sin excepción, estaban tensos y malhumorados, por lo que Mari aprovechó aquella oportunidad para retirarse, recuperar su forma de mujer y volver a consultar los mapas. Sin embargo, en esa ocasión, en cuanto hubo asumido su forma homínida, no pudo ignorar el dolor de su brazo izquierdo. El brazalete, el regalo de su visión, se había apretado aún más y se le clavaba en el antebrazo. Mari tiró de él, sin éxito. Comenzó a esforzarse para romperlo, pero se detuvo. ¿Qué demonios había querido decirle Diana, o su fantasma, en aquella visión? ¿Que se quedara en el túmulo? Aquello no desentonaría con los deseos de Iona, e incluso podría haber aplacado los remordimientos de conciencia de Kelonoke,

pero eran muchas las personas que habían llamado testaruda a Mari a lo largo de su vida. En cualquier caso, alguien tenía que venir, así que, ¿tan cabezota era por persistir en su empeño? Decidió que sería mejor no preguntarles a los Fenris. Según le dictaba su experiencia personal, las visiones nunca eran algo preciso, nunca eran claras, y el brazalete debía de servir para algo. Decidió quedárselo y procurar ignorar la incomodidad.

—Mari —dijo Brand, tras saciar su apetito. Avanzó a largas zancadas, sobre dos piernas, hacia el hueco que había escogido ella entre las rocas—. Hay una aldea nada más cruzar la cadena. Buscaremos refugio allí, a cubierto, y reanudaremos la marcha al anochecer.

—¿Una aldea? —Mari miró los mapas—. Aquí no aparece.

—Es muy pequeña. No lo juzgarían necesario. —Miró hacia abajo por encima del hombro de Mari—. O puede que ninguna manada de Furias regresara de aquí.

Mari lo fulminó con la mirada y se preguntó si estaría en su naturaleza ser tan cruel e insultante, o si todos los Fenris serían igual de estúpidos. Escrutó su rostro en busca de cualquier poso de vergüenza por haberla atacado antes, pero sólo encontró desprecio. Aquella actitud desdeñosa encendió la ira de Mari; no con la misma ferocidad como su hostilidad en la segunda tormenta, pero lo suficiente. Con los puños apretados, sentía aún más la constricción del brazalete. Comenzaba a palparle el brazo.

—Enséñamela.

Brand la condujo ladera arriba hasta la cima de la sierra. Los demás Fenris, a excepción de Fimbulwinter, ya estaban allí, diseminados por el terreno, ocultos, todos en forma de Homínido, mirando valle abajo hacia la aldea de edificios calcinados.

—Allí. He enviado a Fimbulwinter para que eche un vistazo.

—Será mejor que no nos vean los vecinos.

Brand soltó un bufido.

—Somos Fenrir.

—Ya. Eso es lo que me preocupa.

—No lo verán —le garantizó Brand, sombrío.

Mari se sobrepuso al impulso de propinarle un puñetazo, de hundirle la tráquea con un golpe de antebrazo, o de partirle la nariz de un codazo. Durante unos segundos, se vio a sí misma de nuevo en el seno de la tormenta de la Umbra; el doloroso tajo de su hombro le recordaba que le debía una a Brand. En ese momento, un movimiento a sus pies le llamó la atención: Fimbulwinter. Incluso después de haberlo divisado, le costó seguirlo con la vista. Su pelaje gris moteado de Lupus reproducía el color de las piedras y de la hierba seca de la colina, confundiénolo con el paisaje. «*No está mal*», admitió Mari para sus adentros, aunque no compartió sus pensamientos con los demás Fenris.

Fimbulwinter, según pudo ver transcurrido un minuto, estaba ascendiendo la colina en dirección al lugar donde estaban escondidos sus compañeros. Describió un círculo tras la loma y se acercó a sus amigos desde la dirección opuesta a la aldea. En los últimos metros, sus piernas y sus brazos se alargaron y enderezó la espalda. Tras unos cuantos pasos, parecía tan humano como el resto de ellos.

—Parece deshabitado. Y tiroteado. Hay un montón de agujeros de bala en los edificios.

El brazo de Mari palpitó con más fuerza bajo el brazalete.

—Tenemos que examinar la aldea más de cerca —dijo, sin estar segura de si los dientes de Garou que se le hincaban en la carne estaban incitándola a avanzar o aconsejándola que retrocediera. Tomó la firme resolución de investigar cuando vio que Brand no estaba de acuerdo con ella.

—Queríamos adentrarnos en Serbia, no perder el tiempo en una insignificante...

—Tú mismo has dicho que íbamos a descansar durante el día —observó Mari. Podría haberle hablado acerca del brazalete, podría haberle explicado que el dolor que sentía significaba que debía de haber algo importante en aquella aldea; no podía limitarse a pasar junto a ella sin detenerse. Pero la súbita altanería de Brand se sumó a la consternación que ya sentía Mari, por lo que atacó al desmedido orgullo de la Camada—. No vamos a avanzar, de todos modos. ¿Estáis todos agotados, incluso después del descanso en la casa de campo? —Marte Creciente dio un paso al frente para protestar, pero Mari no le dio la oportunidad—. Yo voy a bajar a mirar más de cerca. Si a vosotros os da miedo...

—Muérdete la lengua, mujer —saltó Brand—. No sé cómo pude acceder a traer a una mujer... a una Furia, nada menos. Después de mi hijo, eres la persona más testaruda...

—Tu hijo está muerto, Brand. —Mari blandió las palabras como si de un cuchillo se trataran. Conservaba en el recuerdo su grandilocuente discurso acerca de todos los Garou unidos frente a una amenaza común pero, delante de la invectiva de Brand, de su diatriba, era incapaz de contener la mordacidad que se le agolpaba en la garganta. A Brand le había ocurrido algo durante las tormentas. Se imaginaba que Arne había vuelto a la vida. Después de lo que el alfa estaba diciendo acerca de las Furias, Mari no estaba dispuesta a concederle aquella satisfacción.

La expresión de Brand era lo único que le hacía falta para darse cuenta de que su estocada había dado en el centro de la diana. Sorpresa, indignación... y creciente comprensión. Había dicho la verdad y Brand, enfrentado a aquel hecho, no tenía dónde esconderse. El sudario de pesar del que se había librado durante algún tiempo volvió a caer sobre él, ahogándolo como una

almohada sobre el rostro. Mari vio los espectros gemelos del odio y la muerte en sus ojos. Miró de reojo a Aeric Sangra Sólo Hielo, que también la miraba con odio. Mari había traicionado su confianza para infligir una herida mezquina a su compañero de manada.

—Vamos a bajar a esa aldea —dijo Brand. De algún modo, resultaba más desafiador al acceder a los deseos de Mari que si se hubiera opuesto a ella hasta que Luna saliera por el este.

Mientras los Garou recogían su equipo, una rabia feroz y un desprecio apenas camuflado empaparon a Mari. Se preguntó qué harían los Fenris con los humanos que encontraran, si es que la aldea no estaba desierta en realidad. Se preguntó qué haría ella.

Capítulo catorce



Las estructuras de piedra y madera eran relativamente modernas. La mayoría parecían haber sido construidas a lo largo de los últimos cuarenta años, pero la destrucción y el derramamiento de sangre eran tan antiguos como la tierra apelmazada. Los esqueletos calcinados de los edificios podrían haber sido incendiados por los turcos invasores, por los cristianos que pretendieran erradicar a los infieles del país, por los musulmanes que buscaran venganza, por los numerosos señores de la guerra serbios, por los nazis, por los comunistas de Tito. Mari no estaba preparada para la historia, para aquel sufrimiento añejo que rezumaba de Gaia igual que las lágrimas de los ojos de una viuda.

Los Garou se dispersaron y entraron en la aldea, tras haber asumido todos ellos su semblante más mortífero de músculos abultados, garras y colmillos. Quienquiera que hubiese atacado la aldea podría seguir aún al acecho. Aparte de eso, la furia agazapada de la bestia rabiosa se sentía a gusto en aquel lugar. Brand, que se hundía por momentos en su recién recuperado dolor, ardía en deseos de combatir. Al igual que el resto de los Fenris, y a Mari

no le hubiese importado proporcionarles un motivo. Ya estaba harta de su condescendencia y de su equivocada sensación de superioridad; todo lo que podía hacer era solapar la animosidad que sentía hacia ellos, basada en afrentas tanto personales como históricas. Las propias colinas parecían inducirla a vengarse. Por suerte, el brazalete que le constreñía el brazo la mantenía con los pies en el suelo. El dolor palpitante le recordaba su misión inmediata: proporcionarle alguna pista a Kelonoke, a Konietzko y a todos los demás carcamales decrepitos, y quizá incluso descubrir qué era lo que les había ocurrido a las manadas que habían acudido a explorar aquella región antes que ellos. Era mucho lo que estaba en juego. De no haber sido por el brazalete, se habría rendido al influjo de aquella neblina roja, a la rabia insensata.

En cualquier caso, Mari ignoraba a los Fenris, mantenía las distancias. Se adentró en un callejón que los demás no habían juzgado lo bastante interesante como para investigar... y encontró los primeros cuerpos.

Su olfato de cazadora se percató de la presencia de sangre antes de verlos, por lo que no se sorprendió cuando apartó la mesa acribillada a balazos de la pared de la casa. Había tres: una pareja de ancianos y una mujer de mediana edad, todos ellos ejecutados de un tiro en la nuca. Mari no descubrió nada acerca de ellos a simple vista: ni sus nombres (¿estarían casados los ancianos?, ¿sería su hija la otra mujer? ¿una vecina?), ni su afiliación étnica, ni la religión que profesaran en vida y que bien pudiera haber propiciado la cólera de alguien. Lo único que supo es que estaban muertos. Ajusticiados en la calle. Hundió las garras en la pared de piedra que hacía las veces de lápida.

El día amanecía enérgico y soleado. Las nubes, la lluvia y un viento cortante habrían casado mejor con las lóbregas calles. Mientras continuaba recorriendo la aldea, se preguntó si habría

amainado la tormenta de la Umbra. ¿Habría contribuido su cólera desatada a aquella carnicería? ¿O sería la tormenta un resultado de lo que estaba ocurriendo en aquel país? Se preguntó si Diana Aullido Fuerte y su manada se habrían topado con escenas similares, allí o en cualquier otro sitio, y si se habrían tenido que enfrentar a las tormentas.

No todas las calles albergaban a vecinos *asesinados*, pero sí muchas. Demasiadas. Mari comenzó a sentir aversión a doblar las esquinas, a acercarse a las pilas de escombros (bien fuera a causa del vandalismo o de los saqueos, casi todos los contenidos de los edificios habían sido esparcidos por las calles) que también podían ocultar cadáveres. No era remilgada, pero la visión y el olor de cada persona fallecida contribuía a aflojar el control que mantenía sobre su rabia. Muchos de los cuerpos exhibían las heridas propias de una ejecución, como los tres primeros, pero muchas personas habían sido abatidas mientras intentaban escapar. Algunas yacían despatarradas en la carretera, quizá donde habían sido alcanzadas por los disparos; parecía que a otras las habían apartado del camino y las habían amontonado contra las paredes o en las cunetas, como a fardos de trigo. No todas las mujeres estaban desnudas, pero sí algunas; completamente despojadas de ropa o bien envueltas en los jirones de sus vestidos desgarrados. Mari no quiso imaginarse lo que habrían tenido que soportar antes de morir; de hacerlo, su rabia la habría impulsado a rastrear las montañas en busca de cualquier macho que tuviera la mala suerte de cruzarse en su camino, ya fuese humano o Garou.

Gaia sabía que Mari había sido testigo de asesinatos, de crueldades, de violaciones y de abusos en Nueva York pero, al menos, allí aquellos crímenes constituían una excepción. ¿Cómo podía esperar llorar o vengar a las víctimas cuando éstas estaban

por todas partes? Aquella no era más que una población pequeña, el grado de sufrimiento resultaba abrumador. Ninguna historia, nada de lo que había visto antes la había preparado para aquello.

Un sonido inesperado la detuvo en seco mientras inspeccionaba una chabola arrasada por el fuego. Un aullido amargo, melancólico, que cubría los tejados con su llanto, procedente de otra parte de la aldea. Fimbulwinter. Mari reconoció su voz y supo que no estaba sola, que las calles por las que caminaba no eran las únicas que albergaban cuerpos destrozados. En aquel aullido escuchó los ecos de su propia ira por aquel desperdicio, por la frustración de que se hubieran cometido aquellos crímenes y los torturadores hubiesen escapado; aquel aullido estaba teñido de impotencia, a sabiendas de que se estaban cometiendo actos similares a lo largo y ancho de aquella región devastada por la guerra. Le sorprendió que a Fimbulwinter le importara, que un hombre, un Fenris, pudiera compartir su dolor.

Mientras veía cómo correteaban las ratas entre los escombros materiales y humanos, los pensamientos de Mari regresaron a Brand y a su tragedia. Seguro que él había levado su aullido a Luna, un alivio catártico parecido al que perseguía ahora Fimbulwinter, al que Mari unió su propia voz bajo aquella mañana, obscura de tan radiante. Pero nada de lo que hubiese intentado Brand había conseguido purgar su espíritu, nada había mitigado el dolor de su pérdida. *«Nada salvo el olvido —pensó Mari—. Jamás podría remediar la muerte de su hijo, mucho menos olvidarla, pero lo hizo. Cambió después de que nos atrapara la tormenta. Lo que fuese que había en la Umbra le hizo olvidar»*. Las alas negras de la visión de Mari. Las alas negras de la tormenta.

—Durante un par de días, conoció la paz —musitó para sí—. Y luego se lo restregué una y otra vez. —Se preguntó si habría sido

mejor que, hacía unas horas, le hubiera dejado partir en pos de lo que él creía que era Arne. Brand se había mostrado tan reticente a regresar, y tan hostil hacia Mari desde entonces... igual que ella hacia él.

Despacio, mientras la endecha de Fimbulwinter se perdía en la mañana, Mari comenzó a ver la destrucción que la rodeaba con nuevos ojos. Los hogares arruinados, las iglesias quemadas, las extremidades de niños y ancianos, sucios y rígidos... aquello no bastaba para contar toda la historia. Reconoció sus propios prejuicios y sus impulsos egoístas, tan prontos a saltar a la palestra a la menor provocación. En la Umbrá, había estado dispuesta a arrancarle la cabeza de cuajo a Brand; su reacción, incluso antes de que él la atacara, había surgido de la nada. O quizá no. Las criaturas de alas negras... ¿podrían haber hecho algo más que conseguir que Brand se olvidara de su dolor? Hacía apenas un momento, aunque Brand se había mostrado irrespetuoso, Mari no había vacilado a la hora de ensañarse con él. ¿De nuevo los espíritus?

«¿O será que sólo busco una excusa?».

La masacre humana era horrible, y Gaia sabía que los humanos eran capaces de cometer aquel tipo de atrocidades... pero había algo más. Si los estragos de la guerra pudieran explicarlo todo, las manadas de Garou no se habrían adentrado en aquel lugar para no regresar jamás, y Kelonoke no habría estado tan desesperada como para aliarse con el margrave Konietzko.

«Por la rabia de los espíritus, sí que debía de estar desesperada! Peor aún, a Iona no le preocupa tanto lo que esté ocurriendo aquí como el hecho de que Kelonoke haya establecido un diálogo con los Señores de la Sombra».

El primer sonido humano que escuchó Mari en la aldea no era tan distinto al angustioso grito de Fimbulwinter, sólo que no se

trataba de un aullido lupino, sino de los gemidos de una mujer. Mari se apresuró a buscar el origen del ruido, corrió hasta la fachada del edificio del que emanaba. Escuchó por si se apreciaban señales de lucha, con la esperanza de coger con las manos en la masa a un soldado o a algún terrorista. Su corazón hacía el mismo sonido que unas fauces que se cerraran con fuerza, una y otra vez. Mas, tras el lamento, lo único que se oía en la casa eran los ahogados sollozos de una mujer. Decepcionada, Mari asumió su semblante más humano y traspuso el umbral con cautela. La puerta había sido arrancada de sus goznes.

La mujer no se volvió para mirar a su visitante. Mari escrutó la habitación en busca de alguna amenaza inmediata; abrió una puerta con cuidado para asomarse a la otra estancia de la pequeña vivienda y, tras no encontrar nada, se giró hacia la mujer. Estaba inclinada encima de una caja, gimoteando. Su cuerpo se sacudía presa de incontrollables espasmos de angustia. En medio del suelo se apreciaba una trampilla abierta.

«Por eso sigue con vida. Se ocultó ahí mientras se producía la matanza, y tuvo suerte de que no la encontraran».

Pero la mujer no tenía aspecto de sentirse afortunada. Sus sollozos, que crecían hasta niveles histéricos para volver a ahogarse enseguida, sugerían que preferiría estar muerta. Mari se acercó aún más. No sabía qué podría decir o hacer para no alarmar a la pobre mujer.

«Ni siquiera sé cuál es su idioma».

Mari miró más de cerca la caja debajo del chal y de los largos mechones enredados de la mujer, y apreció la tosquedad de su confección, como si los tablones, bastos y desparejos, se hubieran arrancado de distintas vallas para ser claveteados de nuevo con herramientas inadecuadas. A juzgar por el tamaño de la caja, Mari también podía adivinar por qué la mujer lloraba desconsolada.

Si el hombre que irrumpió por la puerta en ese preciso instante no hubiese estado chillando al límite de sus pulmones, Mari no lo habría oído a tiempo. Así las cosas, divisó un rostro crispado por la rabia, una mano que sostenía un machete en el aire, y su formación tomó el mando. No se acobardó, sino que salió disparada hacia adelante para chocar con él antes de que consiguiera reunir el impulso necesario para descargar un machetazo. Antebrazo al brazo del arma. Mano libre a la muñeca. Codo a la barbilla. Cuando el grito del atacante hubo enmudecido de repente, Mari giró en redondo y retorció el brazo del arma alrededor de su cuerpo. El hombre cayó hacia adelante (la única alternativa que le quedaba si no quería que se le partiera el brazo por la mitad) y aterrizó de bruces. Mari se arrodilló acompañándolo en su caída, ejerciendo presión con el brazo contra su rodilla.

—¡Te lo voy a romper, hijo de puta!

Tanto si el hombre le había entendido como si no, soltó el machete. Mari consiguió contenerse a duras penas para no partirle el brazo de todos modos. No sólo supondría una medida disuasiva más efectiva, sino que quería romper algo... o a alguien. En vez de eso, lanzó el machete trampa abajo de una patada.

Miró a la mujer, que había dejado de sollozar y asistía horrorizada a aquella danza letal. Ejerció más presión sobre el brazo para asegurarse de que el hombre le prestaba toda su atención.

—Ya ha sufrido bastante. ¡No le vas a hacer nada más! ¿Lo has entendido?

El hombre respondió un torrente de palabras que ella no comprendió, aunque saltaba a la vista que estaba aterrorizado. De repente, pronunció en inglés:

—¡Yo no voy a hacerle daño! ¡Tú no la harás daño! ¡Te mato! ¡Te...!

Mari acalló sus amenazas con otro tirón a su brazo.

—Para el carro, machote. —Miró a la mujer, que seguía observándolos aterrorizada con el rostro surcado de lágrimas—. Yo no voy a hacerle daño. Estoy evitando que tú la asesines.

El hombre profirió una carcajada, mordaz e irónica.

—Es mi esposa. Nunca le haría ningún daño.

Mari volvió a mirar a la mujer.

—¿Que es tu... que tú eres su esposa? ¿Éste es tu marido? —La mujer se limitó a permanecer con los ojos clavados en ella, bien porque no la entendía, bien porque el trauma la había dejado paralizada—. Hablas inglés —le dijo Mari al hombre.

—Sí. Estudié en los Estados Unidos. Arriba los Yankees.

Mari soltó el brazo del hombre y se puso de pie, sin perderlo de vista. No tenía por costumbre fiarse de alguien que acababa de atacarla con un machete.

—No me gustan los Yankees.

El hombre se incorporó con dificultad, sin dejar de frotarse el brazo. No era muy mayor, aún no debía de haber cumplido los treinta. Mari se fijó en que la mujer debía de tener la misma edad, quizá algunos años menos, aunque la tristeza y la pesadumbre añadían arrugas a su rostro. El hombre se apresuró a acudir junto a su esposa y la envolvió en sus brazos. Ella le devolvió el abrazo, pero su gesto parecía un acto reflejo. Sus ojos miraban sin ver por encima del hombro de su marido, que procuraba tranquilizarla con palabras reconfortantes.

—¿Ésta es vuestra casa?

—Sí —respondió el hombre, sin camuflar su amargura—. Lo que queda de ella. Vivimos aquí. Me llamo Milosh.

—¿Habla inglés? —le preguntó Mari. Milosh negó con la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—Katerina. —Sus ojos comenzaron a ribetearse de lágrimas cuando se posaron en la caja detrás de su esposa—. Nuestra hija también se llamaba Katerina, por su madre.

Katerina comenzó a volverse hacia la caja, el ataúd, pero Milosh la sujetó con firmeza. La mujer se debatió y profirió un quejido angustiado hasta que él permitió que acudiera junto a su hija. Apretó el rostro contra las tablas y sollozó, con el rostro cubierto por el velo de su cabello.

—¿Han sido los serbios? —preguntó Mari. Quería saber quién había sido el responsable, lo necesitaba.

Milosh se irguió y siseó:

—Nosotros somos serbios. —Sus palabras aturdieron a Mari—. Ésta era una aldea serbia en su mayoría. Los americanos pensáis que somos unos monstruos, nos bombardeáis, intentáis matarnos. No nos conocéis. No habéis padecido lo que hemos sufrido nosotros. —Escupió en el suelo y paseó la mirada por la ruina que era su hogar—. Creéis que el ELK son todos «luchadores de la libertad». —Soltó un bufido—. El ELN es aún peor. Ejército de Liberación Nacional. —Volvió a escupir—. Matarán a todos los que puedan hasta que haya un Kosovo albanés arrebatado a partes iguales a Serbia y a Macedonia.

—Oye, para ahí —dijo Mari, para atajar el acaloramiento de su diatriba—. Lo siento. No lo he dicho con intención. Pero esta aldea... era serbia en su mayoría. ¿Lo era antes de la guerra, antes de la limpieza étnica? ¿Cuántos albaneses fueron expulsados de sus hogares, o cosas peores?

Milosh se ruborizó.

—¡Los albaneses le hicieron esto a mi hija! —gritó, señalando al ataúd. Katerina, sin dar señales de saber que la discusión estaba teniendo lugar justo detrás de ella, cerró la tapa del féretro y cayó de rodillas. Milosh se dio la vuelta y se arrodilló junto a ella,

sujetándola para que no se desplomara encima del suelo—. Le hicieron esto a mi esposa —continuó, más débil, agotada la energía de su rabia—. Mi esposa querida, mi hija... —Apoyó una mano en uno de los laterales del ataúd y lloró con el rostro enterrado en la maraña de cabellos de su mujer, que miraba a Mari, sin verla.

La ira y la culpabilidad luchaban en la boca del estómago de Mari, componiendo una pelota dura y tensa. Claro que no todos los serbios eran monstruos, igual que no todos los albaneses eran inocentes. Milosh, Katerina y su hijita no eran combatientes. Ninguno de los cuerpos que había visto Mari en las calles parecía ser el de un soldado. Se preguntó en qué aldeas estarían los cadáveres de los albaneses, cuyos supervivientes arremetían contra los serbios inhumanos.

«No puedo hacer nada. No puedo arreglarlo. No pudo devolverle su hija a Milosh. No puedo encontrar a todos los responsables, quizá no pudiera encontrar a ninguno». Sabía que eso era cierto, y lo odiaba. También sabía que no ganaría nada discutiendo con Milosh; sólo conseguiría avivar las llamas de su dolor y su odio. Estaba demasiado cerca de aquello... formaba parte de ello. Y Mari, no. Ella era una turista. Podía respirar el odio que flotaba en el aire, pero no formaba parte de ella. Ese odio en particular, no.

Otro aullido procedente del exterior. Distinto, no un lamento, sino una advertencia. Mari enderezó las orejas.

—Hombres armados entran en la ciudad procedentes del este.

Si a Milosh le preocupaban los aullidos de los lobos, no daba señales de ello. Quizá ya hubiese sobrevivido a demasiados horrores como para volver a sentir miedo.

—Por allí. Policía serbia, probablemente, puede que paramilitares. El ELN suele acercarse por el oeste, y prefiere hacerlo de noche. —Comenzó a sacudir a Katerina para sacarla de su estupor.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Mari.

Milosh señaló la trampilla.

—Escondernos. Los paramilitares no siempre son mejores que el ELN, serbios o no. —No parecía azorado por admitir aquello pese a su discurso anterior. La supervivencia era su principal preocupación.

Mari salió de la casa y los dejó solos. Oyó disparos dispersos a lo lejos. Mientras recorría las calles, se rindió a la rabia, flexionó las garras y salivó al pensar en la venganza.

Capítulo quince



Para cuando Mari hubo encontrado a los Fenris, cualquier incertidumbre que pudiera haber albergado acerca de lo que pensaba hacer con los humanos armados había quedado relegada a un plano secundario, detrás de su rabia inexorable. Aquellas pocas horas en la aldea devastada se habían encargado de eliminar todas las dudas. Atrás quedaban sus reservas, la posibilidad de que los hombres que entraban en la aldea pudieran ser tropas de la OTAN destacadas para garantizar la paz; atrás quedaba la sospecha de que el mordisco de los dientes y la plata que seguían hundiéndose en su brazo pudiera ser una advertencia para que se retirara. El peligro estaba cerca. Lo que fuera que le hubiese ocurrido a Diana y a los demás, era hora de pagar por ello.

Cuando se acercó a Marte Creciente, Mari pudo leer en el brillo de sus ojos, por primera vez, sus propios sentimientos. Los humanos armados le habían hecho aquello a esa gente; quienes se aproximaban eran humanos armados. No había más que añadir.

Jorn Roe Acero se unió a ellos instantes después. Goteaba sangre de su hocico y de sus garras.

—Paramilitares serbios —gruñó—. Tres escuadrones, cinco o seis hombres en cada uno. —Con su horripilante sonrisa mellada, añadió—: Ya hay un escuadrón menos.

—¿Dónde están los demás Fenris? —preguntó Mari.

—Describiendo círculos —repuso Marte Creciente. Señaló hacia el lugar en cuestión—. Hay un escuadrón en aquellas ruinas al otro lado de la plaza. Brand dará la señal.

Mari se conformaba con aquello. Afiló las garras en lo que quedaba del marco de una puerta y esperó junto a los dos Fenrir, Garou con los que había mantenido varios roces a lo largo de los últimos días, pero que ahora parecían hermanos de guerra ante la perspectiva del derramamiento de sangre.

—¿Qué demonios...? —musitó Marte Creciente, al echar un vistazo detrás de una esquina.

Mari se puso a su lado y se quedó igual de estupefacta. Fimbulwinter estaba cruzando la plaza, pero Brand aún no había dado la señal y, lo que era más, Fimbulwinter exhibía su vulnerable forma de Homínido, pese a la inminencia de la batalla. A los ojos de cualquier inexperto, no era más que otro humano.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Jorn.

Tras observar durante otro instante, Mari vio lo que quería decir. Además de exponerse a sufrir cualquier daño, Fimbulwinter caminaba con torpeza. Cada pocos pasos trastabillaba, le fallaban las rodillas. Parecía víctima de alguna clase de espasmo o catalepsia. Mari creyó que iba a desplomarse, pero siguió adelante, con los ojos vidriosos y la mirada perdida. Más allá de él, al otro lado de la plaza, un destello reflejado del radiante sol de la mañana llamó la atención de Mari. Lo primero que vio fue el cañón del rifle de asalto, y luego al francotirador camuflado que apuntaba desde una ventana rota.

—Conseguirá que lo maten —gruñó Mari. Se dispuso a doblar la esquina, pero Marte Creciente la cogió del brazo y la detuvo.

—Aún no nos han dado la señal.

Mari le enseñó los dientes y comenzó a discutir pero, en ese preciso instante, comenzaron los disparos. Incluso Marte Creciente se dio por satisfecho con aquella señal. Cargó a la par de Mari, con Jorn a un paso detrás de ellos.

El francotirador que había visto Mari no estaba solo, ni era el único que consideraba que Fimbulwinter constituía un blanco perfecto, ni el único que había abierto fuego. La causa de los siguientes espasmos del Garou resultaba ahora evidente; lo estaban acribillando a balazos. Mari y los demás corrieron hacia el edificio en ruinas, siseando su sed de sangre a cada paso. Para cuando hubieron llegado junto a Fimbulwinter, éste se había desplomado de rodillas. Mostraba una expresión lacerada y perpleja, antes de que su rostro se estrellara contra la tierra. Mari se detuvo junto al cuerpo, recibiendo varios balazos a su vez. El dolor la azuzó a continuar, aunque Marte Creciente la adelantó y atravesó la ventana más próxima como una exhalación. En cuestión de segundos, los gruñidos y los gritos despertaron ecos por toda la plaza.

Los paramilitares estaban preparados para disparar contra civiles, quizá contra separatistas armados. Su entrenamiento esporádico no incluía nada que los preparase para aquello a lo que tenían que enfrentarse ahora. Cuando los Garou cubrieron los últimos metros que los separaban del edificio en ruinas, aquellos soldados que no estaban paralizados por el miedo decidieron cambiar la lucha por la fuga. Un joven frenético salió corriendo sin aflojar la presión sobre el gatillo de su AK-47; antes de vaciar el cargador, abatió a uno de sus camaradas. Mari, curadas ya sus anteriores heridas, asió al despistado soldado y le hundió las

garras en el abdomen. Los otros dos hombres sufrieron destinos similares a las manos y colmillos de Jorn y Marte Creciente. Se hubo terminado casi antes de empezar, pero no a tiempo de salvar a Fimbulwinter.

—¿Qué demonios quería hacer? —gruñó Marte Creciente, apelando a todos y a ninguno de sus compañeros, mientras descargaba su ira y su frustración sobre uno de los cadáveres serbios—. ¿Qué demonios?

Mari, saciada por el momento su rabia, sintió un dolor agudo; no era una herida de bala, ni se trataba del tajo que le infligiera Brand. El brazalete de plata le apretaba el brazo con una fuerza increíble, y los dos colmillos de Garou se le clavaban en la carne como si la estuvieran mordiendo. Vio y olió su propia sangre, que corría por el dorso de su mano. No era el cambio de forma lo que había originado el problema; aquella mañana había alternado entre Crinos, Homínido y Lupus y la constricción no había sido tan grave.

«*Algo está pasando* —pensó—. *Ojalá pudiera ver el qué. ¿Qué están intentando decirme los espíritus?*». Clavó la mirada en el cuerpo de Fimbulwinter e intentó que el dolor provocado por el brazalete fluyera a través de ella, a fin de ver lo que estuviese intentando revelar.

—¿Qué demonios? —no se cansaba de repetir Marte Creciente, aunque no era probable que fuese a obtener respuesta del sabio muerto al que continuaba exprimiendo.

De repente, Brand llegó junto a ellos, furioso, expulsando espuma por la boca y con problemas para hablar entre sus colmillos desnudos.

—¿Quién ha atacado...? No he dado la señal!

—¿Qué demonios? —decía Marte Creciente.

Jorn corrió hasta la plaza para recuperar el cuerpo de Fimbulwinter y consiguió que se produjeran algunos disparos. Ese escuadrón de paramilitares no sabía que acababa de firmar su sentencia de muerte.

Para Mari, el mundo se movía a cámara lenta: Jorn curaba las heridas de bala mientras traía a Fimbulwinter de vuelta a la manada; Marte Creciente, bañado de sangre, le exigía respuestas a un cadáver; Brand se daba cuenta de la última baja y sus ojos se nublaban, amortajados por un pesar indescriptible; Aeric Sangra Sólo Hielo se reunía con ellos en el interior del edificio en ruinas, diciéndole a Mari con su torva mirada que todo aquello era culpa de ella. Mari lo veía todo como una espectadora ajena a la escena, como si pudiera verse a sí misma desde otro ángulo. Sintió un movimiento al borde de la periferia de su visión, más allá de adonde ninguno de ellos podría llegar con la mirada... el batir de unas alas negras. Los colmillos de Garou se hundieron con fuerza, royendo carne y hueso, inyectando plata mortal en su sangre. Se rebobinó el momento, comenzó de nuevo.

—¿Qué demonios?

—No he dado la señal!

Fimbulwinter traspuso el umbral... no, Jorn cargaba con él. Los ojos muertos de Fimbulwinter los miraron a todos. Si hubiese cambiado de forma, los disparos le habrían parecido picaduras de mosquitos. «*Pero él no lo sabía*», comprendió Mari. De algún modo, él no lo había sabido. Sus ojos habían estado en blanco, y en blanco se quedarían para siempre. Mari miró a Brand, a aquellos ojos que habían perdido de vista lo que no se podía perder, a aquel pesar inconsolable que había volado con la tormenta, que Mari le había vuelto a infligir con tanta crueldad. No conseguía imaginarse el dolor que suponía perder a un hijo por segunda vez.

Los Fenris se habían puesto en movimiento, sedientos de venganza, pero Mari sólo podía observar. Los colmillos que se clavaban en su brazo la mantenían paralizada. La plata que fluía por su sangre la atrapaba entre los mundos. De repente, lo que había visto más allá del alcance de la visión se hizo visible. Las alas espirituales tiraron de Mari, que se elevó, a horcajadas sobre la Celosía, para ver a las Perdiciones que se congregaban, con las alas extendidas igual que trémulos buitres negros que planeaban por encima de la tormenta, con sus colas restallando con avidez. Vio que seguían a los Fenrir para alimentarse de su rabia. Vio las cicatrices de las heridas de fusta en el cuerpo de Fimbulwinter.

Cuando Mari se adentró en la Umbra, las Perdiciones se arracimaron a su alrededor igual que tiburones agradecidos al pescador por acariciar las olas con la mano. Entre sus alas negras no había nada salvo unas cavernosas fauces abiertas de par en par. La abrazaron con sus colas rematadas en punta, y la rabia de un millar de muertes la atravesó, su cuerpo fue presa de convulsiones. La colosal tormenta seguía girando a toda velocidad, alimentada por las perdiciones, alimentada por la esencia de Mari, por su rabia, que los siervos del Wyrn aspiraban para luego tanzar porciones menos amenazadoras de su vitalidad.

Los Fenris debían de haber oído sus gritos, puesto que había vuelto a la carga. Mari podía verlos; veía destellos del plano mundano, y una neblina roja de rabia que rodeaba a los Fenrir. Se adentraron en la tempestad y se abalanzaron sobre las Perdiciones. Pero las monstruosidades aladas comandaban los vientos y los torbellinos, y los Fenris, pese a sus esfuerzos por permanecer unidos, no tardaron en dispersarse. A su alrededor brincaban las Lúnulas enloquecidas, acosando, distraendo y enfureciendo a los Garou, mientras las colas de las Perdiciones, erizadas de púas, asataban una puñalada tras otra.

Cuando un grito estrangulado resonó durante una eternidad, Mari se vio encadenada y lacerada, asaeteado su espíritu, cada segundo de tortura se estiraba hasta el límite de su resistencia. La estaban despojando de su voluntad y de su identidad, así como de su rabia. A cada instante que pasaba, se alejaba más de sí misma. Con el espíritu embotado, asistió impotente a la lucha de los Fenris.

Brand golpeaba una y otra vez en un frenesí de rabia, ajeno al peligro... no, ajeno no, sino agradecido por el mismo, invitando al olvido que lo liberaría de su dolor. Ya había sentido antes el aguijón de aquellas Perdiciones babeantes y peleaba a ciegas, guiado por la certeza de que conseguiría alzarse con la victoria o con la libertad. Brand abrió el vientre de una de las criaturas, derramó sus entrañas humeantes a los vientos que las dispersaron, sólo para encontrarse con otras dos encima de él, y luego dos más, restallando y apresando sus colas, formando una pupa alrededor del Fenris bragado.

Marte Creciente empuñaba su klaive con un vigor mortífero y una destreza letal. Se abrió paso hacia Mari, segando un sendero que atravesaba la plantación de Perdiciones.

—¡No vas a morir ante mis ojos! —aulló, retador. Su desafío duró hasta el final, incluso después de que un trío de Perdiciones enroscara sus colas alrededor del brazo que sujetaba el klaive y otra le hincara los dientes en el bíceps, separándole el brazo del hombro.

Aeric y Jorn luchaban espalda contra espalda... hasta que la furia de la tormenta los separó, las Lúnulas enrabiadas les inmovilizaran de pies y manos, y las ensañadas Perdiciones cayeran sobre ellos en medio de aulladores gorgoteos de ansia carnívora.

Lo último que recordaría Mari de cualquiera de los Fenrir era la expresión de gozo agónico impresa en el rostro de Brand

(pérdida cruel, bendito olvido) mientras las Perdiciones lo arrasaban hacia la tormenta. Ninguna carga había sido más valiente, ni había estado más condenada al fracaso, que aquella en la que la manada del Viento Helado encontró su fin. En medio de las brumas arremolinadas giraban los diminutos espíritus, espíritus que brotaban de los cadáveres de las Perdiciones igual que sangre para aletear hasta perderse en la Umbra.

Mari estaba demasiado lejos de sí misma como para distinguir a los otros Garou, para reconocerlos o sentirlos de algún modo. Estaba vacía, a excepción de una remota reserva menguante de rabia. Sola en medio de la tempestad, se revolvió, un fútil intento final de desafío, alimentado por una fuerza que no era del todo suya. Impulsada por la fuerza de voluntad de aquellas compañeras de tribu que habían perecido antes que ella, se negó a desaparecer sin más, a someterse, hasta que el último aliento le hubiera sido exprimido del cuerpo, hasta que se extinguiera la última chispa de su consciencia. Sus denuedos no consiguieron herir a las Perdiciones (no más de lo que los Fenrir podían haber esperado superar a las incontables legiones) pero sus desesperados envites de coraje tocaron... *algo*. La mente de las Perdiciones o, si no la mente, la fuerza que les confería un propósito. No podía dañarla más de lo que podía herir a las Perdiciones, y ella lo sabía, igual que conoce el desenlace el suicida que ve cómo se acerca la superficie de agua sólida como una roca. Con su último ápice de rabia, se aferró a aquella certeza. La convirtió en parte de sí, en cierto modo, la convirtió en toda ella, tan escaso era lo que quedaba de su ser.



Para cuando hubieron terminado con ella, había dejado de importarle todo, había dejado de sentir, había dejado atrás su rabia. Los vientos de la Umbra la acogieron, liberados de las colas aspiradoras que los apresaban, para arrastrarla al corazón de la tempestad desatada.

Capítulo dieciséis



—Jarlsdottir —dijo Faldas de Montaña. Las arrugas de su ceño eran tan pronunciadas que sus ojos quedaban ocultos casi por entero tras las cejas—. Será mejor que me acompañes.

Karin levantó la cabeza desde su asiento en el Vuelo de Lanza, donde estaba mediando entre dos cachorros, alborotadores crónicos, en una disputa acerca de un corral de la Parentela, saqueado y devorado. No pudo pasar por alto la sombría reserva del Guardián, por lo que se reunió con él de inmediato. La condujo hasta la Colina de las Lamentaciones, donde había una mujer sentada, tiritando, con sólo unos vaqueros y una camiseta para guarecerse del viento.

—Trae una manta —ordenó Karin, ofuscada por el hecho de que a Faldas de Montaña no se le hubiese ocurrido tomar aquella iniciativa por su cuenta. Karin se arrodilló al lado de Mari Cabrah—. Has vuelto con nosotros —dijo la Jarlsdottir, incomodada por el recuerdo de otro Garou que había regresado solo, sin su manada. Sin embargo, donde Mephi Más Veloz que la Muerte había venido cargado de advertencias, Mari permanecía con los

ojos muy abiertos, la mirada extraviada, muda—. ¿Dónde está Brand? —preguntó, en voz baja—. ¿Dónde está la manada del Viento Helado? —Mas la Jarlsdottir se daba cuenta de que no habría respuesta. No ese día, quizá nunca. El hecho de que la Furia hubiese regresado ya constituía un milagro de por sí. Su aspecto no indicaba que pudiera haber llegado a ninguna parte por sus propios medios y, sin embargo, allí estaba.

Mari no respondió, ni siquiera miró a la Fenrir. Transcurrido un momento, Faldas de Montaña regresó con una manta. Karin cubrió con ella los hombros de Mari, con cuidado de no abrir la aserrada herida que presentaba uno de ellos. De garra de Garou, por su aspecto. Mari se apartó de golpe. No le preocupaba su hombro, sino la mano de Karin. Ahora sí la miraba, con los ojos de una niña apaleada sin razón. Karin se apartó a su vez, aunque en ningún momento había pretendido hacerle daño alguno.

Con delicadeza, inspeccionó la mano y el brazo izquierdos de Mari. Grabado a fuego en la piel, más semejante a una runa que a la marca de un hierro, se apreciaba un diseño plateado que bien pudiera pertenecer a la impronta de la orfebrería labrada de un brazalete, así como una gran marca en forma de dos colmillos. Mari tiró de su mano con firmeza y determinación hasta que Karin accedió a soltarla. Abrió la boca y, con un aliento tan gélido como la brisa que procedía del mar y que resonó en lo hondo de su pecho, dijo:

—Jo'cllath'mattric.

Karin se acercó aún más. La Furia era víctima de una conmoción. Unos violentos temblores se habían apoderado de ella.

—No malgastes tus fuerzas —le dijo Karin.

Pero las palabras eran como una bilis que, tras aflorar a la garganta, debía de ser expulsada o la asfixiaría.

—Jo'clath'mattric —musitó Mari, con un hilo de voz—.
Jo'clath'mattric.

Perdió el conocimiento y se desplomó en los brazos de Karin.

